



MI *Rancho*
SERÁ
Tuyo

ERINA ALCALÁ



MI RANCHO SERÁ TUYO

Erina Alcalá



Primera edición en ebook: mayo, 2021

Título Original: Mi rancho será tuyo

© Erina Alcalá

© Editorial Romantic Ediciones

www.romantic-ediciones.com

Diseño de portada: Olalla Pons - Oindiedesign

ISBN: 9788418616358

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



*Cuando creas que todo está perdido,
no te olvides que aún te queda tu fe,
tu cerebro, tu voluntad y tus dos manos para cambiar tu destino.*

CAPÍTULO UNO

Un año antes en el Hospital HCA Houston Healthcare de Texas...

Se encontraba Michael Morris, de veintinueve años, haciéndose todo tipo de pruebas. Había tardado en ir, por cabezota. Su capataz, Set, del rancho Morris en Olmos Park, a cuatro kilómetros de San Antonio Texas, ya llevaba tiempo diciéndole que tenía que ir al hospital o, al menos, al médico.

Todo comenzó casi ocho meses antes con veintisiete años. Se caía del caballo, tropezaba demasiado, se caía al suelo en pleno rancho y a veces no se sostenía. Pero él decía que sería cansancio.

Lo cierto era que desde que su madre murió de cáncer, se quedaron los dos hermanos solos con el padre. Su hermano mayor, dos años mayor que él, Robert, había tenido un año después de la muerte de su madre una gran bronca con su padre, porque este quería que se hiciera cargo del rancho con su hermano, y Robert dijo que no, que quería ir a la universidad antes para estudiar Derecho, tener una carrera universitaria como sus compañeros de instituto, y así poder llevar las cuentas y demás.

Siempre había querido tener un título universitario, era inteligente y solo serían cuatro años, no haría máster para no perder un año más, pero su padre, un gran trabajador y que era un tipo rudo, le dijo que no; Robert le comentó que su hermano podía ocuparse esos años mientras él volvía. Michael sabía llevar el rancho, y aunque también quería ir a la universidad, no dijo nada. Si dejaba a Robert, cuando este volviera pediría ir él, y le gustaba el rancho, aun así, el padre se negaba.

Por más que los quería convencer de que los dos llevarían el rancho junto a él, no dio su brazo a torcer.

—Si te vas, te irás sin un dólar, no voy a pagarte la universidad —decía el padre.

La cosa casi llega a mayores, si no es porque medió el menor de los hermanos, Michael, que había sido más de su madre y aún sufría por no tenerla.

Robert preparó una maleta con algo de ropa y se fue del rancho.

—Cúidalo, es un testarudo —le decía Robert.

—Hermano, no te vayas.

—Tengo que irme, Michael, tú sabes llevar esto, volveré dentro de cuatro años.

—Por aquí no vengas, nada será tuyo, mañana voy al notario. Jamás vengas a mi rancho —dijo el padre—. Nada será tuyo a partir de que salgas por esa puerta.

Pero Robert salió y se fue.

Ya habían pasado trece años y Michael se quedó solo, porque el padre con rabia, se marchó a la mañana siguiente a San Antonio a hacer un nuevo testamento, con tan mala fortuna de que tuvo un accidente antes de llegar y murió en el acto.

Y Michael se quedó solo a los diecisiete años en ese rancho, sin nadie, salvo Set, su capataz, que fue su padre, Nat, su mujer, su madre y los chicos que trabajaban en el rancho Morris.

Fue un gran golpe porque apenas era un adolescente para hacerse cargo de ese rancho sin su hermano y este no contestó a las miles de llamadas que le hizo ni él ni Set. Y se dieron por vencidos.

—Esperemos que Robert se entere y vuelva, Michael, no te preocupes.

Pero el tiempo pasaba y no volvió.

Él se hizo con el rancho, que ya de por sí era grande con más de 10000 cabezas de ganado. Y trabajó siendo un adolescente; lo dio todo por ese rancho, perdiendo parte de su juventud, porque él también hubiese querido ir a la universidad. Y a veces se preguntaba dónde estaría su hermano, lo echaba de menos, habían sido más amigos que hermanos y Robert siempre lo cuidaba, pero ni una carta, ni ninguna llamada hizo al rancho jamás en esos años.

Y allí estaba ahora, sin casi movimientos en sus músculos y sin saber qué le pasaba.

Se quedó dos días con Set en el hospital. Este daba instrucciones a los chicos por teléfono y a su mujer Nat desde el hospital y les dijo que volverían al día siguiente.

Michael se había dedicado al rancho descuidando un poco las casas y el barracón de los chicos y Set se lo decía.

«El año que viene», decía siempre.

Estaban sentados, Michael en una silla de ruedas y Set detrás de él en la consulta del doctor; este llevaba todos los informes médicos.

—Dígame, doctor, ¿qué me pasa?

—Lo siento, Michael, tienes una distrofia muscular rara que avanza a pasos agigantados.

—¿Es grave?

—Me temo que sí.

—¿Con veintinueve años?

—Lo siento, muchacho.

—¿Voy a morirme?

—Tienes un año por delante, poco más, si te cuidas, haz lo que siempre has querido, pero

sí, te queda un año de vida. No voy a mentirte. Te daré para el dolor medicinas, ahí las llevas, pero esta enfermedad no tiene aún solución, los dolores se paliará al final con morfina, porque tus músculos van a estar rígidos cada vez más y al final será la circulación, la que no podrá hacer su función. Será como si tu cuerpo te atrapara.

—Un año solo...

—Sí, ahora estás bien, en menos de ocho meses vendrá lo peor. Lo siento.

—¿Tengo que venir?

—No, no hace falta, el doctor de Olmos Park puede llevar tu caso, hablaré con él para que te vaya recetando los medicamentos a medida que te vayan haciendo falta y le contaré tu caso, te aconsejo que contrates a un quiromasajista para alargar la atrofia muscular. Si fuese a diario, mejor.

Y le enseñó fotos de la enfermedad.

—Así es cómo vas a verte, lo siento. Sí, Michael, no voy a mentirte. No me gusta mentir a mis pacientes. No somos niños ya.

—¡Joder!

—Lo siento, muchacho.

—Medicinas, morfina, y al final, cuidados paliativos.

—Gracias, doctor.

Set salió llorando y él sin poder creerlo.

—Mi hermano, tengo que verlo, Set.

—Intentaremos encontrarlo, Michael.

—A mi padre no le dio tiempo de cambiar el testamento.

—Buscaremos en dos meses a ver si damos con él.

Y se fueron a casa.

—Set, ¿estás bien?

—Sí, llama a un contratista y a un investigador privado.

—¡Está bien!

—Y encárgate del rancho.

—Vale, pero deberías quitar esa sala de abajo y poner ahí tu dormitorio.

—Eso pienso hacer. Y una lista de lo que me gustaría hacer antes de morir, entre ellas, casarme y tener un hijo.

—¿Cómo?

—Que voy a tener un hijo. El doctor me dijo que me quedaba un año de vida, pero alargaremos al menos para tenerlo. Prepara la maleta, nos vamos a Las Vegas.

—Pero, Michael, ¿estás loco?
—Nos vamos, mientras hacen la obra.
—¿Qué obra?
—Todo lo que he dejado pasar estos años, para mi mujer.
—¿Qué mujer, Michael? ¿Estás loco?
—Voy a casarme en Las Vegas. Pero, haz lo que te digo.

Al día siguiente tenía al investigador privado allí. Le dio fotos antiguas y toda la documentación necesaria para encontrar a su hermano.

Le pagó la mitad y este quedó en ir llamándole.

Después tuvo al constructor de San Antonio. Y le dijo qué quería.

—La casa, nueva, preciosa y moderna, lo más moderno, con decoración incluida, la casa de Set, los barracones de los muchachos y un repaso a todo. Los útiles, tractor y camionetas, los he comprado nuevos el año anterior. Vallas blancas y altas y una nueva entrada preciosa, quiero un rancho bonito, tiene tres millones de dólares y está Nat, que se ocupa de lo que sea. Lo quiero antes de dos meses todo.

—Lo tendrá.

—Empiece por todo y cuando me vaya, la casa.

—Tengo una decoradora.

—Usted le paga, quiero todo nuevo para mi esposa y para mí cuando vuelva. Y abajo quiero un dormitorio con dos camas y un baño para minusválidos. Arriba el de matrimonio, dos baños y dos vestidores; el resto, una para un bebé y dos de invitados completos con baños y vestidores. Y buen gusto. Que no falte de nada. Este es mi teléfono. Me voy en un mes a Nevada, cuando venga quiero tenerlo todo hecho, contrate a quien usted decida.

—Estaremos en contacto —dijo el constructor, que se fue a echar un vistazo a todo.

Set entró en el despacho.

—Michael...

—Dime.

—Hay que vacunar a las reses y vender algunas.

—Vete con los muchachos y que se vacunen las reses, mientras hacen la obra, cuando estén con la casa, nos vamos.

—¿Estás seguro?

—Sí. pienso venir de Las Vegas casado.

—Tendrás que decirle...

—Sí, se lo diré y le dejaré mi rancho.

—Pero Michael, una mujer...

—No me importa, Set. Sabré elegir bien. ¿Crees que me importa, si lo vende y se va cuando muera?, será con la condición de que os quedéis todos trabajando. En cuanto me case, vamos al notario.

—Está bien, Set. Si es lo que quieres...

—Es lo que quiero, quiero tener una mujer para mí el tiempo que pueda, casarme, hacer lo que todos los jóvenes han hecho y quiero saber que tengo un hijo, quizá se quede y mi hijo crezca y tenga su rancho. Quiero dejar algo mío en el mundo, algo de mi sangre.

—¡Ojalá!, si eso es lo que quieres... —decía Set acongojado porque sabía que no iba a encontrar lo que buscaba.

—Sí, pido poco.

—¡Está bien!, en cuanto vuelva de la venta de las reses de Montana nos vamos a Las Vegas, si eso quieres.

—Sí quiero, contrata un quiromasajista, nos lo llevaremos a Nevada.

—Bien, espero que tengáis casas nuevas a la vuelta.

Cuando Set volvió de Montana con un buen dinero de la venta de los animales, Michael le terminó de pagar al contratista y el rancho ya se veía de otra manera. En la silla de ruedas vio los barracones preciosos que habían dejado a los chicos, a los animales, la pintura, estaban terminando las vallas, tenía una entrada nueva y la casa de Set y Nat, quedó preciosa.

—Mañana empezamos la casa nueva.

—Bueno, mañana nos vamos a Nevada, Set, coge una maleta. Matthias el masajista ya sabe que viene también.

—Quince días y estará como nueva —le dijo el contratista.

—Pues para quince días —le dijo Michael, que necesitaba un baño abajo preparado para minusválidos, una silla para bañarse, muletas y el quiromasajista se lo llevó junto con Set al día siguiente, cuando sacó los billetes y reservó un hotel en Las Vegas.

Al llegar al aeropuerto de Las Vegas, alquilaron un coche, lo metieron en el hotel y tomó de momento una habitación triple para minusválidos.

El masajista se ocupó de los medicamentos, estaría con él hasta el final e iría al rancho todos los días, era de Olmos Park. Matthias, un chico alto y fuerte que lo manejaba como un

títtere y eso que Michael era un tipo alto y fuerte también, pero estaba perdiendo masa muscular, peso y fuerza, sobre todo.

A veces lloraba por su mala suerte, la de toda su familia, pero necesitaba un poco de felicidad en su vida, siempre quiso casarse, tener una buena chica para él y su rancho, una familia, pero sabía que eso iba a ser imposible, el tiempo se le acababa, aun así, iba con ánimos y con optimismo.

Con el coche recorrieron Nevada y Las Vegas por la noche. Michael no apostaba ni iba a los casinos, pero acudían a ver las actuaciones. Y a las chicas.

Pasó por las capillas, y se entristecía.

Ya le quedaba una semana para volver, cuando vio a tres chicas, sentadas en la cafetería del hotel, en una mesa, y se acercó a ellas con su silla de ruedas.

Le dijo a su capataz y al masajista que lo dejaran solo.

Se acercó a ellas.

—¡Hola, señoritas!

—¡Hola! —le dijeron ellas, dos con cara de lástima al ver a ese chico rubio y de ojos azules precioso tan alto en una silla de ruedas—. Me llamo Michael y soy de Texas.

—¿Eres texano? —le dijo Olga. Era rubia de uno ochenta al menos y la más guapa de todas. Era trabajadora social como el resto de sus amigas—. Mira, te presento a mis amigas, Michael. Esta, es Tere —Era pelirroja de ojos verdes. Nunca le habían gustado las pelirrojas, tenían demasiado carácter para él y necesitaba tranquilidad lo que le quedaba de vida—. Y ella es Marian.

Marian era menuda y morena con una cola alta, y debía tener el pelo largo porque le caía por media espalda, con unos ojos color miel preciosos de largas pestañas y pecas en una nariz pequeña. Tenía un cierto atractivo que le gustó, no era tan exuberante como sus amigas, pero era guapa.

—¿Todas sois trabajadoras sociales?

—Sí, todas. Españolas, y de Cádiz. Hemos acabado la carrera y un máster y nos hemos venido a ganar dinero antes de irnos de nuevo. Es un viaje de fin de carrera —hablaba Olga.

—Y tú, ¿has venido a jugar? —le dijo Tere, la pelirroja.

—No, a casarme.

—¿Y la novia?

—La estoy buscando.

—Pues mira, Marian, es una buena oportunidad, quiere quedarse aquí y no tiene familia. Vive con su abuela paterna desde que murieron sus padres y es un ogro esa mujer —dijo de broma Olga que llevaba la batuta en la conversación.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Puedo hablar contigo en privado? —le dijo a Marian y se miraron.

—¿Conmigo? No te creas lo que estas dicen.

—¡Ah!, os dejamos solos, tortolitos, iremos con tus amigos a jugar.

—Vale, aquí os esperamos —dijo Michael.

—Pero, chicas... —dijo Marian.

—No te preocupes, poco puedo hacerte en este estado.

—No es por eso.

—¿Quieres tomar algo?

—Sí, una coca cola.

Y él llamó al camarero para pedir dos coca colas.

—¿No bebes?

—No puedo, tomo medicación. Bueno, ¿es cierto que vives con tu abuela ogro?

—Sí. Pero me independizaré en cuanto encuentre trabajo. Ha sido un infierno vivir con ella. Pero si quería estudiar...

—¿Tuviste beca?

—Sí, así que le debo poco, la comida, no toda, y la estancia. Nunca quiso que mi madre se casara con mi padre, era pobre y ella tenía un solo hijo único y rico.

—¿Y eres feliz allí? Donde vives.

—Vivo en Cádiz, en España. —Y él sacó el móvil—. Es el sur, tiene costa.

—Sí, tiene unas playas preciosas.

—¿Y tú?

—Mira, Marian, cuando te dije que venía a buscar una mujer, no era una broma.

—Ah, ¿no?

—No. Te voy a contar a grandes rasgos mi vida.

Y cuando acabó, ella lo miró.

—¿Te queda un año de vida?

—Sí.

—Pero tienes veintinueve años...

—Sí, un hermano perdido que no volveré a ver, lo cual me duele en el alma, y un gran rancho. Dinero y, sin embargo, no me queda tiempo.

—Pero, eso es...

—Quiero proponerte algo.

—Dime.

—Quiero que te cases conmigo.

—Pero si no te conozco.

—Soy un buen chico, obtendrás la nacionalidad y no tendrás que volver.

—Pero tengo toda mi ropa allí.

—Te compraré ropa si tienes todos tus documentos y tus títulos.

—Los tengo, sí, si no, me los mandarían mis amigos. Pero...

—No he terminado. Tengo un gran rancho con más de 10000 cabezas de ganado.

—Y ¿qué sé yo de ranchos, Michael? Si soy trabajadora social.

—Me cuidarás junto con Matthias, el masajista para los músculos. Solo tengo una condición. Todo será tuyo, el dinero, mi rancho, todo. No tengo a nadie a quien dejarlo, si cuando me muera, me entierras con mis padres, ya te lo enseñaré, si quieres venderlo, Set te ayudará, pero con la condición de que mis hombres se queden trabajando todos en él. Lo estoy renovando, es una maravilla, te encantará. A tres kilómetros hay un pueblo, pequeño, y luego está San Antonio, al que puedes ir.

—Pero, Michael...

—No te pido que me seas fiel siquiera, pero sí quiero algo a cambio de todo lo que voy a darte.

—Dios mío, Michael, ¡estás loco!

—Sí, porque voy a morirme y no voy a vivir nada, solo he trabajado y me he ocupado de todo solo.

Y a ella le dio lástima y pena.

—¿Qué quieres a cambio, si me caso contigo y me voy al rancho? Caso de que lo hiciera.

—Quiero tener un hijo. Solo nos acostaremos hasta que te quedes embarazada, no te pido más.

—Por Dios...

—Quiero dejar algo de mí en el mundo.

Fue tanta la pasión que vio en ese chico tan guapo que solo pensar en volver a casa de su tía, prefería quedarse en el rancho, ser americana y cuidarlo, así que ella le dijo que sí.

—¿Sí?

—Sí, me casaré contigo, y no tanto por el dinero, que será de tu hijo, yo quizá herede lo de mi abuela, si no lo da a la caridad.

—Tienes dinero, tienes casa, y cuando me muera decides qué hacer.

—Me tonta quedarme. Estoy cansada del machaconeo de mi abuela y quiero mi vida.

—Tendrás una buena vida, cuando muera.

—Haremos que sea buena, mientras vivas.

Y él la miró.

—Me gustas.

—Tú también. Nos casamos, Michael Morris. Es la locura más grande que he hecho en

mi vida, pero me caso contigo.

—Nos casamos, Marian Morris. ¿Qué edad tienes?

—Veinticuatro, ¿y tú?

—Veintinueve.

Cuando sus amigas supieron lo que iba a hacer...

—No, no harás eso, no te vamos a dejar irte con tres hombres que no conocemos.

—Hagamos una cosa —dijo Michael—. Os invito al rancho unos días y veis dónde se queda Marian, si eso os deja más tranquilas.

—En ese caso, sí.

—¿Te casas de verdad? —le dijo Olga

—Sí, y me quedo.

—Está bien.

Y se casó en una de las capillas de Las Vegas con sus dos amigas de damas de honor y con el masajista y Set, que no daban crédito, de padrinos, a que esa chica que no tendría un metro sesenta, se fuese a casar con él.

Cuando estuvieron a solas...

—¿Por qué lo haces?, ¿por dinero?

—No, porque creo que merece ser feliz, yo tengo más vida, pero él no.

—Me caes bien.

—Eso espero, Set.

Reservaron una habitación para ellos esa noche y al día siguiente salían para Texas. Michael se ocuparía de los billetes de vuelta y a la ida para sus amigas a las Vegas, antes de irse a España.

—¿Estás segura? —le dijo Tere.

—Sí, buenas noches.

—Buenas noches.

—Aún puedo acostarme solo. —Pero el masajista entró, lo bañó y lo acostó.

—Gracias, Matthias.

Ella hizo lo mismo, había cambiado su maleta a la habitación y llevaba en el dedo un anillo precioso y una alianza. Era de locos. Y se acostó a su lado.

—Sé que esto es raro, Marian.

—Sí que lo es.

—¿Te has acostado con algún chico aquí en Las Vegas?

—No, en España hace un año, en la universidad.

—Yo hace casi otro año. Quiero verte. —Y ella se desnudó—. Me gustaría poder hacerlo todo, pero tengo ya algunas atrofas.

—No importa.

Le quitó los *slips* y él estaba duro, además le comentó que echara las sábanas atrás que quería verla. Ella vio que estaba bien dotado y que tenía un buen cuerpo de vaquero *sexy*, a pesar de todo.

Se puso encima de él y sus cuerpos se unieron. Michael gimió.

—¡Ah, Dios, nena...!

Ella sentía el sexo duro de Michael en el suyo y fue bonito, sensual, erótico, hacía tanto tiempo que ella no lo hacía... Se besaron y Michael tocaba sus pechos y los lamía, fue mejor de lo que pensaba, era mejor que algunos hombres que estaban bien del todo, pero Michael era perfecto y tuvieron un orgasmo juntos.

—¡Ah, Dios, Marian!, ha sido lo mejor de mi vida. —Y se emocionó.

—Gracias.

—Vamos, Michael, no seas tonto, acabo de tener un orgasmo, eres bueno y estás bueno, vaquero.

—Sí, pero lo seré por poco tiempo.

—No quiero que tengas una depresión, nos hemos casado y mira qué bonito mi anillo y las alianzas, que te han costado el ojo de una cara, y que no sean para que te emociones. Sabemos el tiempo que tenemos y vamos a aprovecharlo de todas las maneras posibles.

—Gracias. Eres tan guapa, pequeña.

Ella lo besó y estuvieron besándose hasta que ella bajó a su sexo y le hizo el amor con la boca.

—¡Por Dios, Marian!, ¡joder, nena!, no te muevas tanto, que voy a explotar.

Y explotó como un águila madre batiendo sus alas en pleno vuelo.

—Cuando no podamos hacer esto, puedes ir al pueblo —decía Michael generosamente.

—No, no me he casado para ser infiel, eso no va a darse de momento, porque es un pueblo pequeño y porque no soy así, y sobre todo me he casado contigo para lo bueno y para lo malo.

—Creo que me he casado con una buena chica.

—Me parece que me he casado con el mejor de los hombres sin importarme como estés.

Esa noche volvieron a hacer el amor de nuevo, y al final se quedaron abrazados y dormidos; él fue el hombre más feliz del mundo, y como decía Marian, aprovecharían el tiempo que les quedara, eso era lo importante, vivirlo intensamente.

CAPÍTULO DOS

Cuando todos llegaron al rancho, la casa estaba terminada. Era tan bonito todo...

—¡Dios mío! ¡Qué casa más bonita! —dijo Olga.

—Es nueva —dijo Michael—. La han reformado mientras estábamos fuera, así que vamos a estrenarla.

—Pero ¿todo esto es tu rancho?

—Sí —le dijo a Olga—. Y dos arroyos, no se ven las vallas a lo lejos porque es enorme.

—¡Pero todo esto es perfecto! —dijo Tere.

—¿Y esa casita? —preguntó Olga mientras Marian miraba todo. Era una maravilla de la naturaleza.

—Esa es mía y de Nat, mi mujer —dijo Set.

—Y aquello es para los vaqueros —dijo Tere.

—Sí, y esta es la nuestra, podéis tomar la habitación que queráis arriba, menos la principal y la del bebé.

—¿Qué bebé? ¿Un bebé? —Ya no dio más explicaciones, su vida con Marian era suya.

—Puedes verla. —Y ella le dio un beso en los labios—. Subo las maletas.

—No cojas peso.

—No pesan.

Y miró la casa preciosa.

—Tiene piscina, ¿nos podemos bañar, Michael? —le decía con jolgorio Olga. Y él se reía.

—Estáis en vuestra casa.

—Nat.

—Dime, hijo, ¿has traído invitadas?

—Sí, si no te importa hacer más comida, estarán tres días.

—No me importa, cariño, claro que sí, así tendrás alegría en casa, al menos un poco.

Marian estuvo mirando toda la casa.

—¿Y esta habitación de abajo, Michael?

—Para cuando esté, pero no pueda subir, estaré mejor abajo.

—Puedes dormir en la otra cama.

—Ya veremos.

—El despacho es enorme.

—Sí y en el garaje hay un todoterreno y el coche nuevo para salir. Luego tenemos un tractor y las camionetas.

—Mañana vamos y te presento a todos los chicos y otro día iremos en el todoterreno con Set y las chicas, y vemos el rancho.

—Puedo llevarlo yo.

—Deja a Set que haga su trabajo. Te enseñaré las cuentas cuando se vayan.

—Las haremos juntos para que no te canses. Me enseñarás y te ayudaré.

—Mujer, no te he traído para que trabajes.

—Entonces, ¿para qué me he traído?, si soy tu mujer, lo seré con todas las consecuencias, y te ayudaré en todo.

—Eres... ¡Ojalá no estuviese así!

—No importa, no te preocupes de nada. —Lo abrazó, besándolo—. Eres un hombre tan guapo, generoso y tan bueno y especial...

—Anda, diles a tus amigas que bajen a comer.

—La algarabía era porque iban a meterse luego en la piscina y por la tarde a ver el rancho y como las conozco, seguro que se acuestan con algún vaquero.

—No me importa.

—¿No?

—No, mis hombres pueden hacer lo que quieran.

—Pero en el rancho...

—Son tus amigas, deja que disfruten, son tres días.

—Eres demasiado bueno, si no los revolucionan...

—¡Ojalá pudiera revolucionarte a ti y cogerte y amarte como quisiera!

—¿Quieres dejar de pensar en eso? Tenemos sexo, al menos lo tuvimos anoche tres veces.

—Sí. —Y se reía.

—Tres orgasmos.

—Tú dos.

—¿Te quejas?

—No me quejo.

—Pues vamos a comer y luego a la piscina un rato.

—Estoy cansado.

—¿Quieres echarte cuando comamos?

—Sí, mejor, me canso mucho, pues antes de que se vaya Matthias, que te eche en la cama.

—Vale.

Matthias iba a comer con ellos, luego le iba a dar el masaje y se iba a casa, ya llevaba días fuera.

Los días que pasaron las chicas en el rancho Morris lo pasaron genial, tanto, que tenían envidia de Marian, no del marido, pero la conocían y sabían que iba a ser feliz y a hacer feliz a Michael, Marian era así de generosa y comprometida.

—Decidle a mi abuela que he encontrado trabajo, que iré a verla cuando me den vacaciones.

—Verás cómo se va a poner.

—Creo que se quedará descansando. —Y se reían.

Se despidieron llorando al final.

—Ten cuidado, Marian.

—Soy feliz.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Has tenido sexo con...?

—Sí, he tenido sexo con Michael y es fabuloso.

—¿En serio?

—Bueno, lo es a nuestra manera. Aunque no se pueda mover como quiera, lo hago yo.

—¡Joder, Marian!

—Os quiero, podéis venir cuando queráis, es vuestra casa.

—Si le ocurre algo vendremos, no te dejaremos sola, si no tenemos trabajo, claro.

—Gracias, no quiero pensarlo siquiera, quiero hacerle feliz.

—Eres una mujer especial, yo no podría, pero el rancho es maravilloso.

—Sí, eso es puro oxígeno. Seremos felices.

—Bueno, nos vamos o perderemos el vuelo —dijo Set.

—Adiós, Nat, gracias. —Y la abrazaron.

—Adiós, chicas. Tened cuidado, locas.

Y se quedó sola con Michael.

—¿Damos una vuelta, pequeño?

—Sí, vamos hasta la entrada del rancho.

—¿Quieres que vayamos en el todoterreno?

—Cuando esté Set.

—No te fías de mí.

Y él se reía.

- Por si me ocurre algo.
- Cómo eres...
- ¿A qué hora viene Matthias?
- A las doce, así como y me echo un rato.
- Puedes echarte abajo ya, le digo a Nat que ponga sábanas abajo.
- Vale y dormimos arriba.
- Es buena idea, de momento hasta que no puedas subir.

Después de dar una vuelta y ver a lo lejos a los vaqueros y a los animales...

- ¿Quieres cenar con los chicos?
 - Me gustaría.
 - Así te los presento.
 - Estupendo.
 - Tengo que trabajar en el despacho; acumulado de dos meses desde que nos hemos ido.
 - Venga, vamos, te ayudo. —Se puso a su lado; le iba dando las facturas e iba viendo dónde las metía.
 - Es fácil —le dijo—. Cada factura va en su casilla correspondiente, los pagos, los ingresos.
 - La casa, ¿cómo la tienes?
 - Estoy solo, con los gastos.
 - Está bien, seguirá así.
 - Tenemos que hacer las nóminas de los chicos luego y se las llevaremos esta noche, cobrar han cobrado, pero no tienen la nómina, que las firmen esta noche cuando vayamos a cenar y se queden su copia.
 - Y ¿dónde las guardas?
 - En aquella carpeta, por orden.
 - Está bien, es de estos años, allí están las de los cinco años anteriores, el resto lo tiro.
- Me quedo siempre con los últimos cinco años.
- Toma.
 - ¿Eso qué es?
 - Una tarjeta para comprar.
 - ¿Comprar qué?
 - Para ti, lo que tú quieras.
 - No te voy a coger una tarjeta para mí sola. Yo no compraré más que lo que necesite.
 - Pues esta es para las compras semanales de comida y lo que se necesita.

—¿Quién va?
—Va uno de los chicos.
—Yo me ocuparé.
—Hay que hacer tres compras.
—Las traigo, la de los chicos, la de Set, y las nuestras.
—Se hacen las listas de lo que falta.
—¿Sí?
—Vale.
—¿Cuándo se va?
—Mañana toca.
—Pues iré por la mañana, tengo que comprarme ropa y algunas cosas de aseo y me compraré unas botas para entrar en las cuadras. Y unas vaqueras.
—¿Vas a ser una vaquera?
—Claro.
—Lo cargas a la tarjeta esa.
—Tengo mi...
—Marian...
—¡Está bien!, lo cargaré a esa tarjeta y me traigo los tiques y facturas.
—Eso es, mi niña.
—¿Quieres algo? Miraré los vestidos y las cómodas. Y haré una lista aparte de la que me dé Nat.
—Te haré otra de materiales del despacho. Necesitamos algo y una silla para ti.
—¡Está bien!
—Terminemos las nóminas y hacemos la lista de materiales de despacho, esto lo dejamos listo para la comida.
—Y mientras Matthias te da el masaje hago la lista de lo que voy a comprar.
—Vale, compra lo que necesites, no escatimes. Luego tengo otra cuenta, que es esta, para los ahorros del rancho. Meto a primeros de año las ganancias y en la que vas a utilizar la deajo para los pagos del año, siempre la misma cantidad cuando paguemos a Hacienda.
—Sí, para los pagos e ingresos, eso queda limpio cuando pagues a Hacienda. Y el resto, las ganancias en esta cuenta de ahorro.
—Solo esas dos cuentas. Entendido.
—Está bien, pero ve al banco, te voy a pedir una doble de la del rancho por si estás comprando y tengo que pagar algo mientras.
—Vale, eso sí.
—De la que no hay es de la de ahorro.

—No pasa nada. Mejor así.

—Tengo la aplicación en el móvil, te daré las contraseñas para pasar las ganancias y no llevar dinero.

—De todas formas, cuando te den la tarjeta saca 10000 dólares.

—¿Para qué?

—Me gusta tener dinero en casa.

—Vale. Menuda lista.

Y él se reía.

Se pusieron coco con codo con la contabilidad y las nóminas.

Cuando vino Matthias, habían acabado y comido. Se encontraban en el salón.

—¡Hola, Matthias!

—¡Hola!, ¿listo? —le dijo a Michael.

—Sí, se lo vas a dar en esa habitación a partir de ahora.

—Mejor. Nada de subirte en brazos por las escaleras, que ya estás muy grandecito. — Michael se reía.

—Por la noche aún puede ir arriba, pero por la tarde echará aquí la siesta, así estoy pendiente de él.

—Estupendo, vamos allá.

—Primero la ducha. —Ella se llevaba la ropa sucia al cuarto de lavado.

Y Matthias estaba una hora con él, le daba las pastillas y se quedaba dolorido.

Luego se iba.

—¿Te ha llegado el *bizum* que te envié?

—Sí.

—Bueno, al final de semana te pago si quieres en efectivo.

—Me da igual, Michael. Mejor por *bizum*.

—Estupendo entonces. El viernes te hago otro, los viernes cobras.

—Perfecto-

—Me voy ya, Marian.

—Adiós, hasta mañana, Matthias.

—Ya sabes, los sábados y domingos vengo también.

—Sí, lo sé, es necesario. ¿Cómo lo ves? —le dijo cuando se iba.

—Le va haciendo efecto, pero cada vez cuesta más trabajo, esto será así, al final lo que podré hacer es separarle los dedos y las piernas y poco más.

—Lo sé.

Cuando él se quedaba dormido, Marian buscaba en internet la enfermedad y cómo iba a terminar y se le saltaban las lágrimas, porque no se podía hacer nada y se sentía impotente.

De momento él era feliz, bromeaban, se reían.

—No lo he visto así de feliz desde que estaba su hermano Robert —le dijo Nat en la cocina.

—¿Qué fue de su hermano? ¿No ha escrito ni ha llamado nunca?

—Nunca, nada.

—¿Y el detective que contrató?

—Nada, se lo ha tragado la tierra.

—¿Y si ha muerto?

—Espero que no, por Dios... Tú lo haces muy feliz, pero le gustaría tanto verlo antes de morir.

—Pues más feliz va a ser, llevo ya dos meses aquí y no me ha venido la regla.

—¿Estáis locos?

—No, Nat, me pidió un hijo.

—¿Por qué?

—Porque quiere que quede algo de él en el mundo. —Y Nat se echó a llorar.

—Vamos, Nat.

—Es que es como mi hijo, no quiero que se muera.

—Ni yo tampoco, Nat, y ahora menos, un hijo sin padre, lo quiero, es tan especial...

Michael se había dedicado más a vivir con ella. Habían recorrido el rancho y ya conocía a todos los vaqueros.

Marian se lo llevaba al pueblo a desayunar los domingos; iban a San Antonio con la silla de ruedas, ella no se achantaba ante nada, comían y tomaban café y volvían a casa después de dar un paseo. Se hizo cargo de la contabilidad y le preguntaba a él las cosas nuevas que sabía y las que y él se iba con ella al despacho y se las enseñaba.

Mientras dormía echaba un vistazo a todo el papeleo de los años anteriores, trabajaba todas las tardes en el despacho.

Él dormía toda la tarde y por la mañana iban a ver a los chicos y le preguntaba a Set todo lo que faltaba, lo que se hacía y Marian iba tomando nota de cuándo se vacunaban las reses, la comida, dónde y cuándo iban a venderlas, a comprar...

Se hizo cargo de ir los miércoles a la compra. Se iba temprano y compraba las cosas, mientras se las preparaban, desayunaba y compraba ropa o las medicinas, iba al banco o compraba material del despacho, lo que hacía falta.

Y por eso a los dos meses se enteró de que estaba embarazada.

Y para las noches ella había comprado un balancín cómodo forrado hasta los pies para

que pudiera estirarlos, una mecedora grande. Salían al porche, y se sentaban allí más relajado sin que le dolieran las piernas y además las estiraba.

Y allí pasaban sus ratos de charla.

Se conocían sus vidas, todo. Estaban solos, pero estaban juntos.

—Nena...

—Dime, cielo.

—¿Te arrepientes de haber venido?

—Jamás me arrepentiré de esto, de conocerte y tener estas conversaciones, lo pasamos bien, Michael, nuestra preciosa casa, y te quiero.

—¿En serio? ¿O me lo dices porque estoy así y te da pena?

—En serio y lo sabes.

—Pero pronto...

—No pienses. Vive. Te quiero de verdad, y dentro de siete meses vamos a tener lo que te prometí y me pediste, quedará algo de ti en este mundo.

—¿Estás embarazada?

—Sí. —Rio ella—. Vamos a tener un hijo. ¿Te iba a querer si no quisiera un hijo tuyo?

—Era parte del pacto.

—Pero podía haberte engañado y no lo he hecho, además, quiero ser madre, y que tu hijo o hija te recuerden, recuerden el hombre tan maravilloso con el que me casé y con el que viví más de un año, porque vivirás más para estar con tu bebé.

Michael lloraba.

Ella se acercó.

—Mi amor, no llores, que me emocio y ahora no puedo, quiero tenerlo para que lo veas y puedas al menos poder besarlo y tomarlo a tu lado en la cama.

—Por Dios, Marian, eres un milagro que ha acudido a mi vida.

—Te lo mereces y no lo digo con vanidad, te mereces algo bueno, pero Dios me va a arrebatarte tu presencia.

—Te quiero, preciosa. —La cogía de la mano y la apretaba.

—Eres el amor de mi vida, claro que no he tenido tantas.

—Sé que no eres de esos, por eso te amo tanto...

—Nena, vamos a llorar todos los días.

—También reímos mucho.

—Sí, es verdad.

—¿Qué quieres que sea?

—Cuando pase un par de meses lo sabremos. Tengo que cuidarme mucho y no hacer esfuerzos, por eso, ya le he dicho a los chicos que tiene que venir a hacerte todo.

—Sí, tú ni te esfuerces.

—Quiero que tengamos a nuestro hijo.

Ella le daba masajes en los dedos y le retiraba uno de otro cuando se le ponían rígidos y se le pegaban.

A veces llamaba a su abuela, poco rato, porque cada vez que lo hacía, le echaba la bronca, que se fuera, que estaba loca.

Y también llamó a las chicas, Olga y Tere, para decirles que estaba embarazada, aunque hablaba con ellas casi todos los meses.

Ellas pensaban que estaba loca, pero ella sabía que era feliz.

Y esa fue la vida feliz en ese rancho por lo que ella empezó a amar.

—Cuando me muera te irás y venderás el rancho —le decía Michael.

—No, además no sabemos nada de tu hermano, tengo la mitad de las ganancias en una cuenta a su nombre.

—¿Has hecho eso?

—Sí, sin tu permiso, lo siento.

—Es suyo y medio rancho. —Y él se emocionó.

—Pero de todas formas no me iré de aquí, no tengo dónde ir, es mi casa, mi rancho, me lo has dado y aquí nos quedaremos.

—Por Dios, nena, tienes que vivir.

—Y viviré, pero aquí.

—Si tu hermano viene alguna vez con su familia, puede hacerse una casa al lado o enfrente, tiene su dinero, este te lo has gastado tú en reformarlo, puede vivir aquí mientras se hace su casa para su familia y llevar a los animales con Set, yo me ocupo de las cuentas y el bebé.

—Me gustaría tanto verlo antes de morir...

—¿Quieres que contratemos a otro detective?

—Sí, no importa lo que nos cueste, vamos a contratarlo. Pero si no lo encontramos ya, es porque estará quizá en el extranjero, cualquiera sabe.

—¡Está bien!

—Pues mañana llamamos a uno bueno de Nueva York por si está por esa zona.

—Buena idea.

—Y ya nos vamos a la cama, guapo, que tengo que hacerte un trabajito antes de que no puedas.

—¡Qué tonta eres!

—Sí, pero vamos a disfrutar de la vida intensamente.

A los cuatro meses se enteró de que iban a tener un hijo y venía tan contenta del médico con las compras, que las dejó para que los chicos las sacaran.

Y dejó la de Nat en su puerta y la suya en casa, la colocó y guardó el todoterreno en el garaje.

Fue a la habitación y estaba dormido.

—Vamos, guapo, hay que tomar algo, vengo muerta de hambre.

—Matthias me ha dejado lisiado, que lo sepas, lo voy a despedir.

—Exagerado, le cuesta al pobre ya, si te pones tieso. —Y lo tocaba.

—Sí, me pongo tieso.

—Espera.

Cerró la puerta y le hizo el amor.

Cuando terminó, lo besó.

—Ya no hay nada tieso, aunque temo hacerte daño, con la barriga y tus dolores...

—Eres de lo que no hay, aún aguanto tu peso.

—Pues voy a comer. Me vengo aquí, hay sándwiches y hablamos.

—Sí, no me apetece levantarme.

—¡Qué vago!, luego cuando se me pase el dolor, me he tomado las pastillas.

—Como aquí, te cuento y te duermes, yo me echaré aquí en esta cama un ratito.

—No, a mi lado, en esta.

—No quiero hacerte daño.

—No me lo harás, quiero sentirte.

—Vale.

Y se comió los sándwiches, Se levantó para lavarse los dientes.

—Bueno, ¿qué?

—Ha llamado el detective.

—Ah, ¿sí?, y ...

—Nada, desaparecido.

—¿Le has pagado?

—Sí, le he hecho un *bizum*.

—Pues dejemos eso, si aparece bien, si no... no vamos a gastar más.

—Sí, quizá esté en el extranjero.

—Bueno, papá. ¿Qué nombre quieres ponerle a tu hijo?

—¿Es un niño?

—Eso parece, que en este rancho solo nacen varones.

—Dios, preciosa, lo que te quiero.

—No sé ahora, ponle tú el nombre.

—Michael, como su padre, ese nombre no se perderá de momento.

—¿Quieres que se llame como yo?

—¡Qué mejor y más bonito nombre!

—Mi pequeño...

—Mira ya qué barriga tengo...

—Sí. —Y él tocaba ya con media mano su barriga, ella se la abría para que barrierá su piel.

No hablaban de eso, sabía qué se esperaba, ayudaba y él se dejaba ayudar.

—Mañana se va Set a vender a Montana y dice que antes de Navidad de nuevo.

—Bueno, pues ya saben cómo hacerlo.

—Menos mal, Set es el mejor hombre que tienes. Espero que me dure muchos años, pero ya va cumpliendo sus años.

—Sí, es un hombre honesto y fiel.

—Va a ir dos veces en dos meses.

—Sí, pero una a un rancho de al lado, van y vuelven en el día, a Montana tardan siempre unos diez días.

—Espero que estén para Acción de Gracias.

—Estarán, vamos a celebrarlo todos juntos en el barracón, ya lo sabe Nat. Haremos un fiestorro.

—Marian, estás muy loca.

—Sí, y panzona. Y en Navidad tendré ya seis meses, cuando pase compro lo que queda para el pequeño.

—No podré ir —decía con pena.

—Te enviaré fotos desde la tienda, y elegirás.

—Sí. Te quiero, pequeña.

Y ella se echó a su lado. Se durmieron.

Luego, Marian llamó a los chicos para llevarlo al baño y lo sentaron en el porche.

—¿Tan pronto?

—Hoy cenamos aquí, pero voy a terminar las nóminas de noviembre que no se junte todo. Y me salgo, pongo la mesita pequeña y comemos. ¿Tienes frío?

—Un poco.

—Te traigo la manta.

Se emocionaba cuando ella no estaba porque estaba pendiente de él en todo momento, sabía qué necesitaba y qué quería y la amaba. E intuía que iba estar sin ella. Dios se la había puesto y se la iba a quitar, más bien, lo iba a quitar a él. No había una mujer mejor, para nadie.

La pena es que se iba a morir sin ver a su hermano.

Pasaron Acción de Gracias y Navidad, y comieron con los chicos en el barracón; con los que quedaban, porque algunos tomaron vacaciones, unos días, y se fueron por partes.

—¿Vamos a ver la ciudad mañana?

—Marian...

—Dime, cielo.

—No me apetece.

—Bueno, pues nos quedamos, tenemos nuestro árbol.

—Tengo muchos dolores.

—Voy a ir mañana al médico y le consulto.

—Vale. Dime cómo son.

Y él le explicó:

—Cada vez tengo menos ganas de levantarme.

—Tienes que hacer un esfuerzo, lo dice Matthias porque si no, te vas a quedar sin moverte, mi amor. Aunque te duela, te darán medicinas más fuertes. No te preocupes o te dará algo para ese encogimiento.

Y al día siguiente

Habló con el médico y este le dio algo más fuerte para desentumecer los músculos, pero le dijo que había pasado a la fase siguiente, por más que él quisiera, no podía, aunque hiciera su esfuerzo.

—Quiero que vea a su hijo, doctor —le dijo Marian emocionada.

—Lo verá, estás de seis meses, y puede vivir aún cinco como mucho, lo verá, pero poco, ya sabes... espero que llegue a verlo antes de los cuidados paliativos.

—¿Cuánto durarán?

—Un mes como mucho. No llores, Marian, sabías que iba a pasar esto.

—Sí, pero una cosa es saberlo y otra es estar cerca, siendo tan felices.

—Le estás dando vida, él es feliz contigo, y verá y cogerá a su hijo, al menos dos meses, no te preocupes.

Y empezó a tomar pastillas más fuertes, pero, más le hacían dormir, sin embargo, el tiempo que pasaban juntos, ella no lo dejaba un segundo y le hacía reír contándole cosas.

—¿No eres muy pesada?

—¿Me echas?

—Jamás, ni quiero irme de tu lado, eres un poco payasa. Pero deberías dar un paseo por el bien del bebé.

—Hago de todo, cielo, pero eres una marmota, duermes mucho; lo hago cuando duermes.

—Este niño, ¿cuándo va a salir? —decía él encogido cada vez más en la cama. Ya no hacían el amor, pero ella lo besaba mucho y lo tocaba, pero él ya no podía tocarla, tenía las manos agarrotadas,

Y lloraba a veces.

—No llores, que voy a parir antes. Me queda un mes, bobo.

—¿Solo un mes nada más?

—Sí, nuestro niño viene con un rancho bajo el brazo, me da coces como un potro.

Se oyó la puerta.

—Pase.

—Señora Morris... Michael...

—Pasa, Alan, ¿qué pasa, hijo?

—Si me da permiso para ir a Wyoming diez días.

—¿Y eso? ¿Qué ocurre?

—Mi padre ha muerto, hace dos horas.

—Pues claro que sí, ya puedes irte volando, tómate el tiempo que necesites, no te voy a descontar tu nómina.

—Gracias, estaré lo antes posible, quiero llegar para el entierro.

—¿Era mayor?

—Sí, señora, pero estaba enfermo del corazón.

—Pues venga, prepara las cosas y te vas ya.

—Gracias.

Y le dio las gracias a Michael.

—Ya no pinto nada, eres la jefa.

—¡Qué tonto! Era para no hacerte hablar y que hicieras esfuerzos.

Ese viaje de Alan a Cheyenne, fue decisivo; la muerte del padre de Alan, resultó otro milagro que tendría la vida para Michael. Cambiaría todo al final de sus días, porque cuando enterraron al padre de Alan, iba al banco a hacer una gestión para su madre.

Habían ido al notario y tenían que repartir los hermanos el dinero entre todos, pero su madre no tenía y decidieron dejárselo a la madre. Y Alan iba a hacer esa gestión al banco cuando paró a desayunar en una cafetería y vio a Robert, el hermano de Michael.

Se acercó por si era cierto. Sabía que Michael quería verlo antes de morir y también que habían contratado dos detectives privados. Todo se sabía porque eran como una pequeña familia.

—¿Robert? ¿Eres tú?

—¿Alan? Pero si eras apenas un crío cuando entraste al rancho de mi padre....

—Sí, soy yo.

—¡Joder!, no te reconocía.

—Yo a ti sí, aunque era muy joven cuando fui al rancho, sí, tenía diecisiete años apenas.

—Y lo sigues siendo, siéntate y desayunamos.

—¿Qué haces en Cheyenne? ¿Te viniste del rancho?

—No, sigo allí trabajando, pero mi padre ha muerto y he tenido que venir.

—Lo siento. Joder, Alan.

—Estaba ya enfermo. ¿Y tú?

—Trabajo en un rancho cerca de aquí.

—¿Fuiste a la universidad?

—No pude, por más que trabajé hice el primer año, pero no me alcanzaba el dinero para hacer las dos cosas y pagar una casa, así que soy un vaquero como tantos en un rancho pequeño no muy lejos de aquí, he venido a la ciudad a hacer un recado.

—¿No eres capataz?

—No, es un rancho pequeño y son padre e hijo.

—Entonces no pudiste estudiar...

—Un año y un semestre, se me acabó el dinero con el que trabajaba en una cafetería y me fui a lo práctico.

—Bien...

—¿Cómo está mi padre y Michael?

—Te han estado buscando, no te va a gustar lo que te cuente Robert. Tu hermano, en dos ocasiones, te puso ambos detectives privados para encontrarte.

—¿Por qué para encontrarme? Mi padre ni quiere que vuelva al rancho, me lo dijo claro.

—Tu padre murió al día siguiente de irte, iba a cambiar el testamento, pero no pudo, tuvo un accidente.

—¿En serio?

—Sí, hace trece años ya.

—¡Joder!;Joder! ¿Y Michael?

—Ese es otro cantar, tu hermano te ha buscado. Le quedan unos meses de vida.

—¿Cómo?

—Que le quedan unos meses de vida, tiene una enfermedad, distrofia muscular, ya está encogido del todo. Se lo detectaron hace menos de un año y quiso vivir, se casó y espera un hijo

en menos de un mes.

—Pero ¿qué dices?

—Sí, se fue a Las Vegas con Set y se casó con una chica española.

—Pero está loco...

—No, es muy feliz, todos queremos a la jefa, es muy buena y se quieren. Nunca he visto más feliz a tu hermano, ni más enfermo tampoco. No lo reconocerás.

—Es difícil para mí entenderlo.

—Porque no los has visto, cómo lo cuida, cómo viven y ahora tu hermano quería un hijo para tener algo de él en el mundo, le van a poner su nombre y ella se va a quedar en el rancho, no quiere venderlo, eso le dice a él.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—¿Y qué sabe ella de ranchos? ¿Qué ha hecho?

—Es trabajadora social. Pues, sabe hacerlo todo en el rancho.

—¿En serio?

—Sí, tu hermano se ha encargado de enseñarle todo, pero le gustaría tanto verte... podías ir a verlo, es tu rancho también, lo harías feliz.

—Por supuesto que iré.

—¿Tienes novia o estás casado?

—No, ninguna de las dos cosas.

—Pues ve, siempre dice que le gustaría verte tanto antes de morir, que sepas que en un par de meses o tres entrará en paliativos y de ahí, un mes nada más.

—¿Y se ha atrevido a tener un hijo de mi hermano?

—Sí, él lo quería.

—¿Qué tipo de mujer es esa?

—De las mejores, si yo encontrara una igual...

—¿Cuándo te vuelves?

—Pasado mañana.

—Iré al rancho, me despido y me voy a Texas en cuanto haga el recado. No digas nada.

—No lo diré, necesitamos un jefe para los animales, Set es bueno, pero un jefe es un jefe y tu hermano ya no puede,

En tres días entraba Robert en el rancho. Había conducido sin parar apenas, se paró en la entrada y vio el rancho precioso, las casas nuevas a lo lejos y los animales tranquilos. Su hermano había reformado el rancho y no hacía mucho. Estaba precioso, quizá para su mujer, la

casa y lo demás para todos.

Paró en la puerta y entró.

—¡Ay, Dios! —dijo Nat—. Robert, muchacho. —Y se abrazaron llorando—. Mi niño. Te hemos estado buscando tanto tiempo...

—Ya estoy aquí, Nat, ¡Qué bonito es todo esto!

—Fue cosa de tu hermano, ha dejado el rancho hermoso y nuevo.

—¿Y dónde está?

—En la sala, duerme allí con Marian, es su mujer. Ya la conocerás.

—Sí, tengo ganas de conocer con quién se ha casado mi hermano.

—Ya no puede subir.

—Está bien, voy a verlo.

—Está dormido, todas las pastillas ahora le hacen dormir . Son más fuertes.

—¿Y ella?

—Es miércoles, ha ido a por las compras.

—¿Embarazada de tanto?

—La ha acompañado uno de los vaqueros, ya no puede cargar la pobre como antes.

—¿Cómo es?

—Maravillosa, ¿sabes qué?, bueno esto lo oí cotilleando.

Y Robert se reía.

—Tiene una cuenta para ti, la hizo ella sola con la mitad de las ganancias del rancho de todos los años, solo tiene lo que gasta al año y deja lo mismo, el resto va a dos cuentas una tuya y otra para ellos.

—¡Joder, Nat! ¿Qué tipo de mujer es?

—Una honrada y honesta, así que ya te puedes poner las pilas con Set, necesita ayuda,

—Por supuesto que lo haré.

—Y una cosa te digo, me tratas bien a mi niña Marian, lo quiere a pesar de que no lo entiendas, ¿te enteras?

—Enterado.

—Se quieren, es difícil entender ese tipo de amor, pero así es. Serás amable con ella y con tu hermano y no le harás daño, le quedan apenas tres meses de vida.

—¡Joder, Nat!, si llego a saber esto antes...

—¿Cómo te has enterado?

—Me encontré con Alan en Cheyenne.

—¿Allí estabas?

—Sí, en un pequeño rancho.

—¿Y la universidad?

—Era demasiado dinero, hice un año y un semestre trabajando en una cafetería, pero no me daba para estudiar y pagarme el piso.

—Bueno, siempre, si quieres, puedes terminar.

—No, ya no me apetece, ahora tengo este rancho.

—Me parece bien.

—Voy a despertarlo.

—Anda, sí, que si no lo despiertas... de todas formas está al llegar Matthias.

—¿Quién es?

—El quiromasajista, viene a diario a desentumecerle los huesos y darle algún masaje, lo baña, pero ya se queja tanto el pobre, le hace daño, Matthias dice que le dará masajes suaves ya, no hay más que hacer.

—¡Joder, joder, mi hermano!

—No vas a reconocerlo, hijo.

—Michael —lo llamó y abrió la cortina.

—Matthias, ¿ya es la hora? —dijo Michael.

—No soy Matthias, pero sí estará al llegar.

Abrió mucho los ojos...

—¡Robert!

—Sí, soy Robert, tu hermano. —Y Michael se echó a llorar. Ambos lloraron y se abrazaron

—¡Dios mío, hermano!, te he buscado tanto... quería verte antes de morir.

—¡Joder, Michael, no digas eso!

—¿Has venido a quedarte?

—Sí, por supuesto que sí.

—¿Hasta que me muera?

—No, hasta que me muera yo.

—¿Tienes familia?

—Nada.

—¿Ni novia?

—No, nada de nada.

—Pues me alegro, porque cuidarás de mi hijo y de Marian, ¡prométemelo!

—Te lo prometo.

—Como si fuera tu hijo, se va a llamar como yo.

—Lo cuidaré, por supuesto que te lo cuidaré como si fuese mío, y le hablaré de ti —decía emocionado Robert.

—Tienes el rancho, ahora eres el jefe.

—Ahora, estaré contigo, ya habrá tiempo de lo demás.

—¡Dios, hermano! ¡Cómo te quiero!, y te he echado de menos... ¿Dónde estabas?

—En un rancho pequeño de Wyoming, si llego a saberlo...

—No pasa nada. El rancho está precioso en primavera, me sacan al porche, aunque ya no quiero ni puedo, me tienen que dar de comer, las manos se me han quedado agarrotadas.

—Sé qué te pasa, pero estoy aquí contigo y no me iré nunca más. —Y lo abrazó como a un niño.

Le sonó el teléfono y ya venía Nat a contestar.

—No te preocupes, Nat, yo lo cojo.

—Nat —Oyó una voz de mujer.

—No soy Nat.

—¿Quién eres?

—Robert, el hermano de Michael.

—¡Robert, has venido!, ¿te han encontrado?

—Algo así.

—Pues has venido en un buen momento, diles a los chicos que vengan a por la compra, he roto aguas y me llevan al hospital.

—¡Joder! ¿Al de San Antonio?

—Sí, pero tengo los bolsos allí, que uno de los chicos me los traiga, Nat sabe cuáles son.

—¿Qué pasa?

—Tu mujer va a dar a luz.

—Quiero que vayas, no quiero que esté sola, ya hablaremos y me llamas.

—Nat, dame los bolsos de Marian, va de parto a San Antonio.

—¿Ya?, pero si le faltaban diez días, seguro que ha cogido una caja, mira que le dije que no hiciera esfuerzos.

—Bueno, llamaré a Fran que vaya con ella.

—Va con ella.

—Pues mando a otro a por la compra.

—Yo voy al hospital, Nat.

—Gracias, hijo, anda que has llegado al rancho en buen momento.

—Voy, hermano.

—Quiero que entres al parto como si fueras yo.

—Pero, Michael, yo no sé nada de eso.

—Y le des la mano como si fuese yo.

—Está bien, si no me mareo...

Y Robert salió como un rayo. Michael estaba nervioso.

—Michael, si no estás tranquilo te doy una pastilla, va a estar allí al menos tres días, hombre, y menos mal que está tu hermano. Está bien, cuando nazca te llamarán.

Cuando Robert llegó al hospital encontró a Fran en la sala de espera.

—Robert...

—¡Hola, Fran!, ya hablamos luego, vete al rancho. Yo me ocupo.

—Vale.

—Y la compra ya se la han llevado.

—Está bien, te dejo. Me voy con los chicos.

Y Robert dijo en la recepción que era su marido y lo dejaron entrar en la sala de partos.

Estaba haciendo esfuerzos y él entró y le dio la mano.

Ella lo miró y supo quién era.

—¡Robert!

CAPÍTULO TRES

—Sí, soy yo...

—Cómo... ayyyyy, por Dios, este niño... —Y le agarró la mano.

—Luego hablamos, no quiero marearme, son cosas de mi hermano.

—Vamos, otro empujón más.

Y otro y otro y al quinto salió el pequeño de cabello rubio, precioso.

—¡Ah, Dios!

Se lo pusieron en el pecho.

—Mi pequeño... Michael. Mi amor. Mira, Robert... ¡Tómalo

—Temo que se me caiga.

—Vamos, el padre debe cogerlo. —Y él lo tomó. Era el primer bebé que cogía, vacas todas, pero niños...

—Ya puedes salir y esperar en la habitación 504. La llevamos en cuanto la lavemos y al pequeño para darle de comer.

Y Robert pasó por el baño, se lavó las manos y se dio en la cara, aunque lo que necesitaba era un buen baño y comer. No había tenido tiempo en horas.

«¡Joder!, nunca había visto un parto y fue precioso. ¡Ojalá mi hermano pudiese haber visto nacer a su hijo!», pensó.

Y se sintió culpable por haberlo dejado solo en el rancho con su padre, total, para no poder ir a la universidad. Se sentía culpable por la muerte de su padre, porque si él no se hubiese ido su padre no hubiera ido a San Antonio a desheredarlo y no hubiera tenido ese accidente mortal.

Habían pasado trece años y no hizo nada por llamar al menos a su hermano y ahora se iba a quedar solo en el rancho que su padre no quiso que fuera suyo, con un hijo que no era suyo y una mujer que no era suya y tenía que lidiar con ello.

Lo haría trabajando como un mulo para poder olvidar toda la culpa que le atenazaba el pecho.

Debía hacerse cargo de su sobrino, y lo querría a ese pequeño como si fuese suyo, aunque eso no compensara toda la culpa.

Luego, estaba Marian. La había visto poco, casi nada, con dolores, pero cuanto le contaron, tuvo envidia de su hermano. Era una mujer preciosa y buena. Todos la querían, y si era así, habría sido por algo. Nadie querría a un hombre en su estado. Otra cosa es que estuviesen casados y tuviera la enfermedad, pero sabiéndolo, lo hizo el hombre más feliz en el año que le restaba, con pocas posibilidades de vida.

Robert era un tío alto, rubio como su hermano y los ojos azules más grisáceos que Michael. Era inmoralmemente guapo y las enfermeras lo miraban al pasar con ese aire de vaquero, pero una cierta elegancia innata.

Tenía un cuerpo fuerte y medía casi 1,88. Era un tipo de los que no se ven a diario, pero que no pasaba desapercibido. Tenía heridas que sanar, y trabajo por hacer, y más ahora con sus sentimientos de culpa por abandonar a su hermano.

Fue a la cafetería y tomó un plato combinado, estaba muerto de hambre y necesitaba dormir, después se tomó un café y cuando llegó a la habitación estaba ella dándole el biberón al pequeño.

—Perdona, Marian, he tardado, no he dormido en dos noches y no había comido, estaba muerto.

—Has hecho bien, seguro que has dormido poco también cuando te enteraste.

—Sí, pero no importa, ya dormiré algo esta noche.

Y se sentó en el sillón.

—Arrímalo a la cama y así podemos hablar mejor, no vamos a hablar de lejos. La habitación es solo para mí, y puedes luego dormir en el sofá. —Él arrimó el sillón.

—¿Ya te han contado la historia?

—Sí, Nat, por encima, porque tuve que salir corriendo, casi no he podido hablar con Michael, me mandó venir. —Y ella se reía.

—Es un mandoncillo, te la contaré de nuevo, pero cuando descanses. ¿Sabes que a tu hermano le quedan unos meses de vida?

—Sí, lo sé. —Se emocionó.

—Vamos, tranquilo, al menos delante de él, ya lloraremos después lo que haga falta, quiero que nos vea felices, cuando esté en paliativos tendremos tiempo de llorar. Ahora que has venido, puedes pasar con él todo el tiempo, luego trabajas. Solo le quedaba un deseo por cumplir y era verte. Te hemos buscado hasta en Nueva York, pero fue imposible encontrarte, creímos hasta que te habías ido al extranjero.

—Eso pensé hacer, cuando ya el dinero no me alcanzaba para seguir estudiando. Enrolarme en el Ejército e ir a la guerra.

—Menos mal que no lo hiciste, tienes que trabajar el rancho de tu familia.

—Lo haré.

—Tienes tus ahorros, te los he ido metiendo en una cuenta a tu nombre. Lo tienes en el banco para cuando quieras ir.

—Gracias, me lo ha dicho Nat.

—Por si venías o tenías familia. Y querías hacerte una casa aparte. Ahora el rancho es de los dos. Tuyo y de tu sobrino.

—Lo sé.

—Si tienes familia tu hermano comenta eso, que puedes hacerte una casa. Tienes un buen dinero ahorrado, lo dividí por la mitad. Haremos igual cada año y tendrás un sueldo, claro, como yo. Aunque gastamos mucho con tu hermano y él reformó todo el rancho, aún quedaba bastante dinero de toda la vida desde que lo llevaba tu padre, y tu hermano estuvo de acuerdo en hacerte una cuenta por si acaso. Hizo un caserón enorme.

—No tengo familia más que vosotros, Marian. Dormiré con él debajo, de momento.

—Pero toma una de las habitaciones para meter tus cosas, puedes quedarte en la casa, hay espacio más que suficiente, yo tengo ahora que dormir arriba con el bebé, pero le gusta que me eche a su lado. Y arriba quedan dos dormitorios, el que ocupes, y uno de invitados.

—Lo entiendo. Cogeré una de las de arriba.

—Bueno, este trágón ya está. —Robert lo acostó en la cuna del hospital como ella le dijo y se lo puso al lado.

—Puedes irte al rancho si quieres, están las enfermeras si necesito algo.

—Sí, pero aún como está mi hermano no me iré sin vosotros. No quiere. No sabes cómo se ha puesto de contento cuando lo llamé y tuve que explicarle todo. Nat decía que le iba a dar una pastilla, que estaba de los nervios.

—Pues toma, Robert.

—¿Eso qué es?

—Una tarjeta del rancho y cuando salgas mañana compra un carrito para el bebé, me vine con Fran.

—No necesito esa tarjeta, tengo dinero.

—Bueno, ya te lo dará tu hermano.

—Eres una mujer cabezota.

—Un poco. —Y sonrió. A Robert le parecía una mujer guapa, preciosa, su hermano había sabido elegir bien.

—¿Cómo lo conociste?

—En Las Vegas, allí nos casamos. Soy del sur de España y estaba con mis amigas celebrando el final del máster de la carrera.

—¿Cuál?

—Trabajo social. Y se me acercó tu hermano en silla de ruedas y me hizo una proposición que no pude rechazar. —Se rio—. Me regalaba el rancho, entre otras cosas. Es tan hermoso... Pero no fue por eso, sino porque lo vi solo, desamparado y con ganas de vivir intensamente el tiempo que le quedaba, y es guapo y joven... Además, yo solo tengo un ogro de

abuela y no quería volver.

Suspiró.

—Pero conocer a tu hermano, es quererlo, es un hombre especial, maravilloso, generoso, y lo quiero.

—Te doy las gracias por lo que has hecho, Marian, podías no haber tenido un hijo, mentir.

—Nunca miento y quería darle lo que le prometí, que quedara una parte suya en este mundo. —A Robert se le hizo un nudo en la garganta.

—Ahora tienes un sobrino y una parte de tu hermano. No te arrepentirás.

—Sí, estoy arrepentido, tengo un saco de culpas dentro, no llamar ni una sola vez, no haber podido cuidarlo, ser el causante de la muerte de mi padre.

—Vamos, eso ni se te ocurra, no tienes la culpa de nada de eso, hiciste tu vida, no hay nadie que él haya querido ver antes de morirse que a ti.

—Lo sé, por eso me siento tan mal.

—Al contrario, va a cumplir todos sus sueños, casarse, tener un hijo, ver su rancho bonito y verte.

—Miras las cosas de un modo...

—¿Cómo?

—Distinto, positivo, optimista.

—Tengo que verlo así para no desmoronarme.

—Sí, tienes razón.

En esas entró la enfermera.

—Me llevo al pequeño. Hay que hacerle pruebas, en un par de horas lo traigo.

—Vale.

—Con más biberón.

—Voy a dormir un poco, Robert, estoy cansada.

—Duérmete, estoy aquí.

Y ella se quedó dormida. Mientras, él bajó, compró un carrito y lo puso atrás en su coche, y se llevó la bolsa con ropa que tenía a la habitación; aún estaba dormida, se ve que la enfermera le dio de comer al pequeño y lo acostó a su lado.

Cuando despertó, le llevaron la cena.

Se incorporó con un poco de dolor por los puntos, pero Robert le puso la almohada recta y comió.

—Gracias. ¿Tú has comido?

—Bajaré ahora a la cafetería cuando le des al bebé.

—Gracias, Robert.

—Vamos, estoy aquí.

—Puedes dormir en el sofá cama, si quieres ducharte allí hay un baño.

—No lo dudes, lo necesito.

—Oye, baja a cenar, venga.

—Está bien. Toma, te anoto mi móvil en el tuyo, por si acaso.

—Vale.

—No tardo.

—Come tranquilo, no pasa nada.

Y cuando subió se dio una ducha, se puso un pantalón de chándal y una camiseta azul de manga corta, y guardó la ropa sucia.

—La lavará Nat cuando lleguemos. Vamos, échate y duerme.

—Si me necesitas me despiertas.

—No te preocupes.

Pero ella lo dejó dormir toda la noche, le dio varias veces el biberón al bebé y Robert se despertó desorientado.

—Tenías sueño.

—Mujer, te dije que me despertarás.

—Si no te he necesitado, si mañana estoy bien, nos vamos a casa, los puntos se caen solos en unos días. Así que pasaremos otra noche, pero si quieres irte...

—Que no, mujer.

—He llamado a tu hermano y le he enviado fotos del bebé. Está loco, dice que se parece a él, si no se le ven los ojos. —Y ella se reía.

—Siempre ha sido un poco loco cuando era pequeño.

—Anda, baja a desayunar.

A los tres días , como ella predijo y era normal, la enviaron a casa. Robert la ayudó y cogió el cucú del niño para ponerlo atrás.

—Ponlo bien, Robert, que me da miedo que se suelte, yo voy atrás con él.

—¿No quieres ir delante? Vas más cómoda.

—Prefiero ir detrás, por si acaso.

—Vale. —La ayudó a montarse en el coche, metió los bolsos atrás y dejó el del niño atrás con ella por si lo necesitaba.

—Nos vamos a casa.

—Sí, tu hermano estará nervioso, con lo que duerme, seguro que hoy estará despierto.

Cuando ya llevaban un rato en silencio en el coche, Robert, le dijo:

—Marian...

—Dime, Robert.

—En serio, ¿qué vas a hacer cuando mi hermano muera? —Esa pregunta la dijo con un nudo en la garganta.

—Quiero quedarme en el rancho, la mitad de todo me la ha dejado tu hermano, pero no es por eso, ni para mí, sino para su hijo.

—Entonces...

—No tengo dónde ir, bueno, podía irme a España, pero no verías a tu sobrino, el hijo de tu hermano, y, por otra parte, me encanta el rancho, he aprendido a llevar al menos la parte administrativa, y de los animales, aunque de eso se ocupa más Set. Pero quiero que sepas que el rancho te pertenece, por lo que te hizo tu padre, es vuestro, luego tuyo, si quieres que me vaya, me iré, me llevo solo el dinero para el pequeño y te dejo el rancho para ti. Necesito ese dinero para el niño, que vaya a la universidad, que sepa que es parte de su padre. Yo en un año puedo encontrar trabajo, soy trabajadora social, supongo que no me costará trabajo, aquí, en Nueva York o en San Antonio, en algún sitio, incluso podría volver a Cádiz, claro que no con mi abuela, eso no, así que, si te molesto y quieres vivir solo, me lo dices, no pasará nada, ni voy a enfadarme, Robert. Haré lo que quieras.

—Seguro que mi hermano no quiere que te vayas, quiere que cuide a su hijo. Se lo he prometido.

—Pues no me queda más que quedarme con mi hijo. Si encuentras una mujer y te casas puedo hacerme una casita pequeña para nosotros, en vez de hacerte tú una. Yo no necesitaré tanto espacio, y si quieres sigo llevando la parte del rancho del despacho y tú la de los animales, claro, que te rendiría cuentas.

—A ver, Marian.

—Sí...

—El rancho es de los dos, lo sabes.

—Pero yo no me voy a quedar con un rancho que ha sido vuestro toda la vida, solo he estado un año con tu hermano, si puedo, más de un año.

—Pero su parte es tuya y de su hijo, ¿entiendes?, y mientras no sea mayor de edad, tú lo cuidarás por él.

—Gracias, Robert.

—Estaremos bien. No te preocupes por ello, llevaremos los dos el rancho.

—Lo echaremos de menos.

—Vamos, no te pongas así, que me siento el hombre más culpable del mundo. Si me entero de que mi padre hubiese muerto cuando iba a cambiar el testamento para no dejarme nada, hubiese vuelto con mi hermano al instante.

—Tu padre hizo mal y afortunadamente no pudo hacer lo que no debía. A tu madre no le hubiese gustado.

—Mi padre era algo especial, rudo y duro, no entiendo cómo mi madre que era una mujer delicada y especial se casó con él.

—Se enamoraría, Robert. Eso no es cosa nuestra.

—Ahora no está ninguno de los dos y quien importa ahora mismo, no es ni siquiera mi hijo, sino tu hermano.

—Lo sé, y a él nos dedicaremos.

—Y lo haremos feliz hasta el final, todo cuanto necesite y quiera lo tendrá.

—Sí, casi tú lo conoces mejor que yo en el tiempo que llevas con él. Se merece que lo quieran.

Cuando llegaron a casa, Robert bajó los bolsos de los que se hizo cargo Nat, para poner coladas y sacar los biberones y lavarlos, Rober cogió el cochecito y a ella que se apoyó en él andando despacio y entraron al cuarto de Michael.

—¡Hola, mi amor! —Y lo abrazó. Él no podía moverse ya casi, su hermano sufría y ella lo miró como para que hiciera un esfuerzo.

—Mira, Robert trae a tu hijo.

Dejaron en la otra cama el cochecito y ella sacó al pequeño y se lo puso a su lado para que lo viera, lo besara y lo tocara con el dorso de la mano y con dificultad.

—Es igual que tú. —Michael se arrimaba a su carita y lo besaba. Y lloró.

—Deja ese llanto. Verás que tiene los ojos azules, y es tan grande, me costó tenerlo, Robert me ayudó, ¿a que es bonito?

Él decía que sí, en esos días que estuvo fuera se le había ladeado un poco la boca, pero lloró al ver a su hijo y ella se lo dejó allí todo el rato que estuvieron en el cuarto.

—Robert, siéntate en el sillón, acércalo a la cama y si no te importa te quedas con él, tened cuidado de mi hijo los dos, como le pase algo... —Michael se reía. Yo voy a darme una ducha, necesito lavarme el pelo y curarme los puntos.

—Ve tranquila, luego iré yo.

—Nat.

—Dime, Marian.

—Voy a lavarme el pelo y a ducharme, ¿te importa subir dentro de un cuarto de hora y me ayudas a curarme los puntos?

—Claro que sí.

—Gracias.

Y cuando bajó, lo hizo en chándal y zapatillas, era otra mujer después de ducharse.

—Voy a prepararle el biberón a ese pequeño. —Y él la vio andar despacio.

—Robert...

—Qué...

—Quiero que la cuides, que no se vaya, estoy aquí, cuida a mi hijo y a ella. Si te gusta...

—Vamos, Michael, por Dios. ¿Qué estás pensando?

—Sabes qué estoy pensando, nadie mejor que mi hermano para hacerla feliz, lo merece.

—Pero joder, hermano...

—Al menos piénsalo, no digo ahora, pero más adelante. Es la mejor mujer que ha entrado en este rancho y si vas a ser el padre de mi hijo... No busques otra.

—Me pides demasiado.

—¿No es guapa?

—Mucho.

—Entonces ¿qué necesitas más?, sé que serás feliz con ella.

—Dejemos eso ahora, ¿quieres?

—Pero ¿te lo pensarás?

—Hace tiempo que no puedo hacerle el amor, han sido tan pocos meses... Si tuviera vida... si pudiera.

—¡Joder, me vas a hacer llorar todo este tiempo!

—No, quiero dejar las cosas atadas.

—Están atadas, se quedará en el rancho, la mitad es suya y de tu hijo, quiere llevar la parte del despacho y yo me encargaré de los animales.

—Gracias, hermano. —Él lo abrazó y así los encontró ella, y se emocionó.

—Voy a darme una ducha. —Besó al pequeño emocionado y ella lo supo.

—Ahora tomamos algo cuando venga Matthias.

—¡Ah, mira, ya está aquí!

—¡Hola, Marian!

—Mira, Matthias, nuestro niño.

—A ver ese pequeño. —Y lo cogió.

—¡Vaya chicarrón, Michael, hombre! Es el niño más guapo que he visto en mi vida y qué grande. —Vio orgullosa la casa de Michael.

—Me quedo con vosotros aquí, le voy a dar el biberón mientras le das el masaje, así podemos estar juntos.

—No me des fuerte —decía Michael.

—No le des fuerte.

—Sí, ya le doy un masajito. —Él separó los dedos y las piernas y los brazos, solo eso.

—Vale, gracias, Mattias. Te haré el *bizum* de esta semana en cuanto le des antes de irte.

—No pasa nada.

—Sí, claro, hombre.

—Bueno, como quieras.

—Además, vienes todos los días, le hace falta.

—Todos los días.

—Te odio —le decía Michael.

Y Matthias se reía.

—¡Vaya, muy bonito! Quieres a todo el mundo y yo que te cuido me odias. —Michael reía—. Has sido padre de verdad, Michael. Eres tremendo, te has salido con la tuya.

—¡Es mi niño!

—Tu niño bonito... ¿Le has puesto tu nombre?

—Sí, Michael, ha sido ella.

—Debía tener el nombre de su padre —dijo Marian.

—Vaya tragón este peque.

Todo cuanto se decía, hacía feliz a Michael.

Y al cabo de casi tres cuartos de hora ya estaba Robert viendo qué le hacía Matthias a su hermano. Ella puso al pequeño en el coche, le hizo un *bizum* a Matthias.

—Ya está, Matthias. Tengo que anotarlo en el despacho.

—Lo anoto yo —dijo Robert.

—Si quieres, en un papel. Solo deja puesto esta cantidad en un papel y pon Matthias, ya pasaré las facturas en unos días.

Cuando se fue Matthias...

—Bueno, ¿qué comemos?

—Estoy hambriento.

Le dieron de comer a él primero y volvió a tener un ratito al pequeño, pero con las pastillas se fue durmiendo y ella sacó al pequeño.

—Nat...

—Dime, Marian...

—¿Quieres bañarlo tú mientras comemos Robert y yo?

—Pues claro, hasta que no recoja, no me voy.

—Gracias.

—Dame a ese pequeño guapo, que lo va a poner su yaya, guapo. Está puesta la mesa.

—Gracias, Nat. Vamos, Robert.

Y estuvieron comiendo.

—Tengo ganas de que pasen unos días, los puntos me tiran y estoy incómoda.

—Luego te echas una siesta en la otra cama. Yo cuidaré al pequeño cuando se vaya Nat. Cuándo le toca de comer?

—A las cinco.

—Pues te llamo a esa hora.

—Si se despierta. Lo dejo aquí, no te preocupes, te echas en el sofá, tú también necesitas descansar.

Y en cuanto Nat se fue todos se quedaron durmiendo. Estaban derrotados, hasta las cinco en que ella se despertó. Ese niño era un reloj.

Y así fueron pasando los días. Ella empezó a encontrarse mejor y los hermanos siempre estaban en la habitación. Ella abría para que entrara el frescor de la primavera y empezó a meter las facturas. Se le habían caído los puntos y el niño no salía de la habitación de Michael hasta que de noche se subía arriba con él y Robert se hacía cargo de él en la cama; lo llevaba al baño y no tenían que venir los chicos, él se encargaba de bañarlo, estaba ya tan delgado y agarrotado y su hermano le hacía lo que Matthias por la noche para que durmiera mejor, se quedaba en la cama de al lado.

No quería que lo sacaran ya a la calle, no se encontraba bien y respiraba con dificultad, dos meses después de tener ella a su hijo, llamó al médico y se lo dijo.

—Está bien, pasaré por allí en una hora con el médico de paliativos.

Y en una hora se acercó al rancho. Lo vio y le puso una vía con morfina y suero.

—Esto se acaba —les dijo fuera a su hermano y a ella.

—¿Cuándo?

—En pocos días, tiene los pulmones mal y el corazón, ya no va a despertar, le acabo de poner la vía con morfina. Aquí tienes, medio bote en la vía por la mañana y media por la noche y te dejo suero y más bolsas. ¿Has visto cómo lo he hecho? De todas formas, os lo va a explicar el médico de paliativos, viene para acá.

—Vale, compra pañales.

—Sí.

—Siento que lo veáis así, pero es mejor que no sufra, sería una agonía para él.

—¡Por Dios!

Y su hermano fue al pueblo y se trajo pañales. Ella se encargó también para el pequeño y leche, y se trajo todo, puso el tique de compra en el despacho. Allí estaba el médico de paliativos.

—¡Hola! ¿Eres Robert, su hermano?

—Sí.

—Bien, vamos a ver, le ponemos un pañal, lo miramos cada dos o tres horas, y se lo cambiamos, no si está limpio, el suero es solo esto, ya tiene la vía puesta, y cuando se acabe, se

cambia por otro de esta manera, por la mañana y por la noche se le pincha en la parte alta la morfina, con una aguja distinta, aquí os lo dejo todo, medio bote y medio bote. De todas formas, tal y como respira, no más de una semana le queda, lo siento. Es lo mejor para él, para estar de esta manera...

Y cuando se fueron los médicos ellos lloraron y se abrazaron. Ahora mismo eran un refugio uno para el otro.

—¡Dios mío! Ya no verá a su niño —dijo Marian.

—Lo ha visto dos meses, más de lo que te dijo el médico.

—Sí, ha durado cuatro meses más porque ha sido fuerte.

Cuando vino ese día Matthias, le dijeron que ya ni lo iban a necesitar, hasta Matthias se emocionó y lloró.

Ella le dio dos semanas más por todo cuanto había hecho, pero él no quiso cogerlo.

—Sí que lo cogerás. Te quería.

—Gracias, Marian. —Se abrazó a ella—. Lo siento tanto...

—Ha sido un tiempo bonito y me ha encantado conocerte.

—Y yo a ti.

Y abrazó a Robert.

Se fue.

—¡Joder! Me voy a tirar todo el día llorando, menos mal que no le doy el pecho al Michael, no quise por lo mismo, no podía darle el pecho porque no puedo estar llorando todo el día, la leche sale fuerte.

—No te preocupes, venga, es mi hermano y tu marido, pero prefiero no verlo de esa manera, como está, no puedo, lo recuerdo como un muchacho risueño, alto, juguetón y optimista.

—Era mi amigo y cuidaba de él y lo has cuidado estos dos meses y ha sido tan feliz por tenerte...

—¡Joder, Marian!

Una semana después lo habían enterrado en el pequeño cementerio con sus padres. Murió de madrugada. Y al día siguiente lo enterraron.

Recibieron pésames y fue casi toda la gente del pueblo. Nat encargó un *catering*, como era normal allí.

El cura dio un pequeño sermón.

No había estado allí desde que fue a bautizar a Michael porque se lo pidieron, ya que Michael padre no pudo levantarse y él acudió y lo bautizaron, con Set, Nat y ellos.

Sin duda, era impensable que una persona tan joven y buena muriera joven, pero murió

con todos sus seres queridos y en paz.

Robert le dijo a Marian que se había quedado solo.

—No te has quedado solo, está tu sobrino que te necesita, y yo, pero sobre todo el hijo de tu hermano y debes cuidarlo, es la única familia que te queda de él.

A la semana, ella entró en esa habitación que habían cerrado y le dijo a Robert que iba a poner de nuevo la sala y cambiar el baño, se quedaría como un pequeño baño.

—Si tú quieres...

—Sí quiero y quiero donar su ropa, solo guardaré sus documentos y sus fotos para que su hijo las vea. Dejaré las del salón de momento.

Y eso hicieron.

Ella no podía soportar ver su ropa sus botas, sus cosas de aseo, todo fue donado. Cambiaron la sala y ella se metía a veces en el despacho con el pequeño.

Robert, se hizo cargo con Set de los animales e iba de momento a comprar los miércoles y al banco, se tomaba esa mañana hasta que ella estuviese bien.

La vida comenzó de nuevo en el rancho. Habían pasado ya seis meses de la muerte de Michael y ella no faltaba los domingos a ponerle flores con su hijo al pequeño cementerio y le decía:

—Ahí está papá. —Y fue la primera palabra que Michael aprendió.

El pequeño creía a pasos agigantados y ella le puso un pequeño parquécito con juguetes cuando estaba en el despacho. Como tenía ruedas, se lo llevaba a todos lados de la casa y le puso una almohadita y se tumbaba y se dormía.

Era un bicho, pero era un niño feliz.

Cuando venía Robert de los animales quería cogerlo.

—Ni se te ocurra, Robert.

—¡Está bien!, mandona, me bañaré primero.

—Eso es.

Lo hacía para bromear con ella.

Cuando bajaba sí que lo cogía y le hablaba. Una noche, el niño le dijo «papá», y él se emocionó.

—Marian, ven corriendo.

Ella, que estaba en la cocina preparando la cena del pequeño, llegó asustada.

—¿Qué pasa?

—Me ha llamado papá.

Y el pequeño volvió a decirlo de nuevo.

—¿Ves?

—¡Qué susto me has dado, Robert!

—Es que me he emocionado.

—Te dirá papá, que lo sepas. Al menos, al principio.

—No me importa, es hijo mío.

—Eres su referente.

Y él lo abrazaba.

—Voy a por su comida.

—Este año no hemos celebrado Acción de Gracias, ni Navidad, espero que no te importe, Robert. El año pasado lo celebramos todo con los chicos en el barracón y fue tan feliz...

—No es que me importe, es que no me apetece. El año que viene lo celebramos con los chicos, si Dios quiere.

—Sí.

—¿Cómo va todo?

—Después de Navidad vamos a Montana y luego donde compramos terneros, que eso es solo un día, ida y vuelta aquí en Texas. Hay que vacunar, ya he llamado al veterinario, estará unos tres días.

—Bien, ¿me dejas las facturas?, voy a hacer las nóminas de diciembre e ir preparando en enero las cuentas, pago a Hacienda y a ver qué hay de ganancias. Eso me lleva unos días.

—Trabajas demasiado y tienes al pequeño, ¿no sería mejor que contratáramos a una chica para Michael.

—No, lo llevo bien de momento.

—Bueno, pero si te ves apurada...

—Nat hace todo, solo tengo el despacho y el bicho este.

—Mira lo que dice su madre de mi sobrino... —Y lo cogía, lo subía en alto y el peque se reía. Le encantaba.

Una noche cuando estaban cenando, ella le dijo:

—Robert...

—Dime.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y uno, pronto treinta y dos. ¿Y tú?

—Veinticinco.

—¿Por qué me lo preguntas?

—No te he visto salir a divertirte los fines de semana, deberías tener chicas. Ya hace tiempo de lo de tu hermano.

—¿Te interesa mi vida sexual?

Y ella se rio con esa risa que a él le encantaba, porque le gustaba demasiado Marian, pero aún estaba lo de su hermano reciente y ella le iba a decir que no.

—No, hombre, no es que me interese, pero no quiero que te quedes aquí por nosotros. Puedes salir, lo de tu hermano va para siete meses y necesitarás eso.

—¿Eso qué es?

—Lo sabes, no me lo hagas decir.

—Sí, ¿eso qué es?

—Acostarte con chicas, tener sexo.

—¿Y tú no? ¿Cuánto llevas sin sexo tú?

—Pues casi un año, tu hermano no pudo los últimos meses.

—Pues te digo lo mismo.

—¿Cómo crees que voy a ir a buscar un hombre? Estoy...

—No estás casada, ya no.

—Bueno, pero no quiero.

—Ni yo tampoco.

—¿Por qué?

—Porque no, Marian, y ya está.

—¿Te gustan los hombres? —dijo ingenua.

Él se partía de risa. Ella le dio con la servilleta.

—Estás tonto, te ríes de mí, es normal.

—Ay, Marian, ¡qué ingenua eres!

—Podrían gustarte, no es nada anormal.

—Podrían, pero me gustan las mujeres.

—¿Eres un mujeriego?

—Si fuese un mujeriego saldría, ¿no?

—Es verdad.

—Entonces, ¿me quieres decir por qué no sales?

—Por ti. —La miró fijamente a los ojos muy serio.

Y ella se puso colorada.

—¿Por mí?, pero... pero...

—No tartamudees, eres una mujer preciosa.

—Pero me casé con tu hermano.

—Sí, ¿y qué?, podrías haberte casado con otro cualquiera y no dejarías de gustarme.

—Pero, Robert, ¿estás loco?

—No, si lo miras bien. Estamos solos en esta casa, los dos con el niño, la gente habla, o puede hablar, lo cual no me importa, ni a ti tampoco, pero mi hermano quería que me casara contigo y cuidara a su hijo como si fuese mío, claro que siempre sabrá quién fue su padre.

—¿Que tu hermano quería que te casaras conmigo?

—Sí, exacto.

—¿Te lo dijo?

—Sí, que eras la mejor mujer que había entrado al rancho desde nuestra madre.

Y ella se emocionó.

—¿Cómo pudo pedirte eso?

—Porque era el hombre más bueno del mundo y más generoso.

—Y ¿por eso te gusto? ¿Porque te lo dijo tu hermano?

—En absoluto, tengo mis propios gustos.

—¿Y te gusto de verdad?

—Exacto.

—Pero, Robert, me acosté con tu hermano.

—Sé de la forma que te acostaste con mi hermano, y no, no tengo nada de celos, me alegro de que lo quisieras y lo hicieras feliz. Pero a mí también podrías hacerme feliz y yo a ti.

—Creo que te has vuelto loco, Robert.

—En todo caso, el loco sería mi hermano que me lo pidió.

—Pero no he pensado en casarme de nuevo y menos tan pronto.

—No, aún no. Pero estas cuatro paredes guardarán nuestro secreto hasta dentro de un par de años de la muerte de mi hermano.

—¿Qué secretos?

—¿Tú qué crees?

—Sexo.

—¿Vas a estar sin sexo dos años y otro que llevamos? Yo no, quiero tenerlo y contigo, falta un año y poco, cuando pasen dos años, la gente sabrá que vamos a casarnos.

Ella lo miraba con la boca abierta.

—Pero Robert, puedes encontrar una chica guapa, alta, eres demasiado guapo. —Y él se reía.

—Puedes...

—La he encontrado.

—Pero ¡qué terco eres!

—Sí, soy terco, pero me gustas.

—Dime de verdad que tu hermano nada tiene que ver.

—Nada en ese aspecto, por mucho que me lo pidiera.

—Nos hemos vuelto locos.

—No, pero espero que nos volvamos.

—No me pongas nerviosa, Robert.

—No.

—Quería a tu hermano.

—Y me parece lo mejor que has hecho, y solo por eso, ¿no puedes querer a otro hombre?

—Pero eres tú.

—Sí, soy yo. ¿Quién mejor?

—Es que no había pensado...

—Mírame bien, Marian. ¿Te gusto?

—Sí, eres muy guapo y estás muy bien, eres un hombre que se preocupa por los suyos y trabajador.

—Con eso me basta. Por ahora. Anda, recojamos la mesa —dijo Robert.

Cuando fueron arriba a acostarse y ella iba a entrar en su habitación iba muy callada; le dio las buenas noches, pero Robert la cogió por la cintura y la pegó a su cuerpo, y no le dio tiempo a decir nada porque metió la lengua en su boca y ella se aferró a su cuello y a su pelo. Era una necesidad animal lo que ese hombre le produjo al instante y supo que eso era distinto, claro que era distinto a Michael.

Robert la metió en la habitación y besándola la desnudó y mordió sus pezones. Ella gemía y lo desnudó. Miró su cuerpo de escándalo y lo deseó, mojada como el agua del arroyo y sin decir nada, él entró en ella, duro y fuerte hasta el final, deseándola como a nadie y ella lo recibió con un orgasmo tan rápido que cuando él siguió, consiguió tener otro cuando él se corrió en su cuerpo derramándose como la lava de un volcán ardiente.

La besó y lamió sus pezones mientras se relajaban.

Se echó a un lado y la miró.

—No te voy a decir que lo siento, Marian, si eso es lo que esperas, ha sido el mejor sexo de mi vida.

—Para mí también.

Y se abrazó a él.

—Pero me siento culpable e infiel.

—Vamos, yo también, es normal, pero no podemos sentir eso. Él no quería eso, quería vernos felices. No llores, venga.

—Me gustas, Robert, me gustas tanto... tengo miedo.

—¿De qué?

—De lo que digan, siempre he sido discreta y este es un pueblo pequeño.

—Y lo eres, eso no te hace menos, te has sacrificado.

—No ha sido un sacrificio, lo quería.

—Sí lo querías, pero el amor es otra cosa.

—Hay distintas clases de amor.

—No te voy a discutir eso ahora. Pero no te voy a dejar sola, te deseo demasiado y como te dije, esto quedará entre nosotros hasta los dos años.

—¿Crees que la gente no lo va a saber?

—No me importa, pero no haremos nada hasta que pase ese tiempo.

—Está bien, pero Nat va a saber que nos acostamos.

—¿Y qué?, ella no va a decir nada si se da cuenta, si es que se da.

—¿Qué piensas?, ¿darle a la almohada golpes?

—Y hacer la cama.

—La haces todas las mañanas. Sí. ¡Oh, Dios, Robert!

—Díselo a ver qué le parece y que lo mantenga en secreto

—Es lo mejor, se lo diré.

—¿Tomas pastillas?

—Sí, las tomo.

—Está bien. Yo también quiero tener hijos contigo cuando nos casemos.

—Creo que estamos locos, yo no sé tú, pero una vez que he estado en ti, lo estoy ahora más que nunca. —Mordió un pezón y se la subió encima.

—¡Ay, nene!

—Pequeña, vamos a cabalgar juntos esta noche.

—No te conozco.

—Me conocerás.

Y entró en ella, y ella cabalgó sin remedio sobre su vaquero.

Fue una noche de sexo y lluvia que necesitaba desde toda la vida y supo que no había hombre que la hiciera más feliz sexualmente para ella.

—Estoy celosa.

Y él se reía abrazándola.

—¿Y eso?

—Porque eres demasiado bueno sexualmente para mí, nunca he sentido esto con nadie y si te vas de vez en cuando a vender animales o yo qué sé, pienso que puedes estar con otra y eso...

—No voy a estar con otra, aquí si alguien tiene celos soy yo.

—Eso es una tontería. Yo soy fiel.

—Y yo también.

—¿Y si no somos compatibles, no digo a nivel sexual?

—Que sí, lo es, chiquita.

—Sí, pero si no nos llevamos bien como pareja...

—Nos llevaremos, lo intentaremos por Michael y por su hijo y el tuyo. Porque tengo la promesa de cuidarlo.

—Haré lo que sea necesario para ello y eso nada tiene que ver contigo. Lo nuestro es distinto.

—Eso espero.

—El pequeño.

—Quédate, yo voy.

—Esto empieza bien —dijo ella.

—No te acostumbres, nena.

—¡Qué sexy! —dijo cuando lo vio ir desnudo.

—¡Qué tonta! Espera que vuelva.

CAPÍTULO CUATRO

Cuando se levantó por la mañana, ya se había ido a trabajar Robert y el niño empezó a llorar.

Así que lo bañó y vistió.

—Ahora vamos a por tu biberón con cereales, gordito.

Bajó a la cocina.

—¡Hola, Nat!

—¡Buenos días, hija! ¿Y mi niño?

—Ya está listo para el desayuno.

—Dámelo y te vistes, anda.

—Sí, tengo que hablar contigo ahora cuando baje.

—Venga.

Lo sentó en su trona y le preparó su biberón.

Ella se dio una ducha y se vistió con unos vaqueros y una camiseta, las botas de vaquera y bajó de nuevo con el pelo recogido.

—¿Ya está? Este niño come ... Nos arruinará, Nat.

—Bueno, ¿qué me querías contar?

—Es algo que me duele, Nat.

—Dime lo que sea.

—¿Qué te parecería que Robert y yo...?

—No tienes nada que decirme, lo sé.

—¿Que lo sabes?

—Pues claro, Michael ya me lo decía, que a su hermano le gustabas y quería que fueseis pareja.

—Pues nos acostamos anoche por primera vez.

—Y te lo mereces, los dos son mis niños. Desde que nacieron.

—Pero Nat, me siento y me sentí infiel por Michael.

—Vamos, sabes cómo fue tu matrimonio con Michael, bueno, lo quisiste y lo hiciste feliz, pero llevas un año sin sexo y necesitas un hombre, y...

—Él también se siente culpable, por todo, por lo de su padre, por no llamar a su hermano, por esto...

—Eso lo hace mejor persona, pero le gustas, claro que le gustas y tenéis un hijo en común. ¿Por qué crees que no sale a buscar chicas?

—Estamos aún de luto.

—Han pasado siete meses.

—Solo quiero que lo sepas tú y Set, nadie más, porque vas a hacer la cama y lo sabrás. Y Set porque es tu marido.

—Y ¿qué piensas?

—Lo hemos pensado, esperaremos dos años.

—¿Dos años? ¿Por qué?

—Por su hermano. No tenemos prisa.

—Bueno, si lo habéis pensado... pero que conste que me alegro mucho, porque te hubieses enamorado de Robert, de estar Michael vivo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé y punto. Robert, es más *sexy*, seguro que es muy bueno en la cama.

—¡Nat!

Y Nat se reía.

—¡Qué mala eres!

—¿Es bueno?

—Sí que lo es, cotilla. —Nat se reía.

—Por eso, pero yo creo que con un año es suficiente.

—Bueno, lo pensaremos, de momento ayer fue el primer día y tenemos que conocernos más.

—Os conocéis y faltaba el sexo.

—¡Ah, Dios, Nat! Con los dos hermanos...

—Vamos, todo el mundo piensa que te casaste por pena con Michael.

—Pero eso no es cierto.

—Lo sé, pero la gente no entiende eso.

—Me importa mucho el qué dirán.

—Dirán que eres una buena mujer que se merece Robert.

—Si hay habladurías se irán a otra parte cuando haya otras.

—Además, tú eres la dueña y deja de pensar tonterías y quiere a mi niño, está solo y con culpas.

—Lo sé.

—Es bueno.

—También lo sé.

—Y si no ha salido... nunca ha sido un mujeriego.

—También lo sé.

—Por eso, deja de pensar y siente; lo que tú has hecho, nadie lo hace y si lo hace es por dinero y sin hijo.

—Mi niño precioso.

—¿Lo ves? Venga, dale un paseíto, abrígalo y a trabajar al despacho, voy arriba y luego bajaré.

Ella se dedicó después al despacho mientras Michael se echaba su siestecita, hasta que venía Robert. Pero la llamó y le dijo que no iba a venir a tomar nada al mediodía, que iban a la parte norte del rancho.

—Vale, ten cuidado.

—¿Estás bien, pequeña?

—Bien, ¿y tú?

—Muerto de sueño, mujer.

—¡Qué tonto!

—Adiós, preciosa.

—Adiós, hasta luego.

Por la tarde se duchó y se echó una siesta con su pequeño en el sofá, y miró el patio cuando se levantó y se hizo un café...

Por la noche, cuando estaban acostados después de hacer el amor con Robert y contarle que se lo había dicho a Nat...

—Nat es sabia.

—Es muy buena y es un lince, pero tu hermano se lo dijo. Por Dios.

—Sí.

—Ven que te abrace, enana.

—¿Qué tal el día?

—Pensando en tu cuerpo, deseando que llegara este momento.

—Deberías cambiar la ropa a esta habitación.

—Cámbiamela mañana, ¿vale?

—Vas a estar de aquí para allá y tienes tu baño.

—Sí, ya ocupo mi puesto y que Nat deje dos habitaciones libres.

—Las llenaremos de niños.

—Pues no más de dos.

—Las habitaciones son grandes.

—Pero, hombre, ¿quién crees que soy, una vaca?

—Mi vaquita. Quiero dos al menos y el de Michael.

—Ya veremos.

—¡Qué pezones!, me encantan. Y tu culo duro y fuerte. Y eso que tienes en medio... —Y bajó a su sexo. Era la primera vez que le hacían sexo oral.

—¡Ay, Robert! No, no me han hecho eso nunca. —Él la miró y se quedó parado.

—¿En serio me lo dices? —Y seguía lamiendo su sexo.

—Sí, ¡oh, Dios!, no, sí...

—Sí, vas a probar eso esta noche.

—¡Ah, por Dios! —le decía, mientras le chupaba y lamía su sexo hasta conseguir arrancarle un orgasmo inesperado que la dejó temblando.

—¡Ah, Dios!, ¡ah, Dios!

—Sí, ah, Dios, mi enana ha conseguido un orgasmo por primera vez conmigo.

—Deja que respire.

—¡Me gusta!, sabes bien, hueles bien... —Y la penetró subiendo por su cuerpo, ella abrió sus piernas y él profundizó y se movió en ella. Cuando entraba en ella, entraba en casa, en su sexo caliente y mojado y Marian le respondía como ninguna mujer de las que tuvo anteriores.

Ella era distinta, bella y era tan sexy que, a él lo ponía a cien por hora. Pensaba en ella y se ponía duro, la miraba caminar y quería entrar en ella a todas horas. Era tremendamente sexual sin ella darse cuenta ni hacer nada, pero él era así con ella.

Pasaban los días y las semanas y no se cansaban el uno del otro por las noches, e incluso algunos días venía a la hora de la siesta cuando el pequeño dormía y le hacía el amor.

Pasó más de un año, y se llevaban bien en todos los sentidos. Robert, como su hermano, era también cariñoso y le gustaba bromear con ella y tomarle el pelo. Fue un año tan feliz...

Michael cumplió dos añitos y la vida en el rancho era apacible y estaban encantados, aunque guardaban aún su secreto. Robert ya estaba harto de esa situación y quería casarse con ella. Se había enamorado como un bobo y pensaba decírselo. Esa mañana cuando fue al pueblo compró un anillo de compromiso. Ya no le importaba lo que la gente dijera. Había pasado tiempo suficiente.

Mientras él estaba en el pueblo, Marian recibió una llamada de teléfono de sus amigas, Olga y Tere. Nunca había perdido contacto con ellas y ella le contaba que salía con el hermano de Michael; estaban revolucionadas, porque Robert estaba muy bueno, la querían por lo que hizo con Michael, pero no pudieron ir al entierro. Habían encontrado trabajo.

—¿Qué pasa, guapas?

—Tenemos malas noticias.

—¿Qué pasa?

—Tu abuela ogro ha muerto.

—¿En serio?

—Sí, la tienen en el hospital hasta que vengas y la reconozcas. En una cámara.

—¿Qué le pasó?

—El corazón. Así que tienes que venir, hay que enterrarla y el abogado nos ha dicho que tienes que hablar con él. Quizá te haya dejado la casa.

—Pero tengo al pequeño.

—Déjalo con Robert y Nat, así vienes antes.

—¡Está bien! Veré qué puedo hacer. Ir voy a ir de todas formas.

—De momento, haz la maleta y rápida, te van a cobrar una pasta si la dejan muchos días.

—¡Joder!

—Te esperamos cuando vengas.

—¡Está bien!

Fue a hablar con Nat.

—Nat...

—Dime, mi niña.

—Tengo que irme a España esta noche. Me voy a Houston en cuanto venga Robert.

—¿Y eso por qué?

—Porque mi abuela ha muerto y tengo que reconocer el cadáver, está en el hospital. Y luego seré el entierro y comprobar la casa.

—¡Está bien, mi niña! ¡Qué mala suerte! ¿Y el pequeño te lo llevas?

—Iré más rápida sola. Voy a buscar a una chica en el pueblo antes de irme.

—Espera, que conozco a una vecina que tiene una hija... a lo mejor le interesa —dijo Nat.

—Llámalas, a ver si puede venirse con Michael hasta la vuelta.

—La llamaré.

Y la llamó.

—Al menos que se quede hasta que venga Robert del campo. Le diré que se venga estos días a la hora de comer, y me deje las facturas, así la chica se puede ir cuando venga Robert.

Y en eso quedaron

Lori era una chica de veinticinco años que tenía novio en uno de los ranchos de al lado, y le vino muy bien el horario.

Cuando vino Robert del pueblo...

—¿Qué haces con esa maleta?

—Tengo que irme a España, me llevo el coche a Houston.

—Pero, nena, ¿qué pasa?

—Mi abuela ha muerto, estaré un par de semanas, mientras arreglo todo, o menos si no me ha dejado nada, que será lo más probable.

—¿Y el pequeño?

—Tenemos una chica, Lori, conoce Nat a su madre y quiero que te vengas a la hora de la comida y lo cuides. La chica se irá cuando vengas y Nat lo baña por la mañana, solo le das la cena.

—¡Está bien! Eso, por supuesto.

—Por favor, Robert, cuídalo.

—¡Joder, me dejas solo!

—Serán unas semanas, y más me duele dejarte al pequeño.

—Pero, nena, no seas tonta. Lo cuidaremos.

—Tengo que irme, te he dejado las instrucciones, y te diré por *WhatsApp* las nóminas y los pagos, déjame las facturas en la mesa, las meto a la vuelta.

—¡Qué prisas! Ven aquí. —Y la besó fuerte—. Te voy a echar de menos.

—Ten mucho cuidado con el niño.

—Que sí, que no te preocupes.

—Te llamo desde Houston, antes de coger el vuelo.

—Por Dios, nena, no corras y ten cuidado.

—Sí, lo tendré.

Besó a su pequeño y a Nat.

—Venga, que no le va a pasar nada. Si tengo que dormir aquí me vengo por las noches

—Gracias, Nat.

Y salió con el coche rumbo a Houston.

Allí sacó el vuelo en primera a Málaga, de allí iría a Sevilla y a Cádiz.

Llamó a Robert y mientras comía, estuvo hablando con él y le contó con más detalle todo.

—Nena...

—Dime.

—Te quiero.

—¿Ahora me lo dices?

—Sí, te lo digo, quiero que vuelvas, tengo miedo de que te quedes allí.

—¿Sin mi hijo?, ¿estás loco, hombre?

—¿Y sin mí?

—Sin ti tampoco, te quiero, guapo.

—Mi niña, cuídate.
—Lo haré, te llamaré cuando llegue al hospital.
—Vale.
—O antes si voy en el tren.

Más de trece horas y media tardó en llegar a Málaga, muerta de cansancio, menos mal que iba en primera. Comió de nuevo en el mismo aeropuerto, se aseó un poco y pidió un taxi para ir a la estación del Ave.

Allí tomó un tren, en primera también a Sevilla, y desde allí otro a Cádiz.

Iba muerta, dormitando, llevaba una maleta mediana. Y cuando llegó, pidió un taxi al hospital. Eran las cinco de la tarde.

Le enseñaron el cadáver, lo reconoció y la enviaron al tanatorio más cercano a casa.

Ella pagó todo.

Llamó a sus amigas y estas fueron por la noche al tanatorio. Se abrazaron.

—Ve a casa, nos quedamos y te duchas, comes algo y luego vienes.

Había allí algunos vecinos que ella conocía y que las niñas habían llamado.

Cuando entró en la casa, tenía el mismo olor de siempre. Nada había cambiado en todos esos años, nada, ni un mueble, ni su habitación tampoco. Todo estaba igual, las colchas... las camas...

Se duchó y se puso ropa limpia y oscura.

Y en uno de los bares se tomó unas tapas.

Otro taxi y al tanatorio.

Allí estuvieron toda la noche, sus amigas con ella, llamó a Robert.

—¡Hola, cielo! ¿Y el niño?

—Está bien, Nat se ha empeñado en quedarse a dormir en el otro cuarto.

—Bueno, déjala, le daremos alguna compensación.

—¿Y tu abuela?

—Estamos en el tanatorio, la misa es mañana a las diez y después la enterraremos como quería, con mi abuelo.

—Vale, pero descansa.

—Así que hasta mediodía no podré dormir algo, estoy muerta.

Y así fue, cuando terminó el entierro y se fueron todos, y ella a dormir.

Estuvo durmiendo hasta las cinco del día siguiente en que sonó el teléfono.

—¿Olga?

—Mujer, estamos preocupadas.

—Estaba dormida, muerta de cansancio.

—Anda, abre, que estamos en la puerta.

—Voy.

Y les abrió.

—¡Por Dios, cuánto he dormido!

—¡Vístete! Vamos a tomar café y tarta al centro.

Y estuvo con ellas toda la tarde, desde que salieron del trabajo. Cenaron también y ella se marchó finalmente a la casa de nuevo a dormir.

—Toma —le dijo Tere.

—¿Eso qué es? —Y cogió la tarjeta.

—Para que mañana llames al abogado, dile que tienes prisa para irte.

—Vale. Iré a su despacho.

—Está cerca, puedes ir andando.

—Ya veo, la calle la conozco, no se me ha olvidado todo.

—Bueno, te dejamos, te llamamos por la tarde.

—Vale.

Volvió a llamar a Robert.

—Te echo de menos, preciosa.

—Y yo a vosotros. Mañana voy al abogado a ver qué me dice.

—Bueno, ya me cuentas.

Estaba inquieta esperando en el despacho del abogado. Había desayunado fuera y la secretaria le dijo que entrara por fin.

—¡Hola, Marian!, siéntate.

—Gracias.

—Marian, soy el albacea de tu abuela.

—Sí...

—Bueno, me encargaré de todo el papeleo y de la herencia.

—Sí, supongo que no me ha dejado nada, ya que me fui.

—Te equivocas, te ha dejado todo.

—¿En serio?

—Sí, la casa, que ya tiene comprador si la quieres vender.

—Por supuesto, pero no sé el precio de lo que costará.

—Se ha tasado con tu abuela, y ella estaba de acuerdo, el hijo de la vecina la quiere. Te puedes llevar los recuerdos, el resto, lo quiere, los muebles, todo.

—Mejor, así no tengo que sacar nada.

—200000 euros.

—Está bien.

—Es muy grande, pero necesita reformas y está en el centro.

—Me parece bien.

—Vale, eso es una de las cosas.

—¿Hay más?

—El dinero.

—¿Mi abuela tenía dinero?

—Sí, te había guardado el de tus padres y el suyo. Dos millones y medio de euros.

—¿Cómo? ¿Todo eso?

—Sí y tengo que darte lo del entierro y demás, porque tenía un seguro de decesos, me pasan las facturas y te hago todo en dos días, si te parece.

—Me parece perfecto, porque tengo prisa.

—Te pago a Hacienda y los impuestos y si puedes llevarte las cosas ya, dejas la casa hoy mismo.

—Puedo quedarme en un hotel. Cogeré hoy lo que necesito y me cambio, le traigo la llave.

—O se la dejas a la vecina de arriba, Marisa, ya firmaremos las escrituras.

—Vale, se la dejo a ella.

—Pues eso es todo, ve firmando y te quedas con una copia y yo con otra.

Y cuando firmó una buena cantidad de documentos, el abogado, metió en una carpeta una copia de lo suyo y otro para ella.

—Pasado mañana estará todo listo para las doce. El notario es amigo mío y vendrá aquí.

—Muy bien.

—Y te haré una transferencia a la cuenta que me digas.

—Esta misma.

—Tendré que cambiarla a dólares.

—Cóbrese lo que sea y si puede dejarme unos cinco mil euros en metálico... para los viajes de vuelta...

—Muy bien, te daré tu factura con la minuta.

—Vengo entonces pasado mañana.

—Sí.

Cuando habló con Robert, le dijo todo.

—Nena, eras rica ya antes de venir.

—Sí —se reía—, pero me tengo que quedar unos días y tengo ganas de estar en casa.

—Son unos pocos, nada más.

—Voy a comprar una maleta grande para meter las cosas que me vaya a traer de la casa y dejarla esta tarde, buscar un hotel.

Esa noche no salió. Estaba muerta. Se quedó en el hotel y pidió que le subieran algo de cena, se dio una ducha y se quedó dormida.

Al día siguiente iba dar una vuelta por la mañana por Cádiz. Ya tenía ganas de no tener nada que hacer y por la noche quedó con sus amigas.

—Pero ¿cómo te vas a ir mañana? Es viernes —dijo Olga.

—Te vas el lunes, el fin de semana de chicas, tenemos planes y hasta volver a vernos de nuevo...

—Estáis locas, Robert me va a matar.

—Que no, que lo llamamos ahora mismo.

Le quitaron el móvil y marcaron.

—Robert...

—Olga... —dijo, porque ya las conocía. Se llamaban todos los meses con Marian.

—Tu novia no va hasta el lunes, tenemos fin de semana de chicas, la verás el martes.

—Por Dios, mujer, la necesito.

—Y nosotras, vamos a ligar...

—Ponla.

Y se reían.

—Marian...

—Dime, mi amor... están locas, en todo caso será el fin de semana solo. Me voy el lunes por la noche. Estaré el martes por la mañana.

—No ligués.

—Que son bobas, cómo voy a ligar, tengo un vaquero *sexy* y guapo esperándome.

—Bueno, pásalo bien, pero nada de hombres, al menos tú.

—¡Que no, bobo!, que te quiero.

Al día siguiente, viernes, a la una, tenía su dinero y comió fuera. Llevaba unos días que iba a engordar.

Y mientras comía, se dio cuenta de que no se había llevado las pastillas con las prisas.

¡Por Dios! Menos mal que no hemos hecho nada, pero si tiene efecto con la última...

Intentó no preocuparse, y pasarlo lo mejor que pudo ese fin de semana loco con sus amigas.

Lo pasó fenomenal, comiendo *pescaíto*, bailando, estuvieron en la playa...

Necesitaba ese fin de semana y no se arrepintió de haberse quedado, aunque echaba de menos a Robert y a su niño, pero estaba bien cuidado y ella lo sabía.

Fue una liberación ver de nuevo su Tacita de Plata, su tierra, a sus amigas, a gente de la universidad que se encontraron, algunos casados. Era una ciudad pequeña, luminosa y bonita, la Cuba de España.

Cuando se despidió de ella, el domingo por la noche en la puerta del hotel, lloró mucho, y las abrazó porque sabía que, si alguna vez volvía, tardaría en hacerlo, porque el lugar donde nació, pesaba cuantos más años pasasen.

—No llores, de verdad que iremos un verano a tu rancho de vacaciones.

—Yo os pago el billete —les decía Marian—, quiero que vengáis con vuestros novios o maridos o hijos.

—Espera, no corras, aún no tenemos nada de eso.

—Lo tendréis y será el día más feliz del mundo para mí. No podemos ir a nuestras bodas, pero quiero que nos veamos alguna vez.

—Te lo prometemos, el siguiente nos toca a nosotras.

—Adiós, os quiero. —Y entró llorando en el hotel. Se dio una ducha y se metió en la cama, puso la alarma del móvil y al día siguiente por la mañana salía destino Sevilla-Málaga-Houston.

Cuando llegó al día siguiente, fue al parquin con sus maletas y salió, camino de Old Park, paró a lavar el coche, echó gasolina y tomó un buen desayuno. Desde allí llamó a casa.

—¡Hola, Nat! ¿Qué tal? ¿Cómo están mis amores?

—No vengas aquí, cariño.

—¿Qué pasa?, ¿ha ocurrido algo?

—Robert está en Houston con Set.

—¿Y eso? Hace 50 km que he salido de Houston.

—Pues vuelve, están en el hospital.

—¿En el hospital, por qué?

—Robert se ha caído del caballo y ayer de las escaleras.

Y a ella se le vino el mundo encima.

—Nat, no me digas, estoy muy nerviosa.

—No será lo mismo, no puede ser lo mismo, quizá sea otra cosa, por eso están allí.

—Pero ¿cuándo ha empezado?

—Fue hace dos días.

—Pero si he hablado con él.

—No te ha querido decir nada por si es lo de su hermano, está hundido, dice que puede ser una enfermedad congénita.

—No puedo tener esa mala suerte, Nat, ni él tampoco.

—Verás que no es eso.

Y ella empezó a llorar.

—Vamos, mi niña, da la vuelta y ve al hospital, están haciéndole pruebas, en el mismo en el que estuvo su hermano.

—Voy para allá. ¿Y Michael?

—No te preocupes está conmigo y con la chica. Es un bicho, ya verás, ha crecido en estas dos semanas que llevas fuera.

—Dios mío, vuelvo a Houston, Nat.

—Llámame, ¿vale?

—Lo haré.

Ella se limpió las lágrimas y dio la vuelta al salir de la gasolinera.

No, no podía volver a pasar por lo mismo y menos con Robert, y para colmo podría estar embarazada de él, no, no era justo que pasara por lo mismo con dos hombres buenos, hermanos y un hijo de cada uno.

Si le pasaba eso, se iría a Cádiz, eso lo tenía claro, no podría permanecer allí con esos recuerdos, vendería el rancho y se iría lejos, a Nueva York quizá también, donde olvidar todo. Su rancho precioso...

Debía aminorar la velocidad o iba a tener un accidente e iba a ser peor.

El camino se le hacía largo y luego tenía que entrar en la ciudad.

No quería que Robert la viera mal de ninguna de las maneras, si era definitivamente lo mismo que su hermano.

¿Podría ser posible que fuera una enfermedad congénita?

No quería ni pensarlo.

Cuando llegó al hospital, aparcó, cogió su bolso y entró deprisa preguntando por él, le indicaron la habitación y subió en el ascensor buscándolo.

Cuando llegó, Robert estaba en pijama y sentado se encontraba Set.

—Cariño, ¡oh, Dios mío! —Y se abrazaron llorando.

Set sabía que salían juntos, porque le había contado lo del anillo de compromiso.

—¿Qué pasa ,Set?

Lo abrazó también.

—¿Qué te ha pasado?

—Fue al bajarme del caballo, se me enredó las riendas y me caí de golpe, nunca me había pasado.

—Bueno, eso es normal.

—Pero luego se me doblaron las piernas en las escaleras, menos mal que no llevaba al pequeño. Creo que es lo de mi hermano.

—No digas eso, ni lo pienses, por Dios, no vamos a pasar por lo mismo. —Y miraba a Set y este la miraba con pena.

—¿Han dicho algo?

—No, le están haciendo pruebas. Ahora vienen, le van a hacer resonancias. Ya le han hecho un tac.

—Vinimos ayer.

—¿Cuándo le pasó eso?

—Vete tú a casa, Set, yo me quedo.

—¿En serio?

—Sí, si tengo hasta ropa en el coche y allí te necesitan, yo os voy avisando.

—Está bien, me voy entonces.

—Y come algo, ¿lo has hecho?

—Ahora como por el camino.

—Llámame cuando llegues.

—Te llamaré.

—Te vas haciendo cargo de todo. Ya está la jefa mandando.

Y se despidió de ellos. Set se fue al rancho.

—Por Dios, mi amor. —Se tumbó encima de él.

—Cielo, no quiero que sea lo de mi hermano, no quiero que pases por lo mismo otra vez.

—No va a ser eso, ¿lo entiendes? No puede serlo, nunca hice nada malo para tener esa mala suerte ni tú tampoco.

—Yo sí.

—Tú tampoco.

Y en esos momentos entraron los enfermeros con la camilla.

—Nos lo llevamos, señora, se lo traeremos en una hora de vuelta.

—Vale. Espero.

Y lloró de nuevo al ver cómo se lo llevaba. Él sabía que podía tener lo de su hermano, no era raro, era lo más normal del mundo tener eso. Algún antepasado podría haberlo tenido, pero no tenían familia para preguntarlo, ni tíos, ni primos ni a nadie.

Estiró la cama y se la hizo de nuevo. Se lavó la cara, tenía ganas de darse un baño, pero tenía la ropa en la maleta del parquin, esperaría a que lo trajeran, pero se echó agua en la cara y se miró al espejo, lloró por su mala suerte.

Lo que sí le daba tiempo es de bajar a la farmacia que había al lado del hospital y comprar una prueba de embarazo y lo hizo en un tiempo récord.

Se metió en el baño y esperó.

Positivo.

No estaba ni de un mes, porque la regla le tocaba en una semana o menos. Y ya le daba positivo.

Dios mío, la historia se repetía.

Estaba de los nervios.

Cuando trajeron a Robert lo dejaron en la cama.

—¿Qué tal?

—Mañana me dan todos los resultados, ahora me traen la comida. —Y vio cómo él se estiraba con esfuerzo hacia arriba—. Llevo dos días de pruebas y estoy cansado, quiero irme a casa tenga lo que tenga. —Ella lo besó y se echó a su lado.

CAPÍTULO CINCO

—Marian...

—Dime, mi amor.

—Si tengo lo de mi hermano, cuando pase lo que tenga que pasar, quiero que vendas ese rancho maldito y te vayas con Michael, no te quedes, por muchas promesas que hayas hecho. ¿Me oyes? Ni por muy hermoso que lo veas. Allí ya no estaremos, solo nuestras tumbas. Quiero que te vayas, lejos, que empieces una vida nueva y te olvides de todo esto en lo que te hemos metido.

—Sí, pero no te va a pasar lo mismo que a tu hermano.

—Bueno, prométeme que te irás de aquí.

—Está bien, venderé el rancho y me iré.

—Lleva al chico a España o a Nueva York si no quieres volver, o donde quieras vivir, tienes dinero y puedes hacerlo donde quieras, bien lejos de Texas, olvidas este capítulo de tu vida que no te correspondía.

—Por Dios, Robert, no digas nada más, ¿quieres que me dé algo?, vengo nerviosa, sin dormir y embarazada, no puedes hacerme eso.

—¿Estás embarazada?

—Sí, vamos a tener un hijo, no puedo pasar por lo mismo, ¿me oyes?

—¡Joder, no puede ser, Marian!

—Pues lo es. Me fui corriendo, me dejé las pastillas y aunque no lo hicimos al siguiente día han hecho efecto 24 horas después. Me acabo de hacer una prueba, aún me faltan días para que me venga la regla, cinco o así, pero me acordé de las pastillas y he bajado a la farmacia y lo estoy, así que no me puedes faltar, ¿lo entiendes? No puedo pasar por lo mismo con otro hijo y con el hombre al que más amo en la vida.

—¡Por Dios, mi niña! ¡Joder!, ¡qué mala suerte!

—No, no es mala suerte. Es una suerte tener un hijo tuyo, la mala suerte sería perderte como a tu hermano. No lo superaré.

—Lo harás por los niños.

—Pues no hablemos más de eso hasta que mañana te den los resultados.

—¡Está bien!

Entraron con la comida...

—Ve y come algo.

—Ahora cuando acabes. Bajo, tomo algo por ahí y me subo la maleta, necesito una ducha y dormir.

—¿Echamos una siesta? —Y la miró pícaro.

—¡Ay, Robert! ¡Qué humor tienes!

—No me mires así en estos momentos. Te necesito, nena. Han sido muchos días.

—Come, anda.

Y cuando acabó, retiró la bandeja a un lado para que se la llevaran. Le ayudó a ir al baño y lavarse los dientes y se volvió a acostar.

—No creo que sea lo de tu hermano.

—¿Por qué?

—Porque no sé, no andas igual.

—Porque mi hermano lo dejó mucho.

—Sí, pero no creo que sea eso.

—Anda, doctora, y ve a comer.

—Ahora vuelvo, mi amor. Te quiero.

—¿Me quieres?

—Sí, aunque tú no me quieras.

—¿Qué dices, loca? Te he querido desde que te vi pariendo. Ven aquí y dame un besito.

Salió a comer y con la lágrima fácil cogió la maleta. Cuando llegó a la habitación, le habían echado la cortina y estaba dormido, y con cuidado, se metió en la ducha con el bolso y la maleta y se dio una buena ducha, se secó el pelo y se puso un chándal y las zapatillas, una camiseta y una rebequita; el aire estaba puesto y le entró frío.

Recogió la ropa y la puso con la que llevaba para lavar en una bolsa.

Dejó la maleta en un armario y el bolso, dejó fuera solo el móvil.

Salió al pasillo y llamó a Nat.

Preguntó por el pequeño. Y llamó a las chicas llorando.

Olga le contestó:

—Vamos, no tiene por qué ser lo mismo.

—Creo que voy a morir, tengo una ansiedad, y mucho miedo, y encima estoy embarazada. No puede pasarle eso.

—No será eso, cálmate por el bebé. Y si es, te vienes cuando todo pase. Amiga, qué mala suerte, por Dios...

—Eso me ha dicho Robert, que venda el rancho y me vaya.

—Pues eso, pero vamos, sería muy mala suerte que les pasara eso a los dos hermanos y tuvieses dos hijos uno de cada.

—Tengo veintisiete años casi y voy a ser viuda dos veces con dos hijos de dos hermanos.

—¡Ay, Marian, por Dios!, no pienses eso.

—¿Entonces?

—Sí, lo sé, mañana le dan los resultados. Pero era tan feliz con Robert, de él estaba enamorada, y lo estoy. La vida es muy cruel conmigo desde pequeña, Olga.

—No te victimices, hay historias peores. Me llamas mañana y me cuentas, no adelantes acontecimientos y, sobre todo, no sufras antes de saber nada.

—Sí, te diré lo que me digan.

Pero ella tenía un mal presentimiento, tan malo que se puso nerviosa, y los nervios le atenazaron la garganta y sintió un dolor en el vientre.

Entró corriendo al baño.

—¿Qué pasa, nena?

—Empezó a vomitar y se sintió sangrar, Robert apretó el botón para llamar a la enfermera. Cuando esta llegó, le indicó que entrara al baño.

—¿Qué le pasa, señora?

—Creo que estoy abortando, no estaba ni de un mes, o es la regla.

—Espere, mando una silla de ruedas ahora mismo y la bajamos a ginecología.

—¿Qué pasa? —decía Robert.

—Espera, cariño.

—¡Joder! ¡Maldita sea! —Dio un golpe en la cama impotente.

En ginecología le dijeron que había sufrido un aborto espontáneo. Le hicieron un legrado y le dieron una habitación, debía estar 24 horas.

—Con mi marido, por favor. —Y les dijo la planta.

—Está bien, la dejaremos allí, era apenas un coágulo, mañana estará perfectamente, unos días de regla y ya está. Ha sido poco.

Y Robert vio que metían una cama en su habitación y tras ella iba Marian en una silla de ruedas.

—¿Qué te ha pasado, nena?

—He perdido el bebé, creo que, de los nervios. Era muy pequeño y mañana estaré bien, ha sido un aborto espontáneo.

—Tendremos más.

—Sí —decía ella llorando.

—Vamos, por Dios, no podemos tener tan mala suerte.

—Tengo la culpa, Robert, me he puesto muy nerviosa.

—No te preocupes, si no tengo nada tendremos más, pero si finalmente me diagnostican lo mismo que a mi hermano, no tendremos hijos.

—¿Por qué?

—Porque no quiero verte dos veces viuda y con dos hijos.

—Pero...

—No, Marian, no hagas eso, yo no te voy a pedir nada.

—¡Oh, Dios! —Y lloró hasta cansarse.

—Nena, ya basta, ¿eh?

A la mañana siguiente, ella estaba bien, solo como si tuviese la regla.

Se levantó y se duchó. Se puso otro pantalón de chándal, y le dieron una bolsa con tampones que pidió y compresas.

Se llevaron la cama.

—¿Estás bien?

—Sí, normal, como cuando tengo la regla, era tan pequeño y se fue por el váter.

—Se irá a algún río, estará bien.

—¡Qué cosas tienes!

—Baja a desayunar, ahora me lo traen a mí.

—Está bien, vengo antes de las diez, el médico viene a esa hora.

Y a las diez en punto, cuando volvió, Robert estaba en una silla de ruedas vestido, esperando. En cuanto pasara el médico se iban a casa.

Y llegó el doctor. Ella se levantó del sillón.

El doctor se sentó en la cama.

—¿Eres hermano de Michael Morris? He estado viendo su expediente.

—Sí, señor, murió hace menos de dos años de una atrofia muscular rara.

—Te hemos hecho análisis, y de todo. ¿Nunca has sentido que te ibas a un lado o a otro?

—A veces. Pero creía que eran las cervicales.

—¿Tenéis familia con esa enfermedad degenerativa? —Y ella se iba poniendo nerviosa.

—No, que yo sepa, mis padres no, tíos, primos...

—Lo siento, Robert. Tienes lo mismo que tu hermano.

Ella se echó a llorar.

—Vamos, señora, esto es así, son enfermedades raras, congénitas a veces, y les ha tocado a los dos hermanos. ¿Tiene más?

—No, ninguno.

—¿Cuánto tengo, doctor?

—Seguirás las mismas pautas que tu hermano, esta enfermedad no tiene cura, aunque están desarrollando investigaciones, aun no se han probado en humanos y tardarán unos años.

—Por Dios... ¿Cuánto me queda? —dijo Robert con entereza.

—Año y medio como mucho. Toma, lo mismo que le di a tu hermano, lo recuerdo porque no es una enfermedad corriente. Se da una cada un millón.

—Y nos toca a los dos hermanos.

—Sí, es muy mala suerte, pero así es. Señora, lo siento. Le daré los medicamentos. Y las pautas.

—Las sé, me casé con Michael, su hermano.

—Pues ya sabe que quiero que vean al médico que ya tuvo a su hermano en San Antonio, él sabe lo que debe hacer. Lo siento. De verdad, esto no lo he tenido en mi vida. Y llevo años aquí ya, tantos, que me quedan dos años para jubilarme. Cuando quieran pueden irse, tome el alta. Y suerte.

—Gracias, doctor.

Y cuando el doctor salió, ella se echó en sus brazos a llorar como loca.

—No quiero, no quiero, no puedo soportarlo de nuevo.

—Marian...

—¿Qué?

—Vamos, mi amor, quiero que te vayas, hasta que pase todo esto.

—¿Que me vaya dónde?

—Donde quieras, con el pequeño, no quiero que me veas así.

—No pienso irme a ningún lado, digas lo que digas, ¿te enteras?, no me vas a quitar eso.

—¡Joder!, anda, vamos a casa, no vamos a discutir eso.

Ella llevaba a Robert en la silla de ruedas y su maleta. Pagó con la tarjeta del seguro y lo ayudó a meterse en el coche que lo tenía en el parquin, metió la maleta detrás y dejó la silla atrás y su bolso delante.

Llamó a Nat.

—Vamos a llegar al rancho, Nat. Que los chicos quiten la sala de nuevo, metan la cama de arriba y la cuna del pequeño.

—¿Qué dices, mi niña?

—Lo que oyes.

—¡Dios santo, no puede ser!

—Lo es, Nat.

—Pasaré por la farmacia de Olds Park a por las medicinas y vamos para allá.

—Marian... —dijo Robert.

—¿Qué pasa, cielo?

—Lo que te he dicho, escúchame bien, no quiero que me veas como viste a mi hermano, no quiero ver pena en ti.

—No verás pena, sino amor, porque te quiero, vamos a casarnos y a tener un hijo.

—No voy a permitir eso.

—No me importa lo que tú quieras, quiero casarme contigo con anillo o sin anillo, te queda un año y medio más que a tu hermano, quizá dos y verás a tu hijo o hija como ahora está Michael, al menos con un año y medio o dos si aguantas. Lo único que haré cuando me faltes es irme de aquí, eso lo haré. No me quedaré aquí con los niños, los llevaré en mi corazón, pero el resto que nos quede, viviremos felices. ¿Te enteras? —Se cabreó ella.

—Está bien no te enfades, enana.

—En cuanto lleguemos, llamaré a Matthias, si está libre que se venga y Set llevará lo que siempre ha llevado y nosotros nos casaremos en cuanto llegue y prepare la boda íntima en el rancho, con los chicos.

—Marian, estás loca, te he dejado todo, que lo sepas, todo es tuyo, el rancho y el dinero, y vendes todo.

—Eso lo haré.

—¿Dónde te irás?

—Aún queda mucho tiempo, no lo sé, quizá vuelva a Cádiz, al menos allí tengo a Tere y a Olga.

—Creo que es lo mejor para ti.

—Quizá vaya a Nueva York e invierta en algo y los niños pueden ir a Harvard, como hubieses querido tú. Aún tengo que pensarlo. Por Dios, Robert, te quiero tanto..., no habrá un hombre para mí como tú.

—Claro que lo habrá, con el tiempo volverás a tener un hombre bueno, porque lo mereces.

Esta vez, ella, en vez de desmoronarse se envalentonó, dirigió, compró lo que hubo que comprar, entre ello, dos camas nuevas para las habitaciones de arriba, cuando tuviese que bajar la otra abajo. Matthias afortunadamente quiso irse de nuevo a diario.

Llamaba a las chicas y les contó de nuevo todo.

—Cuando pase todo, te vienes, ¿te enteras? No te quedes ahí.

—¡Es tan bonito el rancho!, pero no puedo, no podré quedarme. No podré.

Preparó una boda íntima y él le regaló el anillo de compromiso.

—¡Ay, Dios, Robert!

—Lo tenía, iba a dártelo el día que te fuiste a lo de tu abuela.

—Es precioso, ¿cómo no quieres que me case contigo?

—Sabes por qué.

Aún podía moverse con dos muletas, aunque Matthias le ayudaba en la ducha como a su hermano y le daba masajes, las medicinas...

A solas con ella, le decía Matthias:

—Marian, ¡qué mala suerte!

—Sí, y me voy a casar con los dos.

—¡Joder, Marian!

—Lo amo.

—Mujer, te han echado un mal de ojo.

—Eso dicen en mi tierra, pero si lo pienso bien, he tenido dos hombres en mi vida maravillosos y voy a tener un hijo con Robert.

—Marian, estás loca...

—Eso dice Robert, pero sé lo que hago.

Y lo que hacía era el amor con su marido por las noches y el pequeño tenía su cuna en la habitación de abajo, solo para dormir por las noches, porque ella aún dormía con él hasta que estuviera mal y se cambiara a la otra cama. Ya la bajarían cuando fuese necesario.

La habitación era amplia, grande, como decía Michael en Texas, todo se hacía a lo grande.

Ese día se puso un vestido de novia y se encargó de comprar las alianzas, porque Robert no quería ir a ningún lado ya. Aunque se movía y daba sus paseos con las muletas. Llevaba el móvil y ella se ocupaba del despacho, nada quería él que cambiara, de momento.

La boda fue tan bonita... hermosa, aunque le faltó el baile con él, pero todo fue maravilloso, una chica se encargó del *catering*, los chicos invitaron a sus novias o chicas del pueblo y hubo una barbacoa. El pequeño corría loco por todos lados y se sentaba con Robert, en la silla de ruedas.

A los tres meses estaba embarazada de Robert y este lloró.

—Eres una loca, no quería.

—Pero yo sí quiero algo de mi marido.

—Pero luego no encontrarás un hombre que acepte a dos hijos de dos hombres distintos y además, hermanos

—No me importa, quien me quiera, debe ser por mí, no por mis hijos. Y tendrá que querer a mis hijos por encima de todo y no pienso ahora en eso, ni pensaré bastante tiempo.

Todo seguía bien en el rancho. Ya todos sabían lo que iba a pasar y estaban hechos a la idea. El miedo que tenían era a quedarse sin trabajo.

Un día estaban en la habitación, él se echó un rato en la cama y ella estaba durmiendo al pequeño para echar la siesta.

Y llamó Set.

—Pasa, Set, estamos en el cuarto, adelante.

—¡Hola, Robert! ¿Cómo estás hoy?

—A estas horas, algo cansado, siempre me echo una siesta. ¡Quién me lo iba a decir!

—¿Qué pasa Set? —preguntó ella.

—Necesitamos un hombre más. Sabes que yo puedo hacerme cargo, pero no me gustan mucho las responsabilidades, quiero que busques un capataz.

—Pero si eres nuestro mejor capataz.

—¿Sabes la edad que tengo, mujer?

—No, eres joven.

—Cincuenta y nueve años, quiero que busques un capataz joven, yo le enseñaré, pero es demasiado trabajo para mí, un chico joven sabrá llevar esto.

—Conozco a uno. Trabajaba conmigo en Wyoming eEra un tío fuerte y lo que pasa es que no podíamos hacer nada, porque estaban el padre y el hijo, pero estaba desaprovechado. Espera, dame el móvil.

Y lo llamó.

—¡Hola, Ted!

—¡Hola, Robert! Tío, anda que has llamado, ¿y tu hermano?

—Murió hace casi dos años, es verdad que no te he llamado, te contaré todo si te vienes a mi rancho en Texas, serás el capataz.

—¿Qué dices?

—Que serás el capataz.

—¿No tienes?

—Tengo uno, pero quiere que busque a otro más joven, dice que es mayor, con cincuenta y nueve años, ¿qué haces?

—Lo mismo que hacía anteriormente.

—Entonces, ¿qué? ¿Te vienes a Texas?

—Pues si me haces una buena proposición. —Y se oyó a una mujer decirle el sueldo que le pagaba y seguiría pagándole a Set.

Y él se lo dijo.

—Comida, un barracón fantástico, y el sueldo.
—Ya lo he oído.
—Sí, es mi mujer, Marian.
—¿Te has casado?
—Te contaré toda la historia y te pondré al día.
—Siendo así, acepto, tengo ganas de verte.
—Pues te despides y te vienes.
—Estaré allí la semana que viene, paso antes por casa de mis padres.
—Te espero.
—Set.
—Dime...
—¿Queda sitio en el barracón?
—Sí, aún dos camas.
—Bien, una para el nuevo capataz.
—Respiro tranquilo.
—Te dejamos el mismo sueldo.
—Pero, Marian...
—No digas nada, solo tú y el nuevo capataz cobrareis ese sueldo, tienes que enseñarlo y ser su ayudante.
—Eso me gusta más. Me quitas un peso de encima.
—Se llama Ted, es de Wyoming. Lo conocí en el rancho donde trabajaba y estará aquí la semana que viene. Le voy a enviar por mensaje todos los datos.
—Me voy tranquilo entonces.
—No te preocupes, Set. Ahora, es verdad que tenemos mucho trabajo, si ves que necesitamos un vaquero más...
—No estaría mal.
—Pues dilo en el pueblo y ya está el barracón lleno.
Y contrataron ese mismo día a un vaquero más.
No había más sitio para nadie. Estaban completos.
Tenía veinticinco hombres, y todo nuevo.
Ahora tenía que hacer dos nóminas más, pero era cierto que tenían más ganancias. Aunque se gastara algo en la enfermedad de Robert.
Cuando Set se fue, acostó al pequeño, cerró la puerta y se metió en la cama con Robert, desnuda.
—Nena...
—¿Qué pasa, mi amor?

—Me pones más duro que una piedra.

—Pues venga, ¿a qué esperas? —Ella se puso de lado y él entró en ella. Aún tenían buenas relaciones, perfectas. Y ella ayudaría a tenerlas todo el tiempo y de todas las maneras que pudiera hasta que él ya no fuera capaz. Pero iba a vivir intensamente la vida. Lo necesitaba.

A la semana siguiente, Ted se presentó en su puerta.

—¡Hola!

—¡Hola! ¿Eres Ted? —dijo ella.

—Sí.

Ted era un gigante fuerte y alto como Robert, era guapísimo y moreno de ojos verdes como un lago transparente, eran unos ojos verdes tan claros que ella nunca había visto unos como esos y una sonrisa preciosa. Tenía cierta elegancia para ser un vaquero.

—Soy Marian, la mujer de Robert.

—¡Qué guapa!

—Anda, pasa —dijo riendo—. Está acostado.

—¿Y eso? —dijo sorprendido.

—Quiero que él te lo cuente.

—Está bien.

—¿Has comido?

—Poco, la verdad.

—Te prepararé algo, él acaba de comer, le han dado el masaje.

—¿Puedo ir antes al baño?

—Claro, luego cuando hables con él te hago la nómina, te enseño tu cuarto en el barracón o ya te lo enseñará Set y lo conoces, él te explicará todo, y me rindes cuentas tú o él.

—Vale.

—Mira, ahí tienes un aseo y en ese cuarto está Robert. Voy mientras a prepararte algo de comer, ¿quieres una cerveza?

—Sí, gracias.

Y ella le llevó en un carrito la comida al cuarto, los pilló abrazados y emocionados.

—Yo ya no puedo llorar, me voy al despacho, os dejo. Luego vienes, Ted, está en este lado.

—Vale, Marian.

Y preparó una nómina para Ted, más todas las demás. Los oía hablar mientras Michael dormía en el parquecito.

Cuando pasó más de una hora, sintió el carrito de la comida y salió.

—Gracias, Ted, déjalo, yo lo llevo a la cocina, entra al despacho y te sientas, estoy haciendo las nóminas.

Dejó todo en el lavavajillas y el carro cerrado en su sitio, ya Nat se había ido.

Volvió al despacho.

—Bueno, cuéntame, ¿te ha dicho todo?

—Sí, es impresionante, Marian, ¿cómo puedes?

—Puedo, no te preocupes, ya he pasado por uno. A su hermano lo quise de una manera distinta, pero a él que lo he conocido bien, no puedo tambalearme, ni quiero.

—Eres fuerte. Quiere que te vayas cuando se vaya él, que vendas el rancho y como condición que nos quedemos trabajando, quizá yo no sea entonces el capataz, pero bueno, a mí no me va a faltar trabajo y es mi amigo desde que se fue de casa y no pudo seguir la universidad, lo conocí en el rancho. Es un tío estupendo, y me dio pena que se fuera, así por su hermano y ahora él... —Y se emocionó.

—Sí, Ted, es una enfermedad congénita.

—¿Y cómo puedes tener hijos? ¿Y si tus hijos la tienen...

—Es un riesgo que debo correr.

—Mujer, no puedes pasar por tantas muertes. Ya me ha contado tu vida.

—Pues será lo que Dios quiera. Aunque no quiero pensar que mis hijos puedan morir de ello.

—¿No se pueden hacer pruebas antes para saberlo?

—No he preguntado, pero es una buena idea preguntarlo. Llamaré al médico de Houston y se lo digo, si tengo que ir a hacerles pruebas por si es congénito, voy y se las hago.

—Eso está bien.

—Te agradezco que estés aquí, su hermano lo tuvo a él, y tú serás bueno para él, llegado el momento.

—Gracias, Marian.

—Venga, dame tu carné de identidad y te hago la nómina y te llevo con Set para que te ponga al día, hemos metido a otro chico, el barracón está completo.

—Muy bien. No te preocupes.

Cuando acabó, llamó a Set y se llevó a Ted con él.

Hasta luego, Ted, ven cuando quieras verlo.

—Cuando acabe el día me pasaré para estar un rato con él.

—Gracias.

A los tres días fue con uno de los chicos al pueblo para realizar las compras y pasó ella mientras por el ginecólogo. Iba a tener una pequeña.

Cuando volvió al rancho, Robert se puso tan contento...

—Una princesa...

—Sí, tenemos que ponerle nombre y preparar una habitación arriba.

—En la de Michael, a él lo cambio al lado de la principal.

—Sí.

—¿Cómo se llamaba tu madre?

—Hope.

—Es bonito, pues ese será su nombre.

—Gracias, mi amor.

Estaba como su hermano, se emocionaba por cada cosa que se hacía por él. Aunque ella dijo que no se le mirara con pena, solo bromas y risas.

Y así fue pasando el tiempo.

A ella le crecía la barriga y ahora sí que tenía que meter una chica para los niños interna.

Le quedaba una habitación y no tenía más remedio. No podía con dos pequeños y prefería tenerlos cerca de Robert, que llevarlos a una guardería. Si acaso cuando faltase él, lo haría, pero ahora no, porque los niños le daban vida. Michael iba siempre y se sentaba en su cama y hablaba con él, le llamaba papá y hablaban mucho.

Hizo lo mismo que con su hermano, sacarlo al porche y pasar allí las tardes, se unía a ellos a veces Ted y los dejaba solos mientras le daba la comida al pequeño y lo acostaba; luego, se iba a cenar y ellos cenaban solos o se quedaban un rato y entraban a cenar.

Y así fueron pasando los meses. Ted era un buen capataz, trabajaba mucho. Set se lo decía, él ya no tenía la misma fuerza que ese gigante fuerte, le gustaba.

A veces le llevaba las facturas y le explicaba esto o lo otro y le aconsejaba, y ella siempre le decía que sí. Ese era su puesto y sabía lo que hacía.

Cuando llegó la hora del parto, Nat se quedó con la chica y Michael y ella se fueron con Ted. Set no quiso ir a más hospitales, no le traían buenos recuerdos.

Y al igual que tuvo a Robert a su lado, tuvo a Ted junto a ella cuando nació su hija Hope.

Ted iba a ser un buen padre, cogía a la pequeña, le daba el biberón...

—Eres un todoterreno Ted, la mujer que se case contigo va a tener mucha suerte.

—Me gusta esta pequeña, voy a ser su padrino, me lo ha dicho Robert.

—Ya han pasado doce meses y no puede hacer ya la mitad de lo que quiere. Michael ha cumplido tres años y estoy hecha polvo emocionalmente, Ted.

—Vamos, te has hecho la fuerte y eres de carne y hueso, como todo el mundo.

—Es que con el parto estoy vulnerable, he sido fuerte, quiero serlo más, pero ya veo su decadencia como cuando su hermano y no quiero desmoronarme ahora y lo estoy haciendo.

—Venga, ¿quieres que me quede por las noches? Tú puedes dormir con la niña arriba y la chica, Nat, ha contratado a otra interna de momento, porque la que tenéis ahora contratada tiene novio y es normal que no quiera estar interna. Esta tiene treinta y cinco años y es viuda, sin hijos.

—Está bien,

—Se llama Isabel.

—De acuerdo, ya la veremos.

—Nat dice que es muy buena mujer y que ahora su casa se le caía encima.

—Estamos apañados. —Y a Ted le dio por reír.

—¡Qué cosas tienes, mujer!

—Sí, vamos a hacer un cementerio en vez de un rancho conforme vayáis cayendo.

Y se reían.

—¡Ay, Ted! No tiene gracia, no sé no cómo puedo hacer bromas de esto.

—Venga.

—Hacemos eso si estás de acuerdo.

—Estoy, me ducho y me vengo a dormir con él, me traigo la ropa para el día siguiente.

—Sí, la casa está completa ahora.

Lo que Ted no le dijo es que Robert quería que se casara con ella. Pero este, después de que su hermano hiciera lo mismo, no iba hacer de Marian una moneda de cambio, ella tenía que hacer su vida, ya era hora de eso.

—¿Has estudiado en la universidad, Ted? —le dijo en una de sus conversaciones, mientras le daba el biberón a la pequeña en el hospital.

—Sí, Derecho, por eso nos caímos tan bien Robert y yo...

—¿Y qué haces de vaquero?

—Bueno, mi sueño ha sido siempre ir a Nueva York y montar un bufete, pequeño, al principio.

—¿Y por qué no lo has hecho? Se te va a olvidar, ¿qué rama hiciste?

—Penal.

Y encima penal.

—Estudio para no olvidarme y veo casos todas las noches de Nueva York.

—¿No tienes dinero para montar un bufete?

—Estoy ahorrando, he mirado locales y apartamentos en Manhattan, si no te vas al centro no eres nadie.

—¿Y tienes para irte y alquilar el bufete?

—Me falta poco.

Y ella se quedó con eso.

—Y tú, ¿fuiste a la universidad?

—Sí, hice trabajo social.

—Vaya, y llevas las nóminas y la contabilidad de un rancho.

—Sí.

—Podías llevar la de mi bufete.

—¿Con una sola nómina?

—Puedes ser la secretaria y recepcionista a la vez.

Y se rieron los dos.

—Me lo pensaré. Robert no quiere que me quede aquí por nada del mundo, quiere que venda el rancho y me vaya a Nueva York o regrese a España.

—¿Y tú qué quieres?

—No me quedaré, cuando pase lo que tenga que pasar, venderé el rancho. Nat y Set me dijeron que se iban cuando el rancho se vendiera.

—Yo también me iré, Marian.

—Nos vamos todos.

—Yo a Nueva York.

—Y yo creo que llevaré allí a los niños, es un buen sitio, pueden ir a Harvard, está cerca. Oye, Ted...

—Dime.

—¿Y si pongo yo el bufete?

—¿Por qué ibas a ponerlo tú?

—Como una empresa, tengo que invertir. Llevaría los Recursos Humanos, las nóminas, los contratos y tú no tienes que gastar tu dinero. Serías el director y contrataríamos abogados y...

—Para, para, tengo que pensar eso.

—Como un abogado no serás nadie. Pero si tienes un buen bufete en Manhattan...

—Tendría un sueldo.

—Un buen sueldo si eres director y con tu dinero puedes comprarte un apartamento.

—Puedo ser socio si me sobra.
—Vale, podríamos hablarlo y ser socio, tendrías ganancias si lo eres.
—Y podría llegar a tener la mitad del bufete.
—Si eres capaz...
—No me tientes.
—No más de la mitad.
—Trato hecho.
—Bueno, por soñar, aún nos queda.
Y en esas llamó Robert.
—¡Hola, mi amor!, ¿quieres ver a la niña?
—Sí.
—Espera y te la pone Ted.
Ted hizo una videollamada y se la puso para que la viera
—Mi niña preciosa, Hope.
—Mañana nos vamos, mi amor.
—Tengo ganas de verla. Y a ti, cielo.
—Y yo a ti, enano.

Al día siguiente estaban en casa y Ted volvió al trabajo pensando en la propuesta de Marian. Le gustaba, Dios, no podía ser posible, era la mujer de su amigo y eso debió pensar él cuando le gustó también y fue la mujer de su hermano.

Esperaba encontrar más mujeres en Nueva York o se iba a volver loco, no tenía por qué mezclar trabajo con placer, allí no lo hacía, bueno, no lo haría ni de lejos.

Robert disfrutaba de los niños, de su pequeña, y la besaba y la cogía aún, aunque Mattias ya le separaba los dedos como a su hermano, y todo voló en segundos. El tiempo se volvió negro y Robert, tan joven y feliz, con treinta y dos años murió una mañana de primavera cuando su hija cumplía cuatro meses.

Y ella volvió a quedarse sola. Nat y Set no podían soportar tanto dolor, habían sido como sus hijos. Ya habían cumplido los sesenta y querían retirarse.

Al mes de morir Robert, y ser enterrado, ella puso el rancho en venta.

—Nat, Set —les dijo una noche en su casa—, si queréis, idos antes...

—No, cuando se venda el rancho nos retiramos.

—¿Tenéis dinero?

—Pues claro, mujer, si no hemos gastado nada en todos los años que llevamos aquí, cuando los niños eran pequeños.

—Para compraros una casa.

—Sí, pequeña.

—¿Y dónde vais?

—A Florida, donde van todos los viejos, vamos a disfrutar del mar. —Y ella le dio un cheque.

—Esto es...

—Medio millón de dólares para la casa, lo otro para vivir.

—Pero si vamos a tener nuestra jubilación...

—Para la casa, y cógelo, Set.

Se abrazaron.

—Quiero que seáis felices y viajéis, habéis trabajado mucho y bien en esta casa.

—Por Dios, Marian, eres la hija que siempre quise tener.

—Y tú has sido como una madre y Set como un padre. —Los abrazó llorando.

—Pues no te preocupes, solo cuando se venda nos iremos.

—A los mejor tarda meses.

—No creas, es un rancho goloso, esa inmobiliaria te la venderá pronto.

Después, llamó a Ted al despacho.

—Pasa, Ted.

—¿Cómo estás?

—Cansada, triste, me parece un sueño haber pasado por esto en mi vida, y tengo dos hijos, mañana voy a Houston y quiero que vengas conmigo, vamos y volvemos.

—Como quieras.

—Nos llevamos a los niños y la chica.

—Vale.

—Le van a hacer unos exámenes, solo un día, luego lo llamo por teléfono o me llama él para ver si mis hijos pueden heredar lo de sus padres.

—Haces bien. ¿A qué hora vamos?

—Temprano, a las seis, ya están todos avisados.

—Vale, estoy aquí a las seis.

—Nos llevamos mi coche, tú conduces si no te importa, lleva las sillitas.

—No me importa, Marian.

—Quería hablar contigo del rancho, lo he puesto en venta. Te lo digo porque hay que enseñarlo, y además vendrá el tasador de la inmobiliaria pasado mañana.

—Bien.

—Y ya lo último, si lo vendo nos vamos a Nueva York como hablamos hace cuatro meses, si quieres.

—¿Lo decías en serio?

—Sí, si quieres, si no me voy a España. Pero si estás interesado invierto allí. Me gustaría cambiarme.

—¿Y los coches?

—Los vendemos, compramos otros. Nos quedaremos en un apartamento vacacional los cuatro y luego buscamos cada uno el suyo, locales, una guardería para los niños, eso lo primero, para buscar nosotros.

—¿Quieres?

—Sí, yo sí quiero. Quiero marcharme del rancho, Ted, no puedo, me siento agobiada y es precioso, me encuentro encerrada y hay aire. Pero debo pasar página a esos dos amores de mi vida, dos hombres buenos, estupendos y verlos morir de la misma manera, no puedo ya más. Necesito energías nuevas para sacar a mis hijos adelante. Ayer tuve al notario, tengo mis cuentas y me falta vender el rancho, pagar e irme.

—Me iré contigo. Es una locura.

—Gracias. —Y ella lo abrazó y pegó sus pechos al pecho de Ted. «¡joder!», se dijo. No debería sentir nada por ella y no podía evitarlo.

Pero se iría con ella al fin del mundo.

Algún día, quizá...

CAPÍTULO SEIS

Al día siguiente viajaron a Houston con los pequeños. Ella había hablado previamente con el doctor que atendió a Michael y a Robert, y le comentó que tenía dos hijos, uno de cada hermano y quería saber si haciéndole una prueba a cada niño se podía saber si podían tener esa enfermedad congénita de sus padres y desarrollarse algún día.

Y el doctor le dijo que con un simple análisis de sangre podría hacer las pruebas suficientes para, al menos, estar seguros en un 99 %. Así que quedó ese día para hacerles los análisis a los pequeños.

Cuando llegaron, iban muertos de hambre, pero tenían que hacérselo en ayunas.

Una vez hechos, el doctor le dijo que tardarían una semana en obtener los resultados, que él los llamaría.

Otra semana de nervios y estrés.

Fueron todos a desayunar tras los análisis.

—No te preocupes, mujer, es muy improbable que puedan haberla adquirido.

—No me arrepiento de haberlos tenido, pero estoy muy preocupada.

—Mujer —dijo Isabel.

—Isabel, imagina que pueden desarrollar la enfermedad, estaré toda la vida en vilo, vigilante, y con el corazón en un puño por si se me mueren.

—No digas eso, no pienses en eso, sé positiva, mujer. Hay uno entre un millón.

—Y está en su familia. Y yo quise tener hijos sin pensarlo, mira que Robert no quería.

—Bueno, esperemos esa semana.

—Lo importante es que vendas el rancho y si tienen esa genética, están investigando, quizá haya soluciones para ese momento —le decía Ted.

—Sí, no voy a pensar —se pasó la mano por la cara—, porque si no, mi vida va a ser un infierno.

—Pues eso mismo, no pienses —dijo Isabel—. Estos niños están muy sanos para que les pase nada, venga.

Terminaron de comer y emprendieron el camino a casa.

A los tres días, la inmobiliaria la llamó para ir a tasar el rancho. Había un comprador interesado.

—¿En serio?

—Sí, es un texano de San Antonio.

—Pero viene con su tasador, yo llevé el nuestro. ¿Te parece bien pasado mañana a las diez?

—Perfecto, avisaré a Ted que vaya con vosotros.

—En eso quedamos, hasta pasado mañana.

Y ella llamó a Ted.

—Dime, jefa.

—Hay un comprador interesado.

—¿Ya?

—Sí, de San Antonio, vienen pasado mañana a las diez, traen su propio tasador, nuestra inmobiliaria trae el suyo y tú vas con ellos.

—¿No vienes?

—No, espero en la casa y se la enseñamos. Si lo quiere todo... los muebles tienen apenas cuatro años.

—Está todo precioso. Bueno, te dejo, que estamos vendiendo unos terneros y tengo aquí los camiones. Los estamos pesando.

—Vale, hasta luego.

Y ella se puso a organizar bien el despacho y la contabilidad, a repasar todo, a dejarlo organizado y listo para enseñárselo.

Una vez hecho eso, estuvo mirando apartamentos vacacionales por el centro de Manhattan, al menos para estar unos días antes de buscar apartamentos. Le gustaría que Ted alquilara algo cerca de ella, aunque comprara un gran apartamento.

Así que estuvo toda la mañana viendo anuncios, y le gustó uno de cuatro dormitorios, comprobó los precios, y era caro; para unos días no estaba mal y señaló un par de ellos, ese en primer lugar.

También pasando y viendo bufetes de abogados, vio que se vendía uno entero de cuatro plantas. ¡Qué raro!, el precio era caro, claro que, mirando las fotos no había nada que hacer, salvo pintar y cambiar el nombre, dejaban todo.

Y ella llamó.

—¿Sí, dígame?

—Mire estoy interesada en el bufete de abogados que se vende en el anuncio. ¿Está vendido?

—No, aún se vende.

—¿Y tiene cuatro plantas?

—Sí, señora, se vende el inmueble, sí, tiene abogados que se van a quedar en la calle.

—¿Y por qué se vende?

—Porque la familia, el padre e hijo, que llevaban el bufete murieron en un accidente,

quedan la madre y otro hijo, pero este no es abogado, tiene un despacho de ingeniería.

—¡Qué mala suerte!

—Sí, la verdad es que se vende a buen precio. No quieren alquilar, sino vender.

—¿Todo el mobiliario?

—Sí, y si se pueden quedar con parte de los abogados...

—Eso podría serme útil.

—Son 70 millones de dólares.

—Sí, más dos a Hacienda y pagos.

—¿Es usted de la inmobiliaria?

—Sí, lo soy.

—Estoy muy interesada.

—Está en el centro de Manhattan, y de obra nueva, reformado hace dos años.

—Bueno, estaré allí en una semana, pero ¿puedo reservarlo?

—Me parece perfecto.

—¿Cómo lo hacemos?

—Le paso mis datos y me envía un adelanto y le envío por fax un precontrato.

—Me parece bien. ¿20 millones?

—Sí, me parece bien.

—Hablaré con mi abogado y se pondrá en contacto con ustedes.

Y ella miró al abogado. Comprobó que todo era cierto y le enviaron los 20 millones. Tenía para todo y le sobraba, además de la venta del rancho, pero le gustaba comprobar todo.

Y tuvo por fax el precontrato.

Llamó de nuevo.

—Espero estar en un par de semanas, me paso por la inmobiliaria, lo vemos y cerramos la compra.

—Me parece bien, estamos en contacto.

—Gracias.

—Adiós, señora Morris. Le va a encantar.

—Eso espero. Porque tiene que buscarme un apartamento cerca, grande y otro más pequeño para alquilar.

—Eso está hecho en cuanto venga.

—Con guardería cerca, colegio y cerca del trabajo.

—Por supuesto, nos vamos a poner a ello.

—Gracias, estoy ilusionada.

—Cuando dice grande, ¿cómo de grande?

—Para comprar, nuevo, pintado, si es sin muebles mejor, me gusta comprar los muebles a

mi gusto.

—Pero si son nuevos...

—Eso ya es otra cosa.

—¿Habitaciones?

—Cuatro y despacho, con baños y vestidor todos, aseo y cuarto de colada.

—Eso es un pico.

—Sí, no me importa.

—¿Y el alquilado?

—Creo que Ted querrá de dos y despacho, o uno y despacho, bonito también, más masculino.

—Bueno, tendremos algo para enseñar.

—En el mismo edificio.

—Vale. Anoto.

—Pues le dejo ya.

—Hablamos pronto.

Estaba loca. Había comprado un despacho de abogado. Como se arrepintiera Ted, iba a tener que llevarlo ella.

Bueno, había llevado un rancho, sería capaz de llevar eso también.

A los cinco días había vendido el rancho, con los muebles, los coches y todo incluido, los vaqueros se quedaban, excepto Set y Nat, que se iban ese mismo día con el dolor de su corazón.

Ella los despidió llorando y abrazándolos.

Había vendido muy bien el rancho e Isabel y Ted le ayudaban a hacer las maletas.

Alquilarían un coche hasta Houston para tomar un vuelo a la Gran Manzana. Tenían alquilado el apartamento vacacional.

—No llevamos casi nada.

—Sí que llevamos, esta maleta son las cosas de Michael y Robert, para los niños cuando sean mayores. Los relojes, las alianzas, mis anillos de compromiso, sus fotos, cinturones de vaquero y lo que les gustaba, y llevamos poca ropa, no me llevo ni los cochecitos, allí compraré ropa y de todo, solo un bolso para ellos, Michael es grandecito y Hope ya tiene siete meses.

—Mañana nos vamos.

Ted se fue con Isabel al pueblo que la despidió con un gran abrazo; los niños esa noche dormían en casa y Ted iba a traerse un coche de alquiler, meterían los cochecitos de los pequeños y las maletas.

Un monovolumen grande.

—Sí, porque si no, las maletas no caben.

Mientras Ted fue al pueblo, ella les dio a todos los vaqueros un sobre con mil dólares y un gran abrazo de despedida, llorando con ellos.

—La vamos a echar de menos.

—Al menos he conseguido que os quedéis.

—Gracia, jefa.

—De nada. Tengo que irme a recoger aún algunas cosas, que seáis felices y os vaya bien.

—Y a vosotros.

Y antes de llegar a casa, con tanto estrés, los dos niños uno a cada lado, recibió una llamada del hospital.

—¡Hola, doctor!

—Sí, Marina Morris...

—Sí, soy yo.

—Ya tengo los estudios de los análisis que le hicimos a sus hijos.

—Dígame doctor, me acabo de poner nerviosa, y mañana me voy a Nueva York.

—¡Ah, sí!, buen sitio. Puedes quedarte tranquila, al menos tus hijos están limpios al 99 %, con total seguridad.

—¿Sí? ¿En serio?

—En serio. Es algo raro, pero has tenido suerte. De todas formas, te aconsejo que antes de la universidad, si te acuerdas, se las hagas de nuevo.

—Gracias, no sabe lo feliz que me hace. Por supuesto que lo recordaré y volverán a hacérselas.

—Pues nada más, te envío por fax los análisis si te vas mañana.

—Le doy el número de fax.

—De acuerdo.

—Y muchas gracias.

Enseguida tuvo el fax con las analíticas.

—¡Michael, no corras! Ay, Dios mío, qué loco, como vayas por la casa de Nueva York así, nos echan del edificio.

—Seré bueno, mamá.

—Eso espero, que seas un niño bueno, mira Hope, es buena y tranquila.

—Porque no anda.

—Te la sabes todas. ¿Sabes que vas a ir a un colegio para niños en cuanto llegues y además tendrás que cuidar a Hope?

—¿Voy a estar con más niños?

—Sí.

—¡Qué bien!

—Y no puedes pelearte, papá no querría eso. Venga, ya creo que todo está listo tenemos la ropa para mañana y el bolso de Hope. Coge las flores.

—¿Vamos a ver a los papás?

—Sí, vamos a despedirnos de ellos.

Y en ese momento en que salían de la casa, entró Ted con un monovolumen grande. Y aparcó.

—¿Dónde vais?

—Al cementerio, Ted.

—Espera, te acompaño.

—¿Tienes ya tus cosas?

—Sí, luego me despido de los chicos y ceno con ellos.

—Nos vamos a las siete.

—Tenemos tiempo de coger el vuelo.

—Vale.

—Ven, pequeña. —Y le quitó a la pequeña; ella iba con los ramos de flores para toda la familia.

Él la dejó llorando un rato, despidiéndose de ellos y él se despidió de Robert emocionado.

—¿Haremos bien, Marian?

—Haremos lo que él quería, ya no hay vuelta atrás.

«Si hacemos lo que él quería, me casaré con ella», pensó Ted.

Cuando llegaron a la casa.

—Vamos a cenar. Quédate a cenar hoy conmigo.

—Si quieres...

—Sí quiero. Así me ayudas con ellos, voy a bañarlos.

—¿Te baño a Michael?

—Vale, tiene el pijama preparado y la ropa para mañana.

—¿Te baño, Michael?

—Sí, tío Ted.

—Y yo a tu hermana, venga, que vamos a cenar.

Les dieron de cenar y los acostaron. Estaban cansados con la mudanza.

—Por fin, llevo unos días estresantes.

—¿Llevas las escrituras y todos los documentos?

—Sí, solo les dejo la contabilidad de los cinco años, quieren hasta los ordenadores. Un poco más y les dejo la laca de uñas.

—Te han pagado muy bien.

—Eso sí. Allí compraremos todo nuevo.

—Vamos a cenar, luego salimos al porche un rato, tengo que enseñarte algo.

—Ya me tienes en ascuas. ¿Qué habrás hecho?

—Nada bueno, como siempre me meto en líos desde que vine a Las Vegas.

—Más bien, creo que has tenido una vida intensa, mujer.

—Viuda dos veces, dos hijos, uno de cada hermano, si lo cuento, me tratarán de viuda negra. Soy la señora Morris y mis hijos llevan el mismo apellido y no contaré nada a nadie.

Y Ted se reía.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

—Vamos a tomarnos unas cervezas.

—Me duele dejar esto y me duele abandonarlos, a todos.

—Lo sé, mujer, pero ninguno de los dos querría que estuvieses aquí.

—Lo sé, estuve por lo que estuve, y ahora empezaré una nueva etapa en mi vida y ¿sabes qué, Ted?

—¿Qué pasa?

—Que tengo miedo, un miedo horrible con dos niños.

—Te ayudaré, no debes temer nada, creo que eres más de ciudad que del rancho. Y eres la mujer más generosa y fuerte que conozco.

—¿Tú crees?

—Lo creo.

—¿Tomamos el café en el porche? —dijo ella cuando acabaron de cenar.

—Sí, venga.

Y dejó puesto el último lavavajillas.

—Siéntate, espera.

Dejó las tazas en la mesita que se sacaba al porche y sacó un sobre.

—¿Qué es eso?

—Fotos que quiero que veas.

—¿Fotos de qué?

—De nuestro bufete, Morris & Allen, nuestros apellidos.

—¿Estás loca?

—Sí, un poco, he dado ya 20 millones.

—¿Cuándo?

—Hace unas semanas. Mira... Cuatro plantas, lo venden tal cual está, nos quedaremos con los abogados si son buenos. Tú y yo los examinaremos.

—¿Cuatro plantas?

—Sí, 70 millones me ha costado, sí hay que pintarlo y cambiar el nombre, aunque me dijeron que estaba reformado y pintado desde hacía dos años. Así que cambiamos el nombre en la puerta y ponemos nuestra página web, un buen informático, y un buen rótulo grande y luminoso o elegante, ya vemos lo que hay por ahí en diseños.

—Pero, mujer, ¿estás loca?

—Para nada, cuando llegemos tenemos casa, busco una guardería por la zona y vamos a la inmobiliaria, lo vemos, y si me gusta les pago y nos van a enseñar apartamentos.

—¿Vas a comprarte uno?

—No creo, será de alquiler. ¿Sabes qué cuesta un apartamento en Manhattan? Tú lo comprarás.

—Sí, compraré uno.

—Lo quieres de un dormitorio o de dos —le decía ella.

—Con un buen despacho, uno o dos, tengo un presupuesto y Manhattan es caro, hasta que me pagues, jefa...

—Tú serás el jefe. Los he pedido en el mismo edificio, a lo mejor quieres vivir en otro lado.

—Quiero que sea en el mismo edificio, así estaremos juntos y te ayudaré con los niños cuando vayas a por el tercero.

—Mira que eres tonto... Tendría el alma en vilo por si se me muere. Mis amigas están enfadadas, querían que me fuese a Cádiz. Pero me gusta estar aquí, siento que ya pertenezco a este país.

—Puedes ir con los niños, o me los dejas, ya sabes.

—El tío Ted.

—Más o menos.

—¿Tienes miedo, Ted?

—¿De qué?

—De empezar a tener juicios.

—Pues no creo que pueda.

—¿Y eso?

—Si soy el director, tengo que ejercer como tal.

—Eso sí.

—Pero claro que repasaré o llevaré alguno importante si lo conseguimos.

—Estoy nerviosa y entusiasmada, triste y emocionada, melancólica.

—No sigas, son muchas emociones para un solo momento.

—¡Qué guasón eres!

Se quedaron en silencio.

—Ted.

—Ummm.

—Gracias por todo.

—No me las des, más bien vas a hacer mi sueño realidad. Eres una millonaria.

—Del carajo.

Y él se reía.

—Nunca tuve un euro, mi abuela me deja dos y pico y me quedo con un gran rancho que no es mío.

—También te lo has ganado y te lo mereces.

—¿Tú crees?

—Sin ninguna duda, si alguien se lo merece, esa eres tú.

—Eres encantador.

—¿Qué edad tienes, Ted?

—Treinta y dos años, acuérdate que estuve con Robert en la universidad y él no puso seguir, y luego me llamó para trabajar en el rancho y ahorrar dinero para montar mi bufete.

—Sí, es verdad.

—Y tú, ¿cuántos tienes?

—Veintisiete, casi veintiocho.

—Somos jóvenes, mujer.

—Y nos vamos al sueño americano.

—Bueno, ya veremos cómo nos va.

El vuelo fue desesperante con los niños para ella, menos mal que Ted tenía más paciencia, hasta que se quedaron dormidos.

Al llegar, tomaron un taxi grande para todos y las maletas, y ella le dio la dirección del apartamento vacacional.

—Mira, Ted, ¡qué enorme, es impresionante!

—Lo es.

Cuando llegaron, el portero les dio las llaves.

—¡Qué moderno! —dijo ella al entrar—. Coge la habitación que quieras, Ted, hay

cuatro, a la niña le pedí una cuna.

—Venga, Michael, coge la tuya y yo la otra, aquí estaremos unos días, vamos a salir a comer y compramos dos cochecitos para vosotros.

Bajaron a una cafetería cercana y comieron. Preguntaron por guarderías y les dijeron una.

—Mañana vais, Ted y yo tenemos cosas que hacer. Hasta que encontremos una cerca del apartamento que compremos, vais a comer y a merendar allí, luego vamos a por vosotros.

Los apuntaron para unos días, pagarían por esos días, aunque a ella le encantó esa guardería, además era de 24 horas y era un punto a favor por si acaso. Le dijo a la directora que no habían encontrado casa aún, si se quedaban cerca, los dejarían a los dos allí todo el año.

Ella se llevó zumos y comida para los pequeños de un súper, y ellos pidieron para llevar. Y dos carritos de una tienda infantil.

—Mañana los dejamos a las ocho, desayunamos y vamos a la inmobiliaria.

—Sí, voy a ver mi bufete.

—Es mío, tonto. —Y él se reía. Si no fuera porque llevaba viuda dos meses, y aún quería a Robert. Ted era un tipo *sexy* y elegante, guapo, pero no quería con ella nada ni en pintura después de enterrar a dos hombres.

Al día siguiente, dejaron a los niños en la guardería. Cada uno llevaba a uno en su carrito y un bolso.

—Ahora me quedo angustiada.

—Pero mujer, si se han quedado encantados con los juguetes. Ni han llorado siquiera. Venga, tienes que aprender a soltar amarras, nunca los has llevado a una guardería, han estado en el rancho y te pesa.

—Es verdad, vamos a desayunar. —Y se agarró a su brazo—. ¡Qué alto eres!

—Y tú, ¡qué enana!

—Gracias, encanto.

—De nada.

Después de desayunar fueron a la inmobiliaria.

—Según el mapa está en la otra calle a la mitad de la avenida. Vamos andando.

—¡Cuánta gente, leche! —Y él se reía.

—Tendremos que acostumbrarnos.

Llegaron a la inmobiliaria y ella preguntó por el chico con el que había hablado.

Era un señor de cuarenta años.

—Pensé que era más joven, tiene una voz muy jovial.

—Gracias, señora Morris. Me halaga. Bueno, ¿qué hacemos primero? —les dijo sacando la carpeta de ella.

—La empresa.

—Vamos a la empresa, está en la otra calle, de allí venimos. Es una calle comercial y de finanzas si ha visto. Fue una pena que murieran, ahora los abogados están a la espera, por si los contratan, alguno ha encontrado ya otro bufete. Pero está para poner un rótulo nuevo y registrarlo, al lado hay una asesoría que se lo hace. Nosotros nos encargamos de la notaría y el banco si pide crédito.

—No voy a pedir créditos.

—¡Ah, bien! Aquí es...

—Madre mía, acristalado, precioso, es más bonito que en las fotos.

—Entremos, hay más empresas, pero la suya está del cuatro al octavo.

—Perfecto. Vamos a verlo.

Y estuvieron viendo las salas, los despachos, los cubículos, la recepción, todo estaba nuevo, la verdad, tenía hasta materiales de despacho, Recursos Humanos, eso era lo suyo. Había despachos para doce abogados con los cubículos para sus secretarias o becarios, el despacho de él enorme, con todo, hasta un baño dentro. Y un vestidor.

—No te quejarás —le dijo ella.

—Abajo están la administración y Recursos Humanos, la sala de fotocopiar, y por plantas los distintos tipos de abogados, los penalistas arriba con las salas, a las que pueden subir todos para reuniones. Como verá, está impecable, y muy bien distribuido.

—Me encanta. ¿Te gusta, Ted?

—Magnífico, haré unos cambios.

—Eres el jefe.

—Entonces ¿firmamos esto?

—Sí, por supuesto, ya he dado 20 millones...

—Pues nos vamos y terminamos todo.

—¿Y los apartamentos?

—Frente al bufete, ¿quieren verlos?

—Sí, ya que estamos, no vamos a volver otra vez.

—Aquí tienen la asesoría para hacer el cambio de nombre, cuando les demos las escrituras y si quiere cambiar rótulos o lo que desee pedirle. Ellos le aconsejarán en todo cuanto necesiten.

—Vendremos.

—Perfecto.

—¿Les gusta ese edificio? —Le señaló el vendedor.

—Me encanta.

—Tiene portero, garaje uno por apartamento, piscina y *gym* en el primer sótano. —Se miraron encantados.

—Y bueno, en la misma planta voy a enseñarles lo que les he preparado.
—Vamos a ver...
—Este es un poco más grande de lo que me pidió, pero para que él estuviese en la misma planta...
—Bueno, veamos...
—Reformados, pintados, decorados, con muebles a estrenar.
—¡Qué barbaridad!
—Es un edificio recién reformado, terminaron el mes pasado. Digamos que es a estrenar.
—Vamos al grande primero.
—Están los dos en la planta doce.
—Bien.
—Con vistas a la avenida, luminoso.
—¡Me encanta!
—¡Qué puerta!
—Tienen seguridad.
Ted iba callado porque tenía su presupuesto, pero claro, ella le daría un sueldo.
—¿Cuánto suelen ganar los abogados?
—Unos 20000 dólares, si es el jefe, 25000.
—¿En serio?
—Sí.
—Pues me tienes que ganar mucho para pagar esos sueldos.
—Se gana mucho.
—Menos mal.
—Aquí está.
—¡Dios, qué preciosidad!, con colores verdes y grises, estampados, la cocina con una isla y cuatro taburetes.
—Completa.
—Del todo. El cuarto de lavado, un aseo...
—El despacho, enorme.
—Salón enorme y cinco dormitorios todos con ducha y vestidor, excepto el principal, dos baños, dos vestidores, uno con bañera.
—Los grifos negros me encantan.
—Está equipado de ropa y de todo, completo, no va a echar nada en falta, hasta tiene secador de pelo en el aseo.
—Solo ropa y comida.
—Y bueno, tiene decoración, pero si quiere cambiar algo...

—¿Y cuánto cuesta este?

—Quince millones, es enorme.

—Este es el mío.

—¿Se lo queda?

—Me lo quedo. Se va a ganar hoy una buena comisión. —El vendedor se reía.

—Lleva incluido el acceso a la piscina y al *gym* y la comunidad son 500 dólares. Pero tiene *wifi*, solo ponerlo a su nombre, bueno, todo, luz, agua, etc.

—Bien, es normal.

—Bueno, pues vamos a ver el de alquiler, no lleva comunidad, la paga el dueño. Un ahorro, pero tiene acceso gratis a la piscina, al *gym* y una plaza de garaje igual. Tres puertas más allá, las mismas vistas.

—¡Qué bonito, Ted!

—Es más pequeño, tiene una península con dos taburetes y mesa de comedor para cuatro. El salón es más pequeño, todo es más pequeño. Un dormitorio y, eso sí, un aseo y un gran despacho.

—Me gusta.

—Son 4000 dólares, más los gastos.

—Me lo quedo, si va a pagarme 25000, pronto me lo compraré —bromeaba Ted.

—¡Qué cara!

—Pues nos vamos, tenemos trabajo toda la mañana, nos pondremos un compañero mío y yo.

—¿Te gusta? —le dijo ella.

—Me encanta, está completo.

—Mañana nos cambiamos y no pagamos más alquiler y dejo a los niños en la guardería que me gusta, está a dos manzanas más abajo.

—Tenemos al menos unas semanas de papeleos.

—Sí.

Esa mañana estuvieron con todo el papeleo de los apartamentos y la empresa, se fueron con las escrituras y las facturas, las llaves y la dirección para ponerlas en los buzones. Todo lo dejaron hecho hasta dejar la cuenta para pagar los suministros mensuales.

—Acabo de pagar, Ted, casi 70 millones de dólares. Y aún me quedará pagar más en la asesoría y lo que pongamos, ropa, y demás. Y guardar para al menos tres meses de sueldo en la empresa. Un dineral.

—Una locura.

—Bueno, lo mío han sido ocho mil, con la fianza.

—Anda, comamos, me va a dar algo, voy a mirar mis cuentas.

—¿No querías invertir?

—Sí, y me quedan cosas por comprar.

—Cuando comamos vamos a la asesoría y encargamos...

—Espera, vamos mejor a la guardería y podemos cambiarnos a las casas — dijo Ted.

—¿Por qué?

—Porque hay que mirar bien qué tenemos que pedir a la asesoría. Y echar un vistazo y hacer una lista de lo que necesitamos.

—Sí, tienes razón, voy a apuntar a los peques en la guardería, que me den la lista de materiales y ropa y si me da tiempo las compro.

—Eso es. Tomamos café con ellos, merendamos. Y vamos a por sus cosas.

—Luego me puedo acercar yo al apartamento y traerme todo. Es mejor terminar los apartamentos y tranquilos dedicarnos al bufete, total,, dos o tres días más...

—Mejor, tienes razón, vamos primero a por las cosas y luego los recogemos, pago por horas. Los pondré por meses.

—Está bien. Merendamos.

—Primero vamos a comer.

Luego se fueron al apartamento y tomaron un taxi cada uno para llevar las cosas. Y cada uno, se fue a su apartamento.

Ted se marchó al suyo.

—Abre, soy yo, vamos a por los niños.

—Vamos.

Y los apuntó mensualmente, le dieron la lista de ropa y materiales y el bolso que debía llevar.

Mañana la compras, hoy vamos a tomar un batido.

—Sí, tío Ted. —Michael le contó los amigos que tenía, que se lo pasaba bien.

—¿Y Hope?

—Es pequeña, no anda, pero juega en el parque.

—Muy bien.

—No llora.

—Es muy buena...

Cuando se cansó de hablar...

—Estos se quedan dormidos.

—No. Te ayudo a bañarlos.

—Gracias.

Y cuando les pusieron los pijamas les sacó algunos juguetes.

—Mañana vamos a por ropa, juguetes y a la asesoría, te quedas echando tú un vistazo a la

empresa y luego voy yo.

—Vale.

Al día siguiente ella los dejó en la guardería y les compró los materiales. Uno de los babis y los materiales y juguetes se los dejó en la guardería a la directora, con sus mochilas y los nombres. Había pagado la inscripción y lo que quedaba del mes.

Se llevó el resto a la casa y se fue a una tienda para niños y con juguetes y ropa de todo tipo y llenó sus vestidores de ropa y zapatos de verano. Mochilas por si salían al parque, de todo lo que creyó necesario.

Ya iría ella a por la suya, aún no había ni abierto las maletas. Abrió la de los chicos y al menos lo de ellos estaba todo listo. Le dio con la plancha a las arrugas y como era ropa pequeña lo quitó enseguida.

Fue al súper e hizo una gran compra.

La estaba colocando cuando se la llevaron, y en esas, la llamó Ted.

—¿Dónde andas, enana?

—Colocando una compra. No tengo nada. Ya voy, en un cuarto de hora estoy ahí en la empresa. Pero te advierto que antes comemos, espérame en la puerta.

—Voy.

La esperó en la puerta, cerraron y se fueron a comer. Él le sacó una lista.

—He hecho una lista.

—Tiempo te ha dado porque he ido como una bala comprando de todo. Las habitaciones de los chicos están listas de ropa, lo de la guardería y la compra. Falta lo mío.

—¡Qué mujer! —Ted le enseñó la lista.

—Vamos, siéntate.

—Tienes que comprarte trajes y perfume, que huelas bien.

—Eso no está en esta lista, está en la de casa.

—¡Qué malo eres!

Y echaron un vistazo.

—Me parece todo perfecto.

—¿Te gustan los colores Marian?

—Me gustan.

—Pues todo esto son compras.

—Y esto para la asesoría.

—Pues nos vamos, y se la encargamos.

—Comemos y vamos a por las compras y las dejamos listas. Te invito a cenar, he hecho una compra hoy.

—A ver si puedo yo. Una vez que dejemos esto listo.

—Tenemos hasta contratadas a las limpiadoras, esto es tuyo, tienes que mirar tu despacho y tus programas.

—Sí, mañana o pasado.

—Voy a dejar primero la casa lista y mi ropa, y la señora que me limpie. Un día de relax, Ted.

—Está bien.

—Comprar ropa, un coche.

—Mañana vamos.

—Esto y se acabó. No puedo más.

—Y pasado echamos un vistazo a tu despacho y a los ordenadores.

—Está bien.

—Y la semana que viene llamamos a los abogados y el personal que trabajaba, vemos los sueldos...

—¿Tienes dinero?

—Claro que tengo, no te preocupes.

—Me preocupo.

—Tengo el dinero del rancho y un par de millones más.

—¿Todo eso?

—Sí, Ted, todo eso.

—No me preocupo entonces.

—Por eso ponemos lo que haga falta.

—La semana que viene, todo lo que conlleve a la empresa, lo que queda de esta, las casas. Y descansar.

—Sí, tienes razón.

Pasaron por la asesoría y dejaron lo que necesitaban, tenían un informático para la página web.

—Le avisaremos cuando tengamos todo listo para que la haga.

—Perfecto.

—A tomar un café.

—Estoy muerto, mujer.

—Café y tarta. Y te ayudaré a llevar una compra a casa.

—Venga.

Luego dieron un paseo a por los chicos y él dijo que se quedaba esa noche en su casa.

Pobre, estaba muerto.

Ella los bañó, les dio la cena y se acostaron; cenó, se dio una buena ducha y cayó en la cama rendida. Le dolía hasta el dedo chico del pie.

Y al día siguiente se fueron de compras y a por un coche.

Nada más, se lo tomaron de relax, haciendo más listas en el café.

—Te has comprado muchos trajes, y ese perfume huele... muy bien.

—Y tú, muchos maquillajes y mucha ropa, y perfume.

—La necesito. Era una campesina.

—Diez trajes no son muchos.

—Me he gastado una pasta en ropa por tu culpa, necesitabas de todo. Y yo.

—Hasta el invierno no vamos de nuevo.

Colocaron sus ropas y ella llamó a una agencia para que le enviaran a una chica para cuatro horas, con comida para la casa.

—¿Quieres tú, Ted?

—Creo que con dos horas tengo la misma para los dos, venga.

—Que se lleve a los chicos, yo los recojo, me limpia y luego a ti. Y nos deja las comidas hechas.

La chica estaba encantada, porque las casas eran impecables y nuevas.

Se llamaba Lola, era de origen español, e hicieron buena amistad. Tenía casi cuarenta años, pero parecía más joven. Su marido era camarero de una cafetería de Brooklyn.

Estaba contenta con ellos.

—¿Y ahora qué?

—Ahora a descansar, este fin de semana no quiero ir a ningún sitio. Lola me ha deshecho las maletas, lleva bien a los peques estos dos días, tenemos coche, ropa, el despacho, muebles, las habitaciones de mis hijos son preciosas, juguetes, libros, cuentos, todo está listo. Tengo que comprar algo en el súper, pero me voy a tomar el fin de semana de asueto con los chicos.

—¡Está bien!

—Y la semana que viene empezamos en el despacho. La asesoría nos ha hecho el trabajo. Tiene que venir los de los rótulos, poner los nombres en todas las plantas, y ver oficina por oficina y poner anuncios.

—Los ponemos primero y vamos llamando un día de la semana siguiente cuando todo esté listo, hay que empezar ya, nena.

—Empezamos en cuanto los tengamos a todos, haces una reunión, y ya está. Solo falta mirar los sueldos.

—Claro.

—Pues creo que voy a probar el *gym* y la piscina ya todas las mañanas.

—Y yo también, cuando Lola lleve a los chicos, al menos la piscina media hora.

—Eres la jefa, puedes llegar cuando quieras.

—Eso mismo.

—Estás loca, enana, llevamos unos días...

—Y los que quedan.

Y en dos semanas estaba haciendo Ted la reunión en la sala más grande con todos los trabajadores.

Ella tenía que ir preparando la contabilidad y las nóminas y cómo se pagaba todo, se estudió el programa. Estaba lista y nerviosa.

CAPÍTULO SIETE

Habían puesto su nombre moderno en la misma puerta, en la entrada, al lado de los ascensores y en el último piso. Ella quiso poner los dos porque decía que quedaba bien dos nombres y además le iba a comprar pronto su parte.

—Eres demasiado optimista.

—Creo en ti.

—Gracias, Marian, espero que no te equivoques.

—Ya iremos viendo. Pero sé que lo harás como haces todo. —Y él se la quedó mirando.

Los tres meses siguientes, la empresa iba rodada, aunque tenía otro nombre, se ve que anteriormente había sido un bufete de renombre y eso lo puso el informático en la página web que les hizo con fotos y cada uno de los trabajadores, desde el director hasta los abogados, y con todos los administrativos, los becarios, ella como dueña y directora de Recursos Humanos y la contabilidad.

Contrató a dos ayudantes, un contable y otro para Recursos Humanos y estaban en su sala, aunque ella tenía un despacho y los dos, con las mesas fuera para ella, y en esos tres meses ya tenían casos para dar y tomar. Estaba contenta, porque ella había invertido una gran cantidad de dinero y además debía tener para los pagos al menos cinco meses, calculó para todo, aun así, guardó un dinero intocable para sus hijos. Con el resto debía ir el bufete.

Nunca le dijo a Ted lo que tenía y este se preocupaba por el dinero de ella. Y como si el bufete fuese suyo, lo sacó adelante al año siguiente.

Todo iba perfecto, ella lo veía trabajar, con reuniones, era lo suyo. Nunca fue un vaquero, sino un hombre *sexy* elegante y se había dejado una barba de dos días, y no había tarde que no hablara con ella al salir del trabajo y cada mes tenían ellos dos una reunión; el viernes de una hora antes de salir del trabajo, si era posible y no tenía citas, para ver cómo iba todo, como cuando estaban en el rancho, que él le contaba los casos que llevaban cómo iba todo y cómo funcionaba cada abogado.

No quería cambiar a nadie, todos realizaban un buen trabajo y él llevó ese año dos casos, el gusanillo lo atrapaba, y entonces trabajaba más.

Pero no le importaba.

Michael había cumplido ya cinco años y casi dos Hope, que era tan guapa como su padre,

ambos rubios, de ojos azules. Se habían adaptado bien a la guardería y a su nana, que era la chica que los llevaba por las mañanas y arreglaba y limpiaba la casa. Se llamaba Ana, pero ellos le decían nana.

Y Ana se reía.

—Al final seré nani, ya verás —le decía a Marian.

A veces cenaban en casa de Marian los fines de semana, Ted y ella, pero sabía que tenía chicas y se acostaba con algunas, y no le extrañaba, era un hombre tan guapo y *sexy*, que a cualquier chica le gustaría, menos los clientes, él decía que con clientes no deberían salir.

Pasó el sábado por su casa a ver a los chicos.

—¡Qué guapo vas!

—Sí, tengo una cita.

—¿Es guapa?

—Sí, es guapa.

—¿Alta?

—Alta, y buena. No seas mi madre, Marian.

—Está bien, perdona.

—Tengo treinta y tres años, no quiero que seas mi madre y te preocupes, deberías hacerlo por ti y salir.

—Es pronto.

—¿Que es pronto, Marian? Hace un año que estamos aquí, más si cuentas los dos meses que tardamos en poner esto en marcha y llevabas meses viuda y meses sin tener sexo, así que cuenta dos. Debes salir.

—¿Y los niños?

—Contratas a una canguro, los puedes dejar en la guardería, es de 24 horas, te los llevas en pijama y sal por ahí. ¿Quieres?

—No sé, Ted, tengo miedo, ir sola yo por ahí, no creo que esté preparada.

—Si sigues la avenida y lo sabes, hay restaurantes, y un par de locales de música y copas, estás al lado, dejas a los pequeños y luego los recoges.

—Sí, tienes razón, me lo pensaré.

—Pues ya lo sabes, no hemos venido solo a trabajar, también a divertirnos, somos jóvenes.

—Sí, quizá lo haga.

Pero pasaron seis meses más. Habían celebrado la Navidad, Acción de Gracias.

Ese día de Acción de Gracias, Ted viajó a Wyoming con su familia y ella se quedó triste

porque el año anterior con montar el bufete no pudo, pero este se fue esos días, y regresaba el domingo. Y fue cuando ella se dio cuenta de que le gustaba Ted, en otro sentido. Le gustaba como hombre, no como amigo, compañero o lo que fuera, y supo que iba a sufrir por él, porque salía. Y para ello ella debía salir también.

Aprovechó el sábado para dejar a los pequeños medio día en la guardería y se compró ropa para salir, preciosa, ropa interior *sexy*, maquillajes y cremas, se hizo un corte de pelo nuevo, se lo aclaró y se hizo un láser completo, aprovechó y se compró unos cuantos trajes para el trabajo, bolsos, bisutería y zapatos para cada vestido *sexy* que se compró. Con tacones altos.

Y en abril se atrevió a salir.

Ese fin de semana a Ted no le apetecía salir, había acabado con la última chica, estuvo tres meses con ella, no le duraban más de tres o cuatro meses o salía solo. Así que, como sabía que ella no salía nunca fue a ver si querían cenar y pedir para comer, y hablar no del trabajo que habían hablado el día anterior, pero al menos en su casa se encontraba bien.

Cuando llamó, ella tenía ya los niños en pijama puesto, cenados y dormidos y estaba esperando a una canguro que una de sus secretarias le había recomendado. Se había puesto un vestido negro con algo de brillo por media pierna, de tirantes, pegado al cuerpo, aún conservaba un buen cuerpo; tenía veintiocho años y era joven y se colocó unos tacones altos. El pelo suelto, maquillada, y tenía preparado el bolso. Se echó un perfume que nunca utilizaba para ir al trabajo, que utilizaba uno más fresco, pero este era caro, indudablemente.

Sonó el timbre de la puerta y ella pensó que era la canguro.

—Hola, pasa...Ted.

—Marian, ¡joder!

—¿Qué pasa? ¿Estoy guapa?

—Más que eso. ¿Dónde vas?

—Voy a seguir tus consejos de siempre, me dispongo a salir, estoy esperando a la canguro.

—¿Vas a salir sola?

—Parece que sí, si ligo espero salir acompañada el siguiente fin de semana. Necesito relacionarme. —Y él pensó que necesitaba sexo—. ¿Querías algo?

—Bueno, venía para ver si querías que cenáramos.

—¿Vienes en chándal?

—Estoy en casa, boba.

—Pues no salgo, ¿no tienes chica este fin de semana?

—Hace tres meses que no salgo con ninguna.

—Me extraña.

—He estado con el caso.

—Es verdad, ese es farragoso.

—¿Quieres que vaya contigo?

—Estoy sin vestir.

—Estoy duchado, me pongo el traje, no tardo nada.

Y en esas llegó la canguro.

—Me voy vistiendo, si quieres.

—Está bien, así me enseñas los sitios. Mientras, le doy instrucciones, no tardes que estoy muerta de hambre.

Y Ted fue a casa y se puso uno de sus trajes elegantes y en diez minutos estaba listo. Se puso el reloj que ella le regaló en Navidades y se echó su perfume.

Había visto a otra Marian, joder, Marian, y se había puesto duro, estaba buenísima, con ese vestido *sexy*, precioso, y el pelo, maquillada, no iba a dejarla sola por Robert.

No, por Robert no, por él, sabía que no había tenido sexo en esos años, dos y medio que supiera, es más, lo sabía de sobra.

Él siempre había estado por ella desde que la vio en el rancho, le gustaba todas las Marian que había en ella, la generosa, la madre, la mujer trabajadora, echada para adelante, empresaria, y le gustaba su cuerpo, joder. Y se acordaba de lo que le dijo Robert, tenía su permiso, pero no era cosa del permiso de su amigo muerto, sino de su amiga viva.

Y nunca vio en ella, que lo mirara de otra manera distinta y sufría y tuvo que buscar a otras mujeres. A él no le importaba que tuviese dos chicos. Eran como sus hijos, le decían tío Ted, lo querían y él a ellos y los había cuidado y ayudado a ella a criarlos siempre que podía y no se le caían los anillos.

Cuando la vio por el pasillo con el bolo, él salió de casa.

—Muy guapo te has puesto, ¿no ligarás y me dejarás sola?

—¡Qué boba eres! ¿Quién te crees que soy?

—Te lo digo en serio, si te gusta alguna en el local de copas, no te cortes.

—¿Te vas a cortar tú?

—No sé.

—Vamos a salir juntos, cenamos, vamos a beber y a bailar, y si te gusta, cuando quieras vienes sola, pero hoy sales conmigo y yo contigo.

—Está bien. Si no me quejo, eres *sexy*.

—¿Soy *sexy*?

—Sí y guapo, y me envidiarán todas las chicas del local.

—Pues te digo lo mismo.

—Vamos, Ted, soy una madre.

—Eres una chica joven, preciosa, pero mujer, anda, déjalo, vamos a ver si hay mesas en este restaurante, es bueno.

—No hablemos de trabajo.

—No pensaba hacerlo.

—Bien.

—Hablamos de tus chicas.

—¡Qué mala eres!, si no me duran...

—Porque no quieres, eres un chico difícil.

Y les trajeron la carta.

Pidieron, y les pusieron una copa de vino.

—¡Qué bueno! Hace que no bebo vino, ni alcohol...

—Pues ve con cuidado.

—A ver quién es la madre ahora.

—Es verdad. —Y se rieron.

—¿Por qué te duran poco?

—Me canso, pero si algunas son preciosas y buenas chicas.

—Seguro que algunas lo son.

—¿Entonces?

—Entonces no hay química.

—¿Ni sexo?

—Sí, de eso sí hay, cotilla.

—Ya ni lo recuerdo, pero como tú dices, soy joven y necesito eso.

—¿Eso qué es?

—Ya sabes, sexo.

—Posibilidades no te van a faltar.

—¿Estoy guapa?

—Preciosa.

—Pues la semana que viene, seguro que voy a tener, lo siento. Tú tienes mucho.

—No tengo, Marian, me pones como si...

—Si sales casi todos los fines de semana...

—Pero no tengo sexo todos los fines de semana, con algunas sí, pero con otras no.

—Anda, deja el tema.

—¿Este año nos tomamos vacaciones?

—Deberíamos.

—¿Piensas ir sola con los niños?

—Sí, si me tengo que llevar a alguien me lo llevo. Pero tengo ganas de playa y tumbarme a la bartola, necesito un descanso. Si me los llevo a California... no necesito ir de turismo hasta que sean grandes, solo descansar.

—Nos vamos juntos unos días y te acompaño, luego me quedo yo unos días y luego tú en el bufete para que no se quede tanto tiempo solo.

—Está bien, ¿y dónde vas solo?

—Iré a ver a mis padres y quizá vaya a Canadá.

—¡Qué bonito!

—¿Y tú?

—A las cataratas. Los voy a llevar, son demasiado pequeños para Orlando, cuando Hope sea más grande, si no, se me pierden.

—¿Quieres café?

—No, si vamos a tomar una copa...

Y ella dejó la tarjeta cuando el camarero trajo la cuenta, Ted la quitó y puso la suya.

—Nos seas tan derrochador, Ted, tienes que ahorrar para tu apartamento.

Pero él no quiso de ninguna de las maneras.

—¡Qué terco! Voy al baño, espera.

¡Qué diferente a las demás chicas, él pagaba y ella solo quería pagar!

Era un caso. Lo hacía para que él ahorrara y se comprara el apartamento. Ella le pagaba muy bien, aunque vio las cuentas y el bufete había ganado ese año bastante. Podía ir amortizando cada año un poco y en tres años amortizaría el apartamento al menos; luego, el bufete, ese le iba a costar años. Él aún necesitaba para comprarse un apartamento que sería más grande que ese que tenía, por supuesto.

Entraron a un local.

—¿Se baila, Ted?

Y este se reía.

—Sí, se baila, ¿te gusta bailar?

—Pues claro, bailaremos. ¡Ah, Dios!, qué bonito...

—¿Qué quieres beber?

—Un chupito.

—¿De qué?

—Que tenga piña.

—Eso se bebe al instante.

—Lo sé, listillo, luego una tónica sola.

Se sentaron.

—¿Qué?, ¿entonces te gusta?

—Me encanta, es bonito, acogedor, me gusta esta música, lenta. Vamos a bailar, Ted. —

Y le cogió la mano, llevándoselo a la pista.

Le echó los brazos al cuello y Ted le dijo:

—Parece que has crecido...

—Muy gracioso, ¿no te gustan mis tacones?

—Preciosos.

Ella se acercó a él y le pegó los pechos a la camisa. Y Ted se puso tenso, olía su perfume y el pelo, la cogió de la cintura más fuerte y la apretó a su cuerpo.

Y ella lo miró.

—Ted...

—¿Qué pasa, enana?

—Me estás abrazando.

—Sí, eres preciosa.

—¿Has bebido?

—Una copa de vino, el *gin-tonic*, el chupito, y nada más.

—Entonces, ¿qué haces?

—Desearte.

Ella se puso colorada y él la miró con sus ojos de lago.

—¿Qué dices?

—Lo que has oído, te deseo desde que te vi en el rancho y me abriste la puerta. Y recé para que no fueras Marian. Pero lo eras.

—Pero, Ted...

—¿Qué quieres? Me gustas desde siempre.

—Pero hemos sido amigos.

—Porque no me has dado otra posibilidad. Y porque Robert era mi amigo, pero ¿sabes qué me pidió?

—No me lo digas, lo mismo que le dijo su hermano.

—Exacto.

—Pero ¿estáis locos?

—Yo no, no te voy a utilizar como moneda de cambio, si te gusto será por ti, no porque nadie te lo diga.

Ella se aferró más a él.

—No hagas eso, hablamos en serio.

—Sí.

—¿Y qué haces?

—Nadie me dice nada ahora, estoy celosa.

—¿Estás celosa de qué?

—De las chicas con las que sales.

—¿En serio?

—Sí, he sufrido. Me has gustado, me gustas. Sabes que soy sincera, pero tengo dos hijos.

—Y a mí no me importa, lo sabes. Y sabes que eres tonta... nunca pensé que te gustara, ni me has mirado ni una vez así.

—Sí te he mirado, pero cuando no me veías.

—Esto es una locura. Hemos perdido un año y has dejado que me acostara con otras.

—Era necesario.

—No, no lo era, yo quería estar contigo.

—Nadie te puso una pistola en el pecho.

—Nadie, pero no creía lo que ahora sé y necesitaba encontrar a alguien para olvidar lo que siento por ti.

—Pues ya no tienes que hacerlo.

—¿Sabes, Marian?

—Dime, enano.

Y él se rio con esa risa que a ella le gustaba.

—No te lo voy a perdonar.

—Ah, ¿no? Pues eso de abajo, ¿qué es?

—Eres un desastre.

—¿Y por qué me quieres si soy un desastre?

—Me gustan los desastres.

—¡Que tonto eres! —Ella acarició su pelo y se removió en su sexo.

—¡Estás loca!

—Sí.

—Has bebido y mañana no recordarás.

—Sí que recordaré, vaya que sí.

Y Ted la besó, le metió la lengua en la boca despacio, y la recorrió entrelazando sus lenguas y él le dijo:

—¡Joder, enana!

—Qué...

—Te necesito.

—Y yo a ti, aunque me echaré a temblar como una niña, hace tiempo que no tengo sexo.

—Nos vamos, eso si puedo andar...

Y ella lo miró encantada.

Le echó el brazo por encima y salieron dando un paseo por la avenida camino a casa

—Estoy pensando lo tonta que eres.

—Hombre, gracias.

—Hemos perdido un tiempo precioso.

—Lo necesitaba, Ted.

—Eso sí. Tú eres así. No te lo reprocho, al final Robert va a salirse con la suya.

—Me voy a sentir infiel, cuando me acosté con él, me pasó lo mismo.

—No seas así, llevas más de dos años viuda, sin sexo, tienes venticinco años y te mereces vivir y estar viva. Eres joven, una buena madre y una gran mujer, y con ese vestido ya me matas.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

—Eres tan *sexy*, Ted... No me extraña que te miren las chicas tanto, eres elegante, tan fuerte y grande...

—Pero me gustas tú, no sigas por ese camino, ni te subestimes. Eres una ricachona, me interesas.

—¡Qué loco estás! Sé que no es por eso.

—No lo es.

—¿Dónde nos va a llevar esto, Ted? ¿Tres meses, una noche?

—No pienses, espero que muchos años. Eres la mujer de mi vida y siempre lo supe.

—¿Y si no encajamos sexualmente?

—Hemos empezado al revés.

—Y qué, no tengo duda en ello.

—No, yo sí que tengo miedo.

—Pues esta noche intentaré quitarte todos los miedos.

Y cuando entraron en su casa, ella le pagó a la canguro y le pidió un taxi.

Cuando se quedaron solos, Ted se quitó la chaqueta, y se fue hacia ella que empezó a temblar.

Se quitó la corbata y empezó a desabrocharse la camisa.

Y lo dejó todo en el sofá.

Ella se acercó a acariciar su pecho y Ted le bajó los tirantes del vestido y sus pechos quedaron expuestos en el suyo.

—Son preciosos. —Y empezó a lamerlos. Ella echó la cabeza hacia atrás y mordió sus pezones a la vez.

—¡Oh, Dios mío! —Le bajó la cremallera del vestido y vio su minúsculo tanga y depilada y se puso duro como una roca.

—¡Joder! ¿Qué llevas, Marian?

Se quitó los pantalones, los zapatos y los calcetines, y en *slips* la cogió y se la llevó a la cama.

Echó todas las sábanas para abajo y entró en sus nalgas.

—¡Oh, Dios, Ted! Ummm... por Dios. —Él la chupaba y le lamía, tuvo un orgasmo danzando en las olas que la atenazaban.

Hasta tembló Ted, le bajó el tanga, y se quitó los *slips* y entró en ella duro, tieso como un arco, gimiendo como eco y ella se aferró a su cuerpo que la besaba tragándose sus gemidos.

Sí que eran compatibles, pensó vagamente cuando no era ella. Palpitaba desnuda, necesitaba su sexo, lo necesitaba y se tuvieron. Ted se derramó en ella como plata.

Si había soñado alguna vez cómo sería hacer el amor con ella no se acercaba ni de lejos.

Y a ella le pasaba igual.

Se quedó dentro de ella un momento, besándola y acariciando sus caderas y sus pechos, su cuerpo y su piel.

Y ella mantuvo los ojos cerrados.

Al rato, él se echó a su lado y la abrazó en silencio.

Volvió a besarla y a acariciarle el pelo.

—¿No dices nada?

—No puedo, ha sido maravilloso.

—¿Piensas que somos compatibles en este sentido?

—No sé, con solo una vez. —Sonrió ella.

—Eres una tonta, ¿sabes?

—Sí, sí...

—Estaba preocupado.

—¿Por qué? He tenido dos orgasmos y te preocupas, me preocuparía si no los tuviese.

—Ven aquí, preciosa. —Se la echó encima y la penetró de nuevo. Ella cabalgó a su vaquero *sexy* convertido en un abogado *sexy*, luego se tumbó encima de él rozando sus sexos hasta alcanzar de nuevo un orgasmo.

—Gimes mucho, nene.

—Me haces... no puedo aguantarte. Eres caliente, eres sexual y tu sexo es...

—¿El mejor?

—Sí, vanidosa.

—Me gusta ser la mejor.

—Mi pequeña. Esto no es cosa de una noche, te deseo de nuevo.

—¿Sí?

—Sí.

Y ella bajó a su sexo y lo miró por primera vez, era hermoso y bonito y estaba bien dotado, pero eso lo había comprobado, lamió su carne rosada y tiesa y él ahora sí que gemía y le hablaba.

—¡Ah, nena! Sí, por Dios, ¡joder, Marian! Me gusta. —Y estiraba su cuerpo de hombre pantera mientras ella lo metía en su boca y le hacía el amor hasta explotar como un pájaro herido entre sus pechos.

Ahí no quedó la noche, esta se convirtió en amor, sexo, besos y lluvia blanca.

Se quedaron dormidos y abrazados, desnudos.

Cuando se despertaron, tenían en la cama a los chicos. Ted se echó las sábanas por encima y la miró. Ella se reía.

—Muy graciosa.

—Tío Ted —le dijo Michael.

—Dime, pequeño, ven aquí.

—¿Vas a vivir con nosotros?

—Ya veremos.

—¿Vas a ser mi papá?

—Vamos, niños —dijo Marian—, ve y trae la ropa de Ted y la mía, está en el sofá. —Se la trajeron.

Ella se metió en la ducha y él esperó a que saliera.

Llevaba unas mallas, zapatillas y una camiseta.

—Me voy a casa, hablaremos. ¿Qué vais a hacer?

—Ir a desayunar y al parque.

Y él la miró.

—Sí, vamos en plan mochileros.

—Preparad el bolso, sin muchos juguetes, y a ponerse el chándal, ahora voy. ¿Te vienes?

—Pues claro que sí, pequeña. —Y la besó.

—Cuando comamos la hamburguesa de rigor, nos venimos, aquí tomo el café.

—Está bien, luego me voy.

—¿Sin siesta?

Y él pellizcó sus pezones.

—¡Ay, loco!

—Sin siesta.

—¡Qué malo! —Y ella lo tocó.

—¡Estate quieta, mujer!

—Me gusta.

—Loca.

—Loco.

—Ahora vengo y nos vamos.

—Vale, voy a terminar de vestirlos.

Se hizo una cola alta y vistió a los chicos. Llevaban un bolsito con juguetes para el parque, zumo y agua, y ella su bolso.

Apareció Ted con zapatillas, camiseta y pantalón de chándal.

—¿Vienes, tío Ted?

—Sí, voy con vosotros.

Michael le dio la mano y le cogió su bolsito, y ella hizo lo mismo con Hope.

—Tío.

—Dime.

—Si te casas y te vienes, puedes dormir con mamá.

—¡Ah, gracias, hombre!

—Todos los chicos de la guardería tienen papá.

—Vosotros también tenéis.

—Pero no está. Se encuentra en el rancho, se murió. Quiero un papá vivo.

Y Marian se emocionó.

—Bueno, ya veremos, tenemos que hablarlo tu madre y yo.

—¿De verdad?

—De verdad.

Y fue un día feliz para los pequeños, Ted los montaba en los aparatos del parque, hasta que se cansaron.

Y ella igual, compraron comida para los patos y se sentaron un rato a verlos comer.

Él la besaba de vez en cuando y ella se ponía colorada.

—¿Ahora te pones roja?

—Me da un poco de vergüenza.

—¡Qué tonta eres! ¿A que mamá es tonta? —le decía Ted a los niños.

—No. —Y se peleaban con él.

—¡Ay!, ya no voy a ser el papá.

Y terminaban rodando por la hierba muertos de risa con Ted y ella miraba a ese hombre grande jugando con sus hijos que no lo habían podido hacer con sus padres.

Y lloró.

—¿Qué haces, boba?

Y ella se lo dijo.

—Lo necesitan, son pequeños.

—Sí, son tan pequeños...

—Venga, vamos a por esa hamburguesa.

—¡Síííí!

Y cuando llegaron, los bañó y les puso un pijama y a la cama a echar la siesta, estaban muertos de cansancio.

—¿Nosotros no nos bañamos? —le dijo Ted.

—¿Dónde?

—En esa ducha que tienes.

—¿Quieres probar mi ducha?

—Quiero probarte en la ducha.

Y la cogió, se la llevó a la ducha y a horcajadas la penetró de golpe y fue apasionado y desmadrado, y ella, agitada, tuvo dos orgasmos seguidos.

—Me vas a matar, hombre.

Y cuando sacó la toalla, él la cogió en la cama por detrás y la penetró de nuevo tocando su sexo y su pecho, pellizcando los pezones hasta caer rendido en la cama.

—¡Por Dios, Ted!

—Deja la toalla, hace calor.

—Echemos una siesta, una horita. —Puso la alarma del móvil—. Tengo que terminar un informe.

Y se estuvieron acariciando y besándose.

Ella tocaba su cuerpo y su sexo.

—Deja que, si no, no acabamos.

—Ummm... me gusta tu pene.

—Y a mí tus tetas y tus pezones, me pueden. Son bonitos y grandes.

Y se echaron una siesta.

Cuando ella despertó, él se había ido, le dejó una nota en la almohada.

«Preciosa, o termino el informe o la empresa quiebra».

¡Qué loco estaba!

Había sido el mejor día de su vida y la mejor noche desde hacía mucho tiempo. Se acurrucó desnuda en la cama con el olor de Ted en su cuerpo, sus manos en su piel y...

Estaba enamorada de él, desde hacía tiempo y había sido maravilloso. Ted era bueno en todo, hasta era pasional, era...

No sabía qué pasaría, lo dejaría hacer a él. No iba a presionarlo.

El tiempo sabio que lo sabía todo, diría lo que tuviese que decir acerca de su futuro y si él salía con otras, nunca se lo iba a echar en cara, era libre.

CAPÍTULO OCHO

Esa noche no lo vio, ni le envió un mensaje ni nada, y ella lo dejó. Debían pensar los dos qué iban a hacer, o si eso fue una noche nada más y se sintió sola y vacía nada más pensarlo, pero si era eso, ella no iba a cambiar su amistad con él por nada del mundo. Ted tenía que dar los pasos, ella se conocía y no le gustaba andar tras los hombres, salvo una vez que saliera con ellos como había hecho con sus maridos.

Sus maridos...

Que la perdonara Robert. Pero él era tan generoso que se había dicho mil veces que encontraría otro hombre bueno en su vida, que la ayudara con sus hijos y que fuera un buen padre para ellos.

Cuando a la mañana siguiente, nana se llevó a los pequeños, ella se terminó de maquillar para ir al trabajo. Solo cruzar la avenida y una manzana más arriba. Desde la casa veía llegar a los abogados. Desayunó, se lavó los dientes y retocó los labios, se echó un perfume fresco, y tomó su maletín.

Cuando entró en el despacho, su contable Nick le dijo que el jefe la quería ver, que había ido a su despacho.

—¡Qué pronto ha llegado!, pero la jefa soy yo.

Y Nick se rio.

—Voy a ver qué quiere, ya me quieren quitar mi bufete.

Siguió el protocolo y le dijo a la secretaria de Ted que estaba allí.

—Ahora le aviso.

—Ya puede entrar —le dijo al salir.

—Entra, Marian, espera que termine. —Estaba terminando una llamada telefónica, parecía el jefe de verdad mandándole a ella que era la dueña, tenía gracia.

—Dígame, señor Allen...

—Siéntate.

Y fue a sentarse.

—Ahí no.

—¿No? ¿Dónde?

—Ven aquí, tontorrón.

Ella se acercó a él, la cogió y la puso en sus piernas echando atrás el sillón.

—¿Qué haces? Estás en el trabajo y la dueña te va a echar.

—Sí, y el director te va a echar otra cosa.

La cogió en brazos y la llevó al vestidor, cerró la puerta y le subió la falda.

—¿Estás loco?

—Sí, por ti. —Se abrió el pantalón y se lo bajó un poco, la subió a sus piernas y la penetró contra la pared besándola para apagar sus gemidos.

Se movían como locos intentando alcanzar la cima. Y la alcanzaron.

—Provocadora.

—¿Estás loco? Eso no puedes hacerlo.

—Ah, ¿no? Pues acabo de hacerlo.

—Voy a limpiarme.

Entraron al baño, se arreglaron y Ted le dio otro beso, cerrándole la camisa que llevaba mordiendo uno de sus pezones.

—No empieces, loco.

—Ya te puedes ir. —Y le dio en el trasero—. El director tiene mucho que hacer.

—Serás tonto del todo...

—Dame otro besito, enana. Te llamaré para otro encuentro cuando tenga tiempo.

—Claro, cuando tú quieras va a ser, que no tenemos dos casas.

—Pero esto es más erótico, es como si tuviera una amante. Mi secretaria es mayor y está casada.

—¡Qué bobo eres!

—Te gusta...

—No, no me gusta —le decía mimosa en sus labios.

—Te gusta, tontilla.

—Ponte a trabajar o va a ser la dueña la que te eche.

—Hasta luego, pequeña. —Y la miró embobado.

Ella volvió a entrar.

—Estás loco.

Y él se reía.

Parecían que eran dos adolescentes jugando en la oficina.

Ted estaba loco y al menos dos o tres días lo hacían allí.

—Nos van a pillar.

—No te pueden echar y mi secretaria es eficiente.

A veces salían a cenar y ella llamaba a la canguro, otras se quedaban en casa y eso era un no parar de tener sexo a todas horas que podían.

Y así llegaron al verano.

Se fueron una semana a California. Los niños lo pasaron estupendamente, y ellos hacían el amor, por la noche y en las siestas, cuando los pequeños dormían.

Solo tomaron una *suite* con dos camitas y una para ellos.

Pero el tiempo pasó pronto y a la vuelta, después de dos días, tomó a los niños y se fue a las cataratas.

Había reservado un dormitorio triple para estar con ellos.

—Nene, por Dios, ten cuidado vas con los dos, no los sueltes, átalos. Ten cuidado de verdad. —Se reía.

—Lo tendré.

Y la llamaba todas las noches.

—¿Cuándo vienes?

—Me tomo diez días, el resto lo pasaremos en casa, y luego te vas tú a Wyoming o a Canadá.

—¿Te vienes conmigo?

—¿Dónde?

—A Canadá. Te echo de menos. Y luego nos venimos y te vas a Wyoming.

—Si quieres, si no, nos quedamos

—Tú te quedas en tu casa.

—Voy a Canadá y me vengo, eso sí, y luego te quedas con tu familia.

—Está bien, pero te necesito.

—¡Vaya vacaciones!

Y se fue con él a Canadá, los niños como locos en los aviones y en vacaciones con Ted, y se lo pasaron bien, de excursiones y aventuras.

Ella se vino de vuelta y todo volvió a la normalidad. Llevó a los chicos a la guardería. El primer día iban con mala cara.

—Nana, lo hemos pasado muy bien.

—Pues ahora, al cole.

—El año que viene entro con los mayores.

—¡Qué suerte tienes!

—Y yo —decía Hope.

—Tú, dos años después, bonita.

—Jo...

—Pero serás lista y más inteligente.

—¿Ves? —decía la pequeña.

—Un besito a su madre. Me voy a trabajar, se acabaron las vacaciones hasta Navidad.

Ted la llamaba todas las noches.

—Solo estaré una semana, nena. Hay mucho trabajo.

—Te echo de menos, enano.

—¿Dónde? ¿En la cama?

—También.

—Soy bueno, lo sé.

—Vanidoso, pero eres muy bueno.

—Tenemos que hablar cuando vaya.

—¿En serio?

—Muy en serio.

—No me asustes.

—No te preocupes.

—¿Vas a terminar conmigo?

—Nada de eso. ¿Por qué piensas eso?

—No sé, tengo miedo.

—Pero si llevamos ya meses.

—Lo sé, pero tengo miedo de que me dejes.

—No pienso dejarte. Me tienes loco.

—Y tú a mí.

—Te dejo, enana.

—Adiós, guapo.

Volvió a la semana y él la amaba tanto... estaba loco por ella.

Le hizo el amor hasta hartarse.

—Nena.

—Dime.

—Tenemos que hablar.

—¿Eso querías decirme desde Wyoming?

—Sí.

—¿Qué es?, me tienes en ascuas.

—Llevamos muchos meses juntos y quiero que vivamos juntos.

—¿En serio?

—Sí, quiero hacer bien las cosas, pero quiero vivir contigo, y saber si somos compatibles viviendo.

—Estoy seguro de que sí.

—Tú y tus seguridades...

—¿Qué me dices?

—Que sí. —Y se echó encima de él.

—Dejaré mi apartamento y alquilaré una plaza de garaje, el resto del alquiler te lo doy para la comida y eso.

—No tienes que darme nada.

—Sí, o no me vengo. Y me traslado a tu casa si quieres y porque tienes cinco dormitorios.

—¿Quieres una como despacho o juntamos los despachos? La del al lado puedo quitarla.

—Vale. Mejor, tengo muchos documentos.

—Me traigo el despacho a esa y le dejamos el dormitorio en el piso.

—Te lo pago.

—No seas tonto si es una cama, una cómoda y una mesita de noche.

—Suficiente.

—¡Qué terco!

—Lo hacemos este fin de semana y así coloco el despacho.

—Sí.

—Así no tengo que estar yendo y viniendo. Lo malo es si no encajamos.

—Te buscas otro, cerquita.

—No lo creo.

Y empezaron a vivir juntos. El tiempo pasaba, parecían una pareja y seguían haciendo el amor en el bufete y ella llamaba a sus amigas y les contaba su buena suerte

—¡Madre mía!

—¿Nos quieres en Navidad?

—¿Venís en navidades?

—Sí, pero llevamos pareja.

—Cabéis en casa.

—No, cielo, nos quedamos en un hotel o apartamento vacacional, ya sabes que ellos...

—Bueno, pero cerca de casa.

—Eso sí.

—Dios, qué contenta, pasaremos las navidades en mi casa y luego salimos los seis.

—Sí, joder, Marian, las vueltas que has dado.

Cuando se lo dijo a Ted, se alegró.

—Vienen las locas.

—¿A casa?

—Las he invitado, pero van por su cuenta, traen a sus chicos.

—Lo pasaremos bien.
—Veras que sí, haré la cena de Navidad en casa.
—Tenemos las sillas justas, los niños en el sofá o compro dos más.
—Estás encantada, enana.
—Sí. Me encanta la Navidad en Nueva York. Antes es Acción de Gracias.
—Lo sé y vamos a mi casa.
—¿A qué casa?
—A Wyoming.
—Pero, Ted...
—Sí, ya saben que salgo contigo.
—Pero Ted, con dos hijos...
—Lo saben, no seas tonta. No les importa.

Y no les importaba, además, sabían que en navidades iba a regalarle un anillo de compromiso.

Y ella estaba emocionada. El día de Acción de Gracias con la familia de Ted, tenía sobrinos y los niños lo pasaron bien.

—¿Ves cómo no es para tanto? —le dijo en el camino de vuelta.
—Sí, pero iba.
—Le gustas a mi madre, a mi padre y a mis hermanos.
—Sois todos guapos.
—Pero tú eres mía.
—¿Soy tuya?
—Sí, que lo eres, ¿qué crees? Se acabaron los hermanos. —Y ella se reía.
—O nos matarás a los tres.
—Déjate de bromas, tonto —dijo muerta de risa.

Llegó la Navidad y sus amigas vinieron. Los niños estaban encantados con las fiestas, el bufete iba mejor que bien, ellos se llevaban de maravilla y decoró la casa, puso un árbol con regalos para todos, en la empresa también, un detalle, era así.

Cuando se fueron todos, se llevaron su regalo.

—¿Y nosotros, mamá?
—Mañana cuando venga Papá Noel, así que a la cama que tiene que entrar en casa.
Y se fueron rápido.

Pero más temprano se levantaron. Cogieron todos sus juguetes, cuentos, y mientras jugaban con ellos, él le dio el suyo.

—Toma, enana.

—Este es el tuyo, solo tienes dos, una caja con ropa interior de todos los colores, preciosos y bonitos.

—¿Estás loco? Es una ropa muy cara.

—Claro, tengo que arrancártela.

—¡Qué loco!, ¿y esta cajita?

Y ella lo cogió con las manos temblando. La abrió.

—Ted, es maravilloso.

—¿Te gusta de verdad?

—Me encanta. —Y se echó a llorar.

—¿Te quieres casar conmigo?

—Sí, pero no quiero que te pase nada.

—¡Qué tonta!, ¿qué va a pasarme?

—Tengo tanto miedo...

—Venga, dame el dedo. —Y se lo puso.

—Te queda precioso.

—Soy tan feliz. —Y lo besó.

—Tengo todo lo que quiero, una casa, un casi marido ideal, perfecto, eso me gusta y una empresa que tenemos que sacar adelante.

—Es tuya.

—Bien sabes que todo es nuestro. Y de los chicos.

—Bueno, espero mi regalo.

—No sé si te va a gustar o me vas a llamar loca.

—A ver...

Le regaló un abrigo negro con bufanda y guantes preciosos.

—Es bonito, pero es caro, nena.

—Y esta cajita, es más cara aún, nos saldrá un pico —dijo ella.

Y él la abrió.

—Pero qué...

Había un calcetín de bebé amarillo.

—Nena, eso es...

—Eso es lo que te va a costar, sí.

—¿Estás embarazada?

—Sí, siempre tengo un hijo de mis maridos, y cierro mi cupo ya, no quiero más hijos.

—¿De verdad? ¿De cuántos meses estás, loca?

—De tres.

—Si no se te nota nada, enana.
—Espera al mes que viene.
—Pues hay que casarse —le dijo besándola.
—No hay prisa.
—Sí que las hay, nos casamos el mes que viene. ¿O por qué no el día de los enamorados?
—Intentaré ponerme una faja.
—¡Qué tonta! Un bebé, nena. Otro... Es un día precioso para casarse. Te quiero, vamos a tener un hijo.
—Yo también te quiero.
—Y hay otro regalo.
—¿Otro?
—Sí, toma.
—Y le dio una escritura de una plaza de garaje junto al suyo.
—¡Dios mío, qué mujer! Eres la mujer más detallista que conozco.
—No tenemos que pagar alquileres.
—Nena, no te dejaré en mi vida.
—¿Por mi dinero?
—Pues claro, ¿qué te crees?
Se echó encima de ella y la besó, y los niños se unieron al juego.
—¡Ay, que tengo al bebé!
—¿Otro bebé? —dijo Michael.
—Sí, tenemos un bebé.

CAPÍTULO NUEVE

Diez años después...

—Esto es una locura, Ted, si lo llego a saber no me caso contigo.

—Vamos, mujer, si has sido muy feliz.

—Y lo soy, mi amor, pero tengo ganas ya de que se vayan a la universidad.

—No digas eso, si se van, tendrás diez años más y te prefiero con treinta y nueve.

—¡Qué bueno sigues estando!

—¿Dónde están los bichos?

—Jugando en la piscina pequeña con los flotadores.

—¿Los ves? —decía Marian tumbada en la tumbona.

—Pues claro, no les quito ojo de encima. Además, Michael está pendiente de ellos, parece el padre.

—Tiene ya quince años y es igual que su padre, tan alto y guapo.

—Sí y Hope trece, tan bonita, van a romper corazones.

—Te llaman papá.

—Sí, desde que nació Ted y luego Olga.

—Tere está celosa, pero no salió su nombre. Lo echamos a suertes y salió Olga.

—Yo solo quería tres.

—Pues tenemos cuatro.

—Ted tiene ya diez años y nueve Olga, ya están grandecitos, lo peor ya lo hemos pasado.

—Menos mal que compré un piso de cinco dormitorios.

—Sí, lo malo es que tenemos un solo despacho.

—Así estamos juntitos.

—Ya te dije que nos iban a costar el ojo de una cara, verás cuando entren en la universidad.

—Dicen que todos quieren ser como su padre. ¿Soy su padre de verdad?

—Lo eres, claro que lo eres. Los has criado desde pequeños.

—Siempre.

—¿Y como marido?

—Como marido me eres infiel con la de Recursos Humanos, no creas que no lo sé desde hace más de diez años.

—Esa mujer me encanta.

—Menos mal que soy comprensiva.

—Y payasa. Y enana. Y tonta, ven aquí, mujer. —Y la tiró a la piscina.

—¡Ay, niños!, mirad a papá, me ha tirado...

Y se reían.

—Muy bonito. Está muy bonito eso. Ya veréis Papá Noel este año.

Él se tiró y todos los pequeños en la piscina del hotel de Florida donde habían ido ese año de vacaciones, llevando a los niños a Disney.

Él la abrazó y le dijo:

—Te quiero, enana. Ellos te dieron su rancho.

—Y tú has hecho crecer el bufete con el dinero de la venta de ese precioso rancho, el año que viene lo amortizamos del todo.

—Así podemos ahorrar para las universidades y los niños.

—Si tienes...

—Tengo, sí, señor, nunca te diré cuánto.

—Yo tampoco.

—¡Maldito!

—Ven aquí, boba.

—No me importa el dinero. Ya sabes.

—Lo sé. Has tenido tres maridos.

—Sí, y los tres estupendos. Creía tener mala suerte, pero mirando atrás, creo que tuve y tengo la mayor suerte del mundo.

—Dos te dieron su amor y su rancho, sus hijos.

—Es verdad, queda tan lejos ya.

—Y yo te he dado dos hijos y mi amor, no tenía nada más.

—Con eso tengo de sobra.

—Ellos estarán felices arriba.

—Seguro. Porque has sido para sus hijos el mejor padre del mundo y un marido al que quiero con toda mi alma.

—A pesar de lo tonto que soy a veces y pegajoso.

—A pesar de nuestros encuentros, eso es lo que más me gusta, tener un amante en la oficina.

—En tu vestidor.

—Payasita.

—Tonto...

—Enana...

ÍNDICE

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)